DOC SAVAGE

por KENNETH ROBESON

AUDACES
30

LOS DEMONIOS ROJOS



Los demonios rojos

Kenneth Robeson

Doc Savage/46

CAPÍTULO I

EL DEMONIO ROJO

EL hombre llevaba un rifle de 30 — 30 en una mano y dos cajas de cartuchos, ambas abiertas en la otra. Su actitud daba a entender que estaba dispuesto a dejar caer los cartuchos y a usar el rifle de un momento a otro.

La muchacha estaba armada de una escopeta.

—¡El corazón me dice que los fusiles no servirán de gran cosa contra eso! —murmuró el hombre.

—¿Qué pasa, "Reservoir"? —preguntó la muchacha—. ¿Cree en los espíritus?

La oscuridad era demasiado densa para que se les viera bien, pero el hombre era alto y delgado excepto en la cintura, que tenía desarrollada y que le prestaba el aspecto de una serpiente que ha tragado un huevo... una serpiente simpática, desde luego.

La muchacha no era ni alta ni baja y tenía buena figura si la oscuridad no mentía. Era imposible darse cuenta del color de su cabello o de sus ojos.

—Sigo asegurando que he visto algo salir del marco de ese pozo abandonado, señorita Vida —murmuró el hombre—. "Reservoir" Hill puede ser viejo, pero todavía no se ha vuelto loco.

La muchacha rió, aunque su alegría era poco convincente.

—Sam Sands tenía que vigilar el pozo hasta medianoche —dijo —. Son las once. Es hora que vayamos a relevarle.

Con el dedo en el gatillo, el hombre siguió adelante. A grandes zancadas, la muchacha se mantenía a su lado.

La hierba alta y seca, rozaba sus gruesos zapatos. Las hojas de las encinas crujían levemente en la brisa nocturna. Entre las colinas una lechuza lanzó su grito.

Llegaron a la cumbre de la pequeña colina y delante de ellos la delgada pirámide de la grúa de un pozo de petróleo se destacó contra el cielo nubloso de la noche. Era una grúa de tipo moderno y el aparato perforador era evidentemente rotativo.

El pozo era estéril, sin duda alguna, puesto que la brisa que soplaba en su dirección traía, en vez del olor a aceite virgen, los olores que se encuentran por regla general en torno a los pozos de perforación.

"Reservoir" Hill se paró.

La muchacha esperó un momento, pero al ver que no se movía ni hablaba, se impacientó:

—¿Qué hay?

—Vemos cerrado el pozo porque nuestro capataz de perforadores ha desaparecido —dijo lentamente "Reservoir" Hill.

—¿Y qué? —dijo nuevamente la muchacha, con tono seco.

—Tengo la horrible sospecha —prosiguió "Reservoir" Hill—, que ya hemos encontrado a nuestro perforador.

La muchacha estaba intrigada. Colocó la escopeta en el hueco del brazo y miró a su compañero. Un rayo de luna que cayó entre las nubes iluminó al hombre que parecía haber sido estrujado en ambos extremos para engordarle en la cintura.

—¿Qué quiere implicar con eso, "Reservoir"?

—¿Recuerda esa sustancia gomosa que encontramos en la hondonada, más abajo del aparato perforador? Era cerca de donde encontramos las ropas que nuestro perforador llevaba cuando... pues bien, cuando desapareció.

—Era aceite o grasa que alguien tiró allí.

—¡No era aceite! —dijo "Reservoir” Hill, estremeciéndose.

—¿No?

—Conozco el aceite virgen —"Reservoir Hill se humedeció los labios—. He trabajado en refinerías demasiados años para no conocer las grasas o el aceite virgen. Aquella sustancia se parecía a...

Calló.

—¿A qué?

"Reservoir" Hill se encogió de hombros.

—¡Olvídelo! ¡Cuándo se pasa uno la vida en campos petrolíferos como yo, se tiene a veces ideas extrañas!

Siguieron andando hacia el aparato perforador. Era una instalación completa, aun más moderna de lo que parecía, al ser examinada de cerca.

Todo estaba dispuesto para el caso de descubrir petróleo y unos diques estaban construidos en las barrancas para recogerlo.

Era un aparato de vapor y la caldera estaba emplazada a bastante distancia para evitar que la salida inesperada de gas del pozo alcanzara las hogueras antes de que se pudiera apagarlas con el agua que se hallaba siempre a mano.

El vapor era conducido de la caldera a la maquinaria del pozo por una cañería.

Cualquiera, que entendiese la explotación de pozos petrolíferos, habría dicho que aquel equipo de perforadores sabía lo que se hacía.

Hill se paró. Aspiró hondo hasta que su pecho alcanzó la mitad de las proporciones de su estómago, y lanzó un grito.

—¡Sam! —vociferó—. ¡Sam! ¿Dónde estás?

El eco le devolvió sus palabras desde las colinas plantadas de viejas encinas.

—¡Tak! ¡Tak! —rió la muchacha:— ¡Piensa que Sam está en Ponca City por lo menos!

Aguardaron. La brisa pareció haber cesado. Ni una sola hoja se movía ya.

"Reservoir" Hill gruñó: —¡No contesta! ¿No es cierto?

La muchacha pareció preocupada.

—¡Es imposible que Sam se haya dormido! Su grito debió despertar a la mitad de los guerreros indios del Osage en sus tumbas.

Corrieron adelante con las armas a punto de disparar. El hombre, "Reservoir" Hill, sacó del bolsillo una enorme lámpara eléctrica que daba poca y mala luz. Inmediatamente, la luz dio con una substancia brillante en el suelo.

"Reservoir" Hill se quedó mirando y emitió con la garganta un sonido ronco, más elocuente que cualquier cosa que pudiese decir.

—Son las ropas de Sam, ¿no? —exclamó.

El traje masculino —sombrero, camisa, chaqueta, pantalones, calcetines y gruesos zapatones— estaba en la posición exacta que habría ocupado si su dueño se hubiese tumbado de espaldas y su

cuerpo hubiese desaparecido.

La camisa estaba metida dentro de la chaqueta y las mangas colocadas dentro de las de ésta de un modo natural. Incluso los calcetines se hallaban dentro de los zapatos.

—¡Ah-h-h! —gruñó "Reservoir" Hill, como si quisiera armarse de valor.

La muchacha le miró con curiosidad.

—¿Por qué está asustado? Es una broma... ¡una cosa demasiado tonta, por tratarse de otra cosa!

—¡Hem!

Evitando la pregunta, "Reservoir" Hill siguió adelante con su lámpara.

No dio más de unas cuantos pasos antes de pararse en seco, emitiendo un sonido gutural.

La muchacha corrió a su lado y miró lo que había descubierto.

—Alguien ha vertido aquí otra cantidad de esa extraña grasa —dijo.

"Reservoir" Hill se humedeció los labios.

—¡Oiga! ¡Nuestro capataz de perforadores ha desaparecido y no podencos encontrarlo en ningún sitio..., pero encontramos esta substancia gomosa!

—¡Sigo diciendo que es grasa!

—¡No en vano he estado trabajando con aceite virgen y sus derivados toda la vida! —gruñó Hill—. ¡Y sé que esto no es grasa!

—¿Qué es, pues?

—¡No quiero decir lo que creo que es! —murmuró "Reservoir" Hill.

—¿Por qué no?

—¡No me gusta asustar a las mujeres cuando, a lo mejor, no hay necesidad!

—Me criaron con historias de matanzas de los indios —contestó secamente la muchacha. Y, en efecto, su calma era extraordinaria.

"Reservoir" Hill caminó adelante con cautela. Su silueta, recortada a la luz de su lámpara, lo transformaba en una caricatura de un viejo colono sobre la pista de un piel roja enemigo. Dirigió el haz de luz hacia la grúa.

Levantó su 30 – 30, que escupió una llamarada acompañada de una detonación.

La muchacha se acercó corriendo.

—¿Qué es?

—¡Se ha metido en el marco del pozo! —gritó "Reservoir" Hill—. ¡He alumbrado de lleno a la maldita cosa!

La muchacha agarró la lámpara y dirigió el débil haz de luz hacia el suelo de la grúa y el marco del perforador que se erguía en el centro. La luz era sumamente débil.

—¡La batería está casi gastada! —se quejó—. No veo...

Pero de pronto vio. Era posible que se hubiese criado oyendo cuentos de matanzas indias, pero el chillido que lanzó en aquella ocasión era digno de cualquier damisela asustadiza.

La cosa que se metía en el marco del pozo de petróleo era una substancia real, eso es cierto. No era transparente como una jalea, pero fluía como algunas jaleas se derriten y fluyen cuando caen sobre un horno caliente.

Se metía en el marco de dieciséis pulgadas.

El color de la masa fluida era rojo.

—¡Sea lo que fuere, vamos a detenerlo!

La muchacha disparó la escopeta dos veces consecutivas. Más fuerte que la del 30 – 30, la detonación no tenía un sonido tan feo.

Pero la masa roja translúcida desapareció en el marco.

La muchacha y "Reservoir" Hill corrieron adelante con las armas a punto de disparar. No se veía señal alguna de la masa roja en el suelo de la grúa.

"Reservoir" Hill tocó la cañería del marco de acero. Apartó rápidamente la mano, saltó a un lado, recogió un puñado de algodón y se frotó la palma con furor.

—¡El marco está untado de aquella substancia extraña! —aulló.

La muchacha miró con atención. Vió la substancia, pero se abstuvo de tocarla. ¡Había otras señales en el marco: unas rayas brillantes dejadas por el plomo! Grandes surcos hechos por los proyectiles del 30 – 30 y otros pequeños allí donde las balas de la escopeta habían tocado.

Con voz cambiada, la muchacha dijo:

—¡Nuestras balas han tocado por todas partes!

—¡Ah!

"Reservoir" Hill le tomó la lámpara de la mano y proyectó su luz sobre el suelo de la grúa.

—¡Mire! ¡Un rastro de aquella substancia!

—¡Sigámoslo! —dijo la muchacha.

Lo siguieron hasta la masa misteriosa que hallaron en el suelo, la substancia que parecía grasa y no lo era.

Luego, el rastro seguía hasta las ropas tendidas en el suelo.

—¡Llega hasta el traje de Sam Sands! —dijo "Reservoir" Hill, y dejándose caer de rodillas miró con atención, exclamando a continuación:

—¡Vida!

—¿Qué? —inquirió la muchacha.

—¡La extraña substancia ésa cubre la ropa de Sam!

Se oyó un crujido de hojas y de ramitas secas en los matorrales vecinos, donde crecían las encinas rojas. Eran dos hombres que se acercaron rápidamente..

"Reservoir" Hill les identificó con ayuda de su lámpara.

—¡Ah-h-h! —gruñó—. ¡Andershott y Cugg! ¡Casi nadie!

CAPÍTULO II

EL HOMBRE NECESITADO

ENOCH Andershott era un hombre que quería causar el efecto de un explorador robusto. Vestía, con el fin de aumentar esta impresión, un traje de grueso paño de dos colores. Tenía la boca pequeña y fumaba un cigarro enorme. Su cara estaba enrojecida por la carrera y respiraba con dificultad.

—¡Vengan esas armas! —gritó—. ¡Vuestras balas han llegado casi hasta nuestra cabaña! ¡Semejante descuido es inexcusable!

Las palabras eran típicas de Enoch Andershott, que trataba siempre de dominar a los demás.

Alonso Cugg tenía grandes ojazos, de mirar asustado, y parecía siempre a punto de echarse a correr. Nadie sabía el porqué de esta actitud ni qué era lo que temía.

Aparentaba ser unas ciento treinta libras de piel sobre alambres, y su piel tenía aproximadamente el color de una cornisa kaki.

Un enorme perrazo negro salió del matorral, sin hacer ruido alguno. Era casi tan alto como un pony y tenía los ojos inyectados de sangre. Levantó el morro negrísimo, descubriendo un par de colmillos que tendrían más de una pulgada de largo.

—¡Atrás, Blanco! —ordenó Enoch Andershott con arrogancia.

El perro negro se colocó detrás de Andershott, pisándole los talones. No tenía un solo pelo blanco en todo el cuerpo.

Enoch Andershott y Alonso Cugg eran los propietarios de un terreno petrolífero vecino. Se fijaron en los trabajos de perforación de Sam Sands, Vida Carlaw y "Reservoir" Hill, y un geólogo les dijo que, vistos los estratos, era posible que hubiese un yacimiento de petróleo en aquella región, a unos cuantos miles de pies debajo de la antigua producción.

En vista de ello, Andershott y Cugg estaban allí.

En el libro azul del aceite, ambos estaban apuntados como millonarios.

—¡Podían habernos matado! —gritó Enoch Andershott.

—¿No tienen ustedes un sótano en el cual puedan refugiarse? —sugirió "Reservoir" Hill ásperamente.

Nadie habló durante unos segundos.

—¿Qué les pasaba? —rezongó Andershott.

—A riesgo de que me tachen de loca —dijo la muchacha,— voy a decírselo... Nuestro capataz de perforadores desapareció anoche. Dejamos el trabajo porque no nos trajeron un engranaje que habíamos encargado. Ben Hogan fue a dar un paseo y no volvimos a verle. Encontramos sus ropas, pero no hay motivo alguno para que se pasee desnudo...

—¡Olvida la substancia gomosa! —interrumpió "Reservoir" Hill.

—Descubrimos una substancia que parecía jalea o aceite virgen, en el suelo —explicó la muchacha—. Esta noche, "Reservoir" Hill quiso que alguien estuviera de guardia en el pozo. Sam Sands tomó el primer turno...

La muchacha calló y miró al perro. Los ojos del can eran verdes y luminosos y resultaban espantosos a la débil luz de la lámpara.

—Hemos venido a relevar a Sam Sands, descubriendo sus ropas, y hemos visto un objeto rojo que se metía en el pozo de petróleo... Entonces hemos disparado... —concluyó la muchacha.

—¡Hemos encontrado otro montón de esa substancia! —añadió "Reservoir" Hill.

Enoch Andershott preguntó:

—Señorita Carlaw, ¿estaba usted aquí anoche cuando su perforador desapareció?

—No.

—¿Así, pues, ha de fiarse de lo que le dice "Reservoir" Hill?

—¡Benditos sean mis hijos! —gruñó "Reservoir" Hill—. ¡Le voy a hacer tragar esas palabras!

"Reservoir" Hill dio unos pasos adelante, y el enorme perro salió, con las patas rígidas, de detrás de Enoch Andershott. Gruñía por lo bajo y descubría los colmillos de un modo amenazador.

—¡Atrás, Blanco! —dijo Enoch Andershott.

El perro se paró, pero siguió enseñando los colmillos.

Nadie habló, pero la alarma aumentó en la expresión de los ojos de Alonso Cugg y más que nunca pareció a punto de echarse a correr.

—¡Si vuelve a haber tiros, llamaremos al sheriff! —dijo Enoch Andershott con voz estridente.

Habiendo dicho lo que, sin duda, habían venido con la intención de decir, se alejaron.

Se oyeron crujidos considerables en la maleza, como si Enoch Andershott se abriera camino por la misma en vez de dar un rodeo.

—¡Todo lo hace igual! —gruñó "Reservoir" Hill—. ¡Lo atropella todo!

La muchacha murmuró: —¿No le gusta?

—Me estafó hace años —gruñó "Reservoir" Hill—. Yo tenía un terreno cerca de Bartlesville. Enoch Andershott, que era joven entonces, era mi perforador. Vino a Bartlesville una noche y me dijo que las herramientas se habían perdido en el pozo. Yo no tenía bastante dinero para pescarlas. Andershott me compró el terreno por mediación de una tercera persona, por una miseria. ¿Y sabe usted lo fue descubrí al día siguiente, Vida?

—¿Qué?

—¡Había petróleo en mi pozo!

—¡Lo siento! —dijo la muchacha con sinceridad.

—¡También yo lo sentí!

Se oyó un ruido de bomba en un terreno, al Norte, y el crujido de maderos.

De noche, el sonido ganaba en intensidad.

La muchacha y su compañero escudriñaron un momento con su mala lámpara, sin encontrar nada. Al cabo de un rato, se encaminaron a la casa.

Esta era, como la mayoría de las que se suelen encontrar en los campos petrolíferos, de maderos y hojalata ondulada. En el interior, él maderamen no había sido pintado. Los suelos estaban desnudos y el mobiliario de la sala de estar consistía en una mesa y diez sillas de cocina.

Sobre la mesa había un juego de naipes y un cenicero lleno de ceniza y colillas. Sin querer, la muchacha derribó el cenicero al dejar la escopeta sobre la mesa. "Reservoir" Hill la ayudó a limpiar la ceniza. —Me gustaría que estuviese en buenas relaciones con

Enoch Andershott— dijo la muchacha, —desde el momento que él y Cugg tienen el terreno continuo al nuestro.

—No pasará rada —dijo Hill—. A menos que dé con él en un cañón oscuro cuando nadie esté mirando.

Tiraron la ceniza recogida fuera de la casa.

—¡"Reservoir"! —dijo la muchacha.

—¿Qué?

—¿Por qué le preocupa tanto la desaparición de nuestro perforador y de Sam?

"Reservoir" Hill acercóse a la puerta y escupió en la oscuridad. No había soltado el rifle y contestó sin mirar a la chica:

—Viddy, ¿ha oído aquella leyenda india que habla del niño a quien su mamá le dijo que no cavara hoyos en el suelo de la tienda?

—Es la primera vez que le veo interesarse por el folklore nativo, "Reservoir" —dijo sonriendo la muchacha.

—El niño cavó un hoyo a pesar de todo —dijo "Reservoir"—. Un demonio de la tierra que vive en el centro del mundo envió un espíritu rojo por el agujero y agarró al niño indio, comiéndoselo enterito, excepto la grasa que iría a freír y a chisporrotear en el lugar caliente del centro de la tierra.

"Reservoir" Hill calló, pero la muchacha no pareció hallar una respuesta adecuada.

—Hay otras leyendas respecto a los demonios de la tierra que envían espíritus rojos en busca de hombres.

—¡Tonterías! —exclamó la muchacha—. ¡Los indios tienen leyendas para todo!

—¡No para todo! —corrigió "Reservoir"—. Y allí donde hay humo, a veces hay fuego.

—¿Cree de veras en una teoría tan descabellada? —preguntó la muchacha.

—Mire —dijo secamente "Reservoir", pero con una leve sonrisa —. No sea tan dura con su viejo socio.

La muchacha se levantó y anduvo por la habitación.

—¡Pero es imposible, es ridículo!

Siguió paseándose, se paró, recogió los naipes y, distraídamente, volvió el que estaba encima de todos. Era un rey.

—¡"Reservoir"! —dijo de pronto—. ¿No ha oído hablar nunca de Doc Savage?

"Reservoir" Hill se sentó en una silla, apoyó el respaldo en la pared y jugueteó con el rifle que tenía en las rodillas.

—Creo que pocos son los que no han oído hablar de ese sujeto. Una vez oí decir que aterrizaría con su aeroplano para aprovisionarse de gasolina en Tulsa, y fui hasta Okmulgee para verle. ¡Yo, que no cruzaría la carretera para ver a Adán comerse la manzana!

—¿Vió a Doc Savage?

—No. Ya se había ido.

—¿Pero conoce su reputación?

"Reservoir" Hill contempló su rifle.

—Sé que ha inventado un tipo de perforador cuyo uso va a generalizarse, y también he oído decir que muchos geólogos usan sus teorías.

—¿Sabe cuál es su verdadera ocupación?

"Reservoir" Hill se humedeció los labios, no apartó los ojos del rifle y se abstuvo de contestar.

La muchacha continuó diciendo:

—Doc Savage dedica su vida a enderezar entuertos, a ayudar a los oprimidos y a luchar contra los criminales que la ley no puede llevar a los tribunales.

—He leído eso en alguna parte —admitió "Reservoir":— Me pregunto si le sale a cuenta.

—Doc Savage se interesaría, sin duda, por esto.

"Reservoir" Hill resopló:

—¡No se ocuparía de una cosa de tan poca importancia!

Fuera, un hombre gritó a alguna distancia; fue un grito horroroso, desgarrador.

Al agarrar su escopeta, la muchacha tiró el cenicero al suelo, donde se rompió. Salió corriendo, acompañada de "Reservoir" Hill.

—¡Ese grito viene de la grúa del pozo! —exclamó "Reservoir".

Corrieron en esa dirección, y un momento después oyeron unos gruñidos y aullidos terribles, de una ferocidad increíble.

Enoch Andershott surgió de pronto a su vista y corrió hacia ellos.

—¡Socorro! —gritó—. ¡Me quería matar!

Él era quien había gritado.

Llegó hasta "Reservoir" Hill y la muchacha y les agarró a ambos

a la vez.

—¡Una maldita cosa gelatinosa que fluía por el suelo! —gritó—. ¡Por poco me atrapa!

—¡Maldición! —exclamó "Reservoir" Hill, corriendo hacia la grúa con su débil lámpara.

El perrazo negro salió inesperadamente de la maleza y, resoplando, caminó tieso hacia "Reservoir" Hill. Este dio media vuelta, sin más ni más, y regresó al lado de la muchacha y de Enoch Andershott.

—¡Atrás, Blanco! —gritó Andershott, y el perro se paró.

—¡Guarde a ese maldito comedor de hombres aquí! —rezongó "Reservoir" Hill, y armado con su rifle y su lámpara reanudó sus pesquisas en las tinieblas.

Tardó unos quince minutos en regresar.

—No lo he encontrado —dijo—. Hay otra serie de huellas gomosas que salen del marco del pozo. Dan la vuelta al matorral y vuelven atrás.

El perrazo negro dejaba oír sordos gruñidos feroces, sin calmarse un solo momento.

Enoch Andershott se estremeció.

—¡Estaba dando y... y... y... vueltas a su terreno, porque no creía su historia! ¡Esa cosa m... m... m... me persiguió! ¡Eché a c... c... c... correr!

—¡Y no cayó! —dijo sombríamente "Reservoir" Hill.

Enoch Andershott no pareció resentirse por el insulto. Para un hombre que afectaba el aspecto de un rudo conquistador y explorador, parecía muy asustado.

—¿Quiere que le acompañemos a su casa? —preguntó la muchacha.

—¡Si quiere usted! —dijo Enoch con acento de gratitud.

"Reservoir" Hill resopló.

La casa de Andershott y Cugg era del tipo acostumbrado. En la sala había una mecedora y tan sólo media docena de sillas de cocina. No había naipes en la mesa.

Una vieja pipa sin tubo servía de cenicero y un diario estaba doblado de manera que se podía leer un titulo en grandes letras negras, que decía:

BANDIDO "TOMAHAWK" TANT ACORRALADO

LAS FUERZAS DEL SHERIFF RODEAN AL FAMOSO CRIMINAL

No se podía leer casi nada más, pues alguien había derramado café sobre el papel.

Alonso Cugg les miró fijamente, pero sin expresión. Enoch Andershott gruñó fieramente, recobrando el valor. El perro negro descubrió los largos colmillos.

"Reservoir" Hill dijo a Vida, de regreso a su propia casa:

—¡Bonita manera de dar las gracias!

La muchacha entró en un cuartito que, sin duda, hacía las veces de oficina a la asociación Sands —Hill— Carlaw. Había allí un teléfono de tipo anticuado, al lado de la mesa La chica dio la vuelta a la manija.

—Póngame en comunicación con Doc Savage, de Nueva York —dijo a la central.

—¡Viddy! —gritó "Reservoir" Hill—. ¿Qué locura va usted a hacer?

—¡Se me ha ocurrido de pronto que este misterio es algo serio! —dijo sombríamente la muchacha—. ¡Quiero resolverlo!

—¡Espere un momento! —siguió gritando "Reservoir" Hill—. No creo que...

—Deseo hablar con Doc Savage —dijo la muchacha por teléfono.

Prestó oído un momento y añadió:

—Es lástima. Yo iré a Nueva York. He de ver a Dock Savage. Procure usted dar con él, mientras tanto.

Y colgó el aparato.

—¿Qué? —preguntó "Reservoir" Hill.

—He hablado con un hombre llamado Monk, que dice ser uno de los ayudantes de Doc Savage —explicó la muchacha—. Participa que Doc Savage no está en Nueva York, sino en otro lugar llamado Fortaleza de Soledad.

—Eso descarta a Doc Savage —declaró "Reservoir" Hill.

—¡Nada de eso! —dijo la muchacha con acento firme—. Voy a salir y a decir a Andershott y a Cugg que voy a Nueva York con el fin de ver a Doc Savage. Tal vez se sientan aliviados al saberlo.

—¿Pero por qué ir hasta Nueva York? ¡Obtendrá lo mismo telefoneando!

—¡Hay otro motivo!

—¡Ah!

—EL dinero.

—¡Oh! —Reservoir" Hill frunció los labios, como quien comprende perfectamente.

La muchacha continuó:

—Estamos perforando ese pozo con dinero prestado. Nos ha resultado caro y hemos hundido más de cincuenta mil dólares en la empresa. Nuestras propiedades petrolíferas de Indian Dome Field están fuertemente hipotecadas. A menos de que podamos pedir más dinero prestado sobre ellas, vamos a la quiebra dentro de poco.

—¡No me lo diga! —gruñó "Reservoir" Hill—. ¡Lo recito durmiendo!

—Hay dinero en Nueva York —dijo la muchacha—. ¡Voy en su busca! ¡Y en busca de Doc Savage!

CAPÍTULO III

CRIMEN EN EL AIRE

EL aeroplano era espacioso y, probablemente, uno de los más rápidos y confortables de los tipos de aeroplanos comerciales del mundo. Era uno de los centenares que se cruzan a diario en el cielo sobre la tierra del Tío Sam.

EL aeroplano estaba a una hora de Cleveland en el Estado de Ohio y volaba muy alto, en dirección al Este. Tanto el piloto como su ayudante se lo tomaban con calma.

La camarera, dándose cuenta que nadie iba a marearse durante aquel vuelo, se había detenido con el fin de hablar con un hombre que llevaba lentes.

Aquel sujeto era delgado y llevaba un terno azul y una corbata de colores claros. Tenía la cara muy quemada por el sol, y con este motivo la camarera se había parado a hablarle, o mejor dicho para permitirle que él le hablara.

EL hombre tenía todo el aspecto de un habitante de la ciudad, si se exceptuaba lo curtido de su piel. Aquel color moreno era legítimo, de eso no cabía duda, y los lentes, que eran del tipo pince—nez, le daban el aspecto de un caballero.

El hombre había intentado flirtear con la camarera, que hasta entonces no le hizo el menor caso. Al pararse delante de su asiento, la muchacha se fijó en que llevaba unos guantes negros de excelente calidad.

Para sus adentros, la camarera se preguntaba por qué no intentó flirtear con la muchacha del compartimiento contiguo. Aquella muchacha era preciosa, la más bonita que la camarera había visto viajar en avión.

Y no era poco decir, puesto que las muchachas del coro y las

amiguitas de los millonarios son asiduas viajeras por el aire.

La muchacha del compartimiento contiguo estaba preocupada, como si algo la inquietara.

La camarera sabía que la muchacha bonita estaba apuntada en la lista de pasajeros bajo el nombre de Vida Carlaw, de Tulsa, Oklahoma.

La camarera sintió inmediatamente haberse parado a hablar con el hombre de los guantes negros.

—¡Oiga, niña! —dijo el hombre—. ¿Qué le parece dar una vueltecita conmigo en el viejo Nueva York, cuando esta alfombra mágica nos haya dejado allí?

A la camarera no le gustó la mirada de aquel hombre. De todos modos, sus palabras eran groseras e inaceptables.

—¡Perdone! —dijo con tono helado.

—¡Oiga, preciosa! —siguió diciendo el hombre de los guantes negros—. Yo soy el amiguito de la muchacha del aeroplano. Me gusta su tipo. Me tiene usted trastornado...

—¡Pues póngase bueno! —sugirió la camarera, encaminándose a su asiento del fondo del aeroplano.

La camarera estaba enojada y se dejó caer bruscamente sobre los almohadones. Tal vez el enfado le nubló el entendimiento, pues en aquel momento no soñó siquiera que la habían insultado deliberadamente.

El hombre delgado la había ofendido adrede para que se refugiara en su compartimiento y no saliera de él durante un rato.

La camarera recordó que otro tipo extraño había subido a bordo, también en Cleveland. Aquel individuo era grueso y llevaba un sobretodo de un color gris claro, así como un sombrero gris de ancha ala que llevaba completamente caída.

Llevaba guantes, pero la camarera no recordaba su color. El hombre subió a bordo con la barbilla metida dentro del cuello y cubiertos los ojos con grandes lentes de montura de concha, tal como las estrellas del cinematógrafo lo hacen cuando quieren disfrazarse.

La camarera estaba tan enfrascada en sus pensamientos, que no vió lo que ocurría en el camarote, a pocos pasos de ella. Fue una suerte para ella, puesto que la salvó, probablemente, del peligro de sufrir pesadillas.

El aeroplano era del tipo más moderno, es decir que no ofrecía la antigua hilera de asientos de mimbre a cada lado del pasillo central.

En vez de eso había una sucesión de compartimientos cerrados que podían trasformarse en literas. Esos compartimientos dejaban a los viajeros en un aislamiento relativo.

EL hombre delgado de los guantes negros se sentó rápidamente en el asiento, al lado de Vida Carlaw, que había cogido una revista y la estaba leyendo.

—¡Oh! —exclamó la muchacha.— ¿Qué desea usted?

El hombre no contestó. Estaba mirando la revista, que estaba abierta en una página que representaba las facciones regulares de un hombre bronceado.

El cabello del hombre era apenas más oscuro que su piel y sus ojos eran dorados. Aun en la fotografía llamaban la atención. Al pie se leía lo que sigue:

DOC SAVAGE Excelente fotografía del Hombre Misterioso.

El hombre delgado miró el retrato y se humedeció los labios. Se inclinó y puso el dedo sobre la página.

—¿Por qué está mirando eso?

Vida Carlaw contestó:

—¿Y por qué he de decírselo?

—Se lo diré yo, pues. Usted va a ver a ese Doc Savage. Y eso no puede ser, ¿comprende?

—¿Presumo que cree poder evitarlo?

—Espero que sí —dijo tranquilamente el hombre—. ¡Porque si no lo logro, es probable que me ahorcarán!

Los ojos de la muchacha reflejaban los pensamientos que se sucedían en su mente. AL principio no creía lo que decía el hombre. Luego dudó, y de pronto comprendió que hablaba en serio y sintió miedo. Quiso levantarse…

El hombre llevaba una cachiporra oculta en la manga, atada por una correa a la muñeca. Le asestó un golpe en la cabeza, con tanta fuerza que se le cayeron los lentes. La muchacha se desplomó, no como una masa, sino lentamente, con todos los músculos rígidos y parpadeando rápidamente.

El hombre se inclinó sobre ella, agarró el cristal de la ventanilla y lo abrió.

La ventana era bastante grande para poder saltar por ella.

Volviéndose a calar loe lentes, el hombre delgado fue hasta su propio compartimiento y sacó un bulto bastante grande que contenía dos paracaídas.

Le puso uno a la muchacha, se ató el otro y apretó las correas.

Recogió a la muchacha y su intención se hizo evidente: saltar con ella, abrir su paracaídas y luego el suyo.

Debajo, la tierra era una vasta extensión de cerros poblados de árboles, que no ofrecían campo de aterrizaje alguno para el aeroplano.

El hombre levantó a la muchacha, cuyos ojos acababan de abrirse.

—Fuerte, ¿no? —resopló el hombre levantando la cachiporra.

En vez de asestar un nuevo golpe, el hombre lanzó un grito de agonía tal, que todos los pasajeros del avión se levantaron de un salto. Sus lentes volvieron a caer.

Un recién llegado había atacado al sujeto de los lentes. El aspecto de este nuevo personaje llamaba la atención.

Parecía esculpido en bronce y sus facciones, su boca móvil y fuerte, su ancha frente y sus delgadas mejillas, denotaban una energía extraordinaria.

Tenía el pelo bronceado, levemente más oscuro que la piel, y tan liso que parecía pegado al cráneo.

Lo que más se destacaba en su persona eran los ojos dorados, que brillaban de un modo especial cuando la luz daba en ellos, de manera que parecían ejercer un poder hipnótico.

El hombre delgado luchó con el gigante de bronce, pero sin éxito, pues su hercúleo adversario daba pruebas de poseer una fuerza descomunal.

Los músculos de sus manos bronceadas, de sus antebrazos y de su cuello metálico, semejaban gruesos cables. Los lentes fueron pisoteados y rotos en fragmentos.

Vida Carlaw, consciente pero débil, intentaba guardar el equilibrio al balancearse el avión, pues la atención del piloto quedó distraída por la lucha.

La confusión se apoderó del aeroplano. Los gritos del hombre eran tan lastimeros que despertaron la compasión y algunos pasajeros corrieron en su ayuda.

El segundo piloto se abalanzó sobre los luchadores. Vió al gigante que dominaba al otro hombre más pequeño y cometió un error. Era natural que, sin conocer los hechos, su simpatía fuera hacia el más débil.

El segundo piloto sacó el revólver que el reglamento prescribía y lo apretó en la espalda del gigante.

—¡Suelte a este hombre!

El gigante dejó caer las manos y el hombre delgado corrió al fondo del aeroplano, llevando siempre el paracaídas que le azotaba las piernas.

El segundo piloto lanzó una mirada airada al gigante de bronce, pero cuando le hubo mirado mejor abrió la boca, se le ensancharon los ojos y dejó caer el revólver.

—¡Qué idiota soy! —exclamó—. ¡De verdad, no me había fijado en quién era!... ¡No lo había conocido...!

El gigante de bronce hizo caso omiso de las disculpas del segundo piloto y corrió al fondo del aeroplano. La escotilla del equipaje estaba abierta y el sujeto flaco flotaba bajo su paracaídas a alguna distancia debajo del avión de pasajeros.

El gigante de bronce parecía capaz de tomar decisiones instantáneas y corrió nuevamente al lado de Vida Carlaw.

—¿Se siente capaz de saltar en paracaídas?

Vida Carlaw hizo un esfuerzo para sonreír.

—¡Cualquier cosa... —dijo—, para escapar a este dolor de cabeza!

El hombre de bronce asintió. Se inclinó, recogió unas partículas brillantes que yacían en el suelo y se las puso en el bolsillo. La muchacha le miraba hacer sin decir una palabra.

El hombre de bronce se dirigió entonces al asiento que había ocupado y abrió una maleta que contenía un paracaídas.

En aquel momento, la camarera se dio cuenta de que aquel gigante era el sujeto misterioso que subió a bordo en Cleveland, con abrigo gris, lentes de montura de concha y sombrero de ala caída.

El hombre de bronce empezó a ponerse el paracaídas.

—¡Lleve el aeroplano tan cerca como pueda del sitio donde ese individuo del paracaídas va a aterrizar!

No gritaba, pero el tono especial de su voz hacía que se oyera a pesar de la confusión reinante en el aeroplano.

Cosa sorprendente, el piloto obedeció, y eso porque había visto de cerca la cara del hombre de bronce.

Si cinco minutos antes alguien hubiese dicho a Vida Carlaw que permitiría a un extraño persuadirla a que se dejara caer en paracaídas desde un aeroplano, a algunos miles de pies de altitud, habría negado la posibilidad de semejante cosa.

—¡Cuente hasta diez y tire de la anilla! —oyó que le decían.

Saltó... El paracaídas se abrió y Vida Carlaw no tuvo la impresión fuerte que esperaba. Miró abajo... El mundo se mecía, subía a la derecha, luego a la izquierda. La muchacha juzgó que el paracaídas se balanceaba.

La tierra se acercó. Lo que parecían arbustos se transformaron en árboles, las grietas no tardaron en ser hondos barrancos y una cinta gris tortuosa resultó ser una carretera asfaltada.

Vida Carlaw se fijó en un coche parado en la carretera, cerca del sitio adonde iban a parar, y al lado del cual había un hombre.

¡Era el individuo que la había atacado!

El gigante de bronce intentaba guiar su paracaídas hacia la carretera, vaciándolo de aire a un lado. No lo logró sino parcialmente y aterrizó en un matorral.

La muchacha cayó más suavemente de lo que había esperado; se levantó y dijo: —¡Espero que esto no sea una muestra de lo que será el resto de mi vida!

No obteniendo contestación, alargó el cuello. El hombre de bronce había desaparecido. Debió deshacerse de las correas del paracaídas e internarse en la maleza con la rapidez del rayo.

Vida Carlaw prestó oído y creyó oírle en dirección a la carretera, pero no estaba segura de no equivocarse.

Se oyó el ruido del motor de un automóvil en la carretera. Creció y fue seguido del ruido característico del cambio de marchas; a continuación, el coche se alejó a toda velocidad.

Vida Carlaw siguió escuchando. Aparte del chirrido de algunos insectos, el silencio reinaba.

De pronto, el hombre de bronce surgió en un claro, a medio camino de la carretera.

Vida Carlaw pensó para sus adentros que no era tan alto ni fornido como le pareció en el avión. Era preciso estar a su mismo lado para apreciar sus proporciones, fenómeno debido sin duda a la

simetría de su desarrollo muscular.

No tenía el aspecto de paquidermo que es, por regla general, el distintivo de los hombres muy fuertes.

Vida Carlaw preguntó: —¿Quién es usted?

El gigante de bronce miró a la hermosa jovencita sin que, al parecer, le impresionara lo que veía.

—Clark Savage Junior —dijo—. A veces me llaman Doc Savage.

CAPÍTULO IV

MUERTE SIN MOTIVO

LOS pensamientos se sucedieron rápidamente en la mente de Vida Carlaw.

Sintió asombro al enterarse de que aquel sujeto extraordinario era el hombre en cuya busca se trasladaba ella a Nueva York, es decir, Doc Savage.

Además, la aventura que acababa de sucederle la había trastornado ligeramente. No estaba acostumbrada a que intentaran raptarla.

Aparte de esto, Vida Carlaw era una muchacha exquisita, acostumbrada a que los miembros del otro sexo le demostraran admiración cuando se hallaban a su lado.

Estaba habituada a dejarles sin aliento, pero aquel hombre no parecía más conmovido que si estuviese mirando un árbol.

—¿Qué te ha pasado al hombre que me ha coronado? —preguntó secamente Vida.

—Ha huido.

Vida Carlaw pensó que no había visto nunca a tan hombre más guapo en su vida.

—¿Cómo lo ha hecho?

—Ha parado a un motorista, sin duda can el revólver en la mano.

Vida Carlaw decidió que la voz del hombre de bronce le gustaba tanto como su físico. Era una voz digna de un cantante de ópera.

—Iba a Nueva York para verlo —dijo—. Un hombre llamado Monk que dice ser ayudante suyo me participó que se hallaba en un lugar que él llamó Fortaleza de Soledad.

—He regresado antes de lo previsto. Monk me habló de su

llamada telefónica... y en consecuencia tomé pasaje en el avión.

Vida Carlaw, inconsecuente como cualquier muchacha verdaderamente guapa, decidió que el hombre de bronce no era todo lo caballero que era de desear.

No le había preguntado siquiera cómo se encontraba después de su primer salto en paracaídas. Decidió mostrarse fría.

—¿Por qué no se dio a conocer en el aeroplano? —dijo secamente.

—La labor de mi vida consiste en ayudar a los que están en dificultades y en entendérmelas con los que están fuera de la ley. En ocasiones son enemigos, cuyos ataques vienen de extrañas maneras. La seguridad exige prudencia en el caso de peticiones como la suya.

Vida Carlaw decidió mostrarse ofendida.

—¡Comprenda! ¡Creyó usted que yo era una criminal!

—¡No se puede decir nunca!

Vida Carlaw sintió que aumentaba su enojo. Debió darse cuenta que no sacaba nada con ello pero aquel joven, el hombre de bronce era sin ningún género de duda, joven, no se portaba como un joven debe hacerlo en presencia de una muchacha muy bonita.

—¿De manera que usted me cree una criminal? —dijo con tono más seco que nunca.

El no arregló las cosas preguntando: —¿Y quién es usted exactamente?

—Exploto pozos de petróleo en Oklahoma. Vivo en Tulsa y estoy perforando un pozo con dos socios: Sam Sands y "Reservoir" Hill. Algo les ocurrió a nuestro perforador y a Sam Sands.

Habiendo hecho esta declaración, esperó lo que él le contestaría.

—Deme más detalles —pidió Doc.

La voz del hombre de bronce no había cambiado; pero Vida Carlaw tuvo la impresión que sentía interés por el misterio, sino por ella.

La muchacha le explicó lo ocurrido, incluyendo la leyenda india de "Reservoir" Hill respecto al niño que cayó un hoyo en el suelo de la tienda y fue comido por un espíritu de la tierra que no dejó de él más que la grasa.

Cuando concluyó, Doc Savage preguntó: —¿Tiene usted enemigos?

—¡No! —contestó la muchacha, sorprendida.

—¿Cómo explica usted pues la tentativa hecha para raptarla en el aeroplano?

—¡No sé! ¡Todo eso me deja intrigada!

El silencio reinó un momento. La muchacha distinguió de pronto un zumbido prolongado y decidió que provenía del punto que iba agrandándose.

—¡Un aeroplano! —dijo.

—Sí contestó Doc Savage —. Trae probablemente a algunos ayudantes míos.

El hombre de bronce se metió una mano en el interior de la camisa y sacó una botella negra y redonda. Sin duda llevaba sobre la piel una especie de chaqueta con bolsillos.

Tiró la botella en un matorral e inmediatamente un humo amarillento y brillante se elevó en el aire. Aquel humo llamaría la atención a millas de distancia.

El aeroplano se acercó y se vió entonces que no era del tipo usual sino un autogiro. Demostró la facilidad con que aterrizaba en espacios reducidos, posándose en la carretera que pasaba a pocos pasos de allí.

El primero en apearse fue un verdadero figurín, el sueño dorado de un buen sastre. Esbelto, de cintura estrecha y anchos hombros, iba elegantemente ataviado con traje de tarde, es decir pantalones rayados, chaqueta, sombrero de copa y un bastoncito negro en la mano.

El hombre se quitó el sombrero y saludó con soltura. Su rostro, que no era feo, tenía como rasgo caracteristico la boca grande y móvil del orador.

—Este es el brigadier general Teodoro Marley Brooks —explicó Doc Savage a Vida Carlaw—. Sus amigos le llaman Ham.

—Y espero poderla incluir instantáneamente entre esos favorecidos —dijo Ham, galante—. Le ruego especialmente que acepte mis servicios en toda ocasión si necesita protección. Hay desgraciadamente entre nosotros un sujeto que puede molestarla, pero le ruego no le haga caso, puesto que el desgraciado no las tiene todas consigo…

—¡Diciendo embustes y hablando mal de mí, eh! —chilló una voz infantil que salía del aeroplano.

El dueño de la voz surgió… Era un sujeto casi tan ancho como

alto cuyas manos le alcanzaban debajo de las rodillas. Tenía una cara increíblemente fea, y cuanto se veía de su persona estaba, cubierto de un vello áspero y rojizo que le daba el aspecto de un gorila simpático.

—¡Este es el hombre a quien habló por teléfono! —dijo Doc a Vida Carlaw—. Le presento al teniente coronel Andrés Blodgett Mayfair, conocido por el nombre de Monk.

Monk sonrió a la linda muchacha de una oreja a la otra y señaló al hombre bien vestido.

—No crea lo que este picapleitos de Ham le dirá —aconsejó—. A veces me pregunto si su mujer y sus trece hijos no le han hecho perder el juicio.

El elegante caballero vestido de tarde pareció enojadísimo al oír esto.

—¡Yo soy soltero! —gritó.

—¡Tsk, tks! —hizo Monk.

—Esos dos son en realidad buenos amigos —dijo Doc Savage a Vida Carlaw.

—¡Amigos! —se mofó Monk—. ¡Le haré dos o tres nudos en el cuello.

—¡Tú, eslabón que falta! —espetó Ham—. Voy a cortar tantos agujeros en tu pellejo que se pensarán que las polillas se han metido con la piel de un oso.

Aquella región montañosa no era muy poblada; la carretera asfaltada era la única en muchas millas, pues las demás no pasaban de ser meros caminos y los automóviles eran escasos.

Había otro hombre en el aeroplano y era el que dirigía el vuelo. Este individuo era extremadamente alto y tan delgado que a menudo la gente se ponía nerviosa al mirarlo.

Tenía la frente muy despejada y sus ropas le caían muy mal. Un monóculo atado a una cinta, colgaba de la solapa de su americana.

—¡William Harper Littlejohn! —dijo Doc Savage, presentándole a Vida Carlaw.

—Buscamos un sedan —explicó el hombre de bronce—. Color azul claro, modelo de hace tres años y lleva en el neumático de recambio una funda que anuncia una piscina.

Subieron al autogiro, que emprendió el vuelo. Algo más tarde, Monk explicó a la muchacha que Johnny era uno de los más sabios

geólogos y arqueólogos del mundo y que el monóculo que colgaba de su solapa era en realidad un lente de aumento muy potente.

Él, Monk, era, lo confesó, uno de los mejores químicos contemporáneos.

En cuanto a Ham, la muchacha le arrancó con dificultad a Monk la confesión de que era abogado.

—¡Pero nadie le tiene en buen concepto, aparte de la Escuela de Leyes de Harvard! —añadió Monk.

Cinco minutos después, Doc Savage dijo rápidamente:

—¡Llegamos a una ciudad que tiene aeródromo! ¡El sedan que buscamos está parado en el campo!

Vida Carlaw miró con atención hacia la ciudad. La veía así como un campo abierto que sin duda era el aeródromo, pero no acertaba a comprender cómo Doc Savage distinguía el coche sin usar anteojos.

¡No se había equivocado! Aterrizaron y se informaron.

—Un hombrecito delgado llegó corriendo y alquiló a mi amigo y a mí nuestro avión para llevarle a Nueva York —explicó un mecánico que vestía un mono muy sucio.

—Deme el número y la descripción del aeroplano así como el nombre y las señas de su socio —pidió Doc.

Una vez en posesión de la información, volvió al aire y emprendieron nuevamente el vuelo. EL avión tenía una instalación de radio y el hombre de bronce se puso en contacto con las autoridades de varias metrópolis, dando la descripción del aeroplano del piloto y del pasajero, añadiendo que se buscaba a este último por tentativa de rapto.

AL caer la noche, Doc Savage, sus tres ayudantes y Vida Carlaw estaban sentados en la oficina del aeródromo de Newark, interrogando al piloto del aeroplano alquilado.

—¡Yo no he hecho nada! —protestó el piloto—. ¡No sé nada enteramente! ¡Aterrizo aquí y los "polis" se me echan encima! ¿De qué se trata?

—¡Buscamos a su pasajero! —le dijeron.

—¡Oh, ese tipo delgado, de piel curtida! ¡Ya me parecía a mí que era sospechoso! Quería que le dejara en un pasto de Long Island, cerca de Nueva York y me dio veinte dólares extra para ello. Después de dejarle en el campo de un cortijo, vine aquí y esos

"polis"...

—¿Podría señalar el campo en cuestión, sobre el mapa?

Así lo hizo el piloto.

El campo del cortijo aquel se hallaba cerca de Jamaica.

—El granjero vio aterrizar el aeroplano y se enfureció porque le asustaron las vacas. Vió también al hombre que se apeó y que anduvo hasta la carretera vecina, tratando de detener a los coches que se dirigían a Nueva York hasta que se perdió de vista. Miles de coches pasaban por aquella carretera a diario.

—¡No tenemos una probabilidad entre un millón de encontrarlo ahora! —rezongó Monk.

Doc Savage dijo:

—¡Con un poco de suerte, no será muy difícil!

—¡Eh!

Doc Savage se sacó del bolsillo varios fragmentos de cristal roto que brillaron bajo la luz de su lámpara.

—¡Esto nos sacará de apuros! —dijo.

Los aposentos de Doc Savage, situados en el piso ochenta y seis de uno de los edificios más importantes de la ciudad no eran muy conocidos del público en general. Muy pocas personas los habían visto.

Los periodistas no habían sido capaces de sacar fotografías de su interior, aunque muchos lo habían intentado y se ofrecía una prima a cualquier fotógrafo que lo lograse.

Algunos dibujos de artistas, pura fantasía, habían sido publicados, pero no se acercaban a la verdad.

EL cuartel general de Doc Savage consistía en tres habitaciones. La primera, el cuarto de recibo, era pequeña y contenía pocos muebles aparte de una enorme caja de caudales, algunas sillas confortables y una mesa de incrustaciones de un trabajo maravilloso.

Las otras dos estancias eran inmensas.

La una era una biblioteca de libros científicos que no tenía rival en el mundo entero en cuanto a completa y la otra, un pequeño laboratorio que era la envidia de los pocos hombres de ciencia que lo habían visitado.

—¡Señor! —exclamó Vida Carlaw, mirando de un lado a otro—. Empiezo a comprender por qué usted tiene una reputación tan

fabulosa.

Doc oyó sin duda el piropo pero no cambió su actitud de tranquila indiferencia, cosa que molestó a la hermosa Vida Carlaw. La muchacha había decidido usar la lisonja con el fin de ver lo que ocurría.

Vida no acababa de entender a Doc Savage y no estaba segura de la impresión que ella le había causado. Lo que era seguro era que no seguía el ejemplo de sus tres ayudantes, que le daban la atención galante que una beldad merece.

Dejándoles en el cuarto de recibo, Doc Savage entró en la biblioteca. La ciudad de Nueva York tiene varios listines de teléfonos y entre ellos uno que tiene las tapas rojas y que se conoce por el nombre de "libro rojo", que consigna los nombres de las personas y firmas que siguen las distintas profesiones.

Doc Savage tomó este listín y, a juzgar por la manera como se sentó y ajustó la luz, se dispuso a emprender una tarea bastante larga.

En el cuarto de recibo, sus tres ayudantes hablaban con su linda huéspeda.

Al conversar más largamente, Vida sintió la agradable sorpresa de descubrir que esos hombres eran sujetos extremadamente inteligentes.

Fue entonces cuando vislumbró la verdad... cada uno de los ayudantes de Doc Savage era un verdadero mago en su profesión particular.

Mientras hablaban, la secretaria de Monk llegó de su laboratorio químico instalado en un tejadillo, cerca de Wall Street.

La linda muchacha —Monk declaraba que tenía la secretaria más estupenda de Nueva York— iba escoltada por un puerco de aspecto notable.

El animal tenía grandes orejas hechas para volar, largas piernas para correr, un morro para explorar y un cuerpo flaco. El puerco parecía bien educado y despedía el suave olor de un perfume caro.

La secretaria de Monk se marchó inmediatamente después de entregar el puerco.

—Este es Habeas Corpus, mi favorito —dijo Monk a Vida Carlaw.

La muchacha contempló aquel raro ejemplar.

Ham dijo en voz alta: —¡Debieran exterminar a este insecto!

A continuación, Ham se acercó a otro teléfono —había varios en la casa— y habló con su club.

—Traigan a mi Química por la mañana.

Cuando colgó, Ham aguzó el oído y oyó a Doc Savage que hablaba en el otro aparato con varias personas, una tras otra. Ham no podía distinguir las palabras del hombre de bronce.

Mientras, Monk preguntaba a Vida Carlaw: —¿Cree de veras que un ser misterioso y parecido a un montón de jalea mató a alguien?

La muchacha vaciló y se mordió los labios.

—Usted me creerá loca, pero, después de todo, nadie sabe a ciencia cierta lo que hay en las profundidades de la tierra. Desde luego, los hombres de ciencia tienen una idea general, pero pueden haber... cosas... allá abajo que les son completamente desconocidas.

Monk asintió: —He visto bastantes cosas raras en mi tiempo para no sorprenderme ante nada.

—Nuestro pozo de petróleo es hondo —dijo la muchacha—. Puede ocurrir que...

Doc Savage salió entonces de la biblioteca.

—Lo necesario y posible está hecho para encontrar a su ex raptor —dijo—. No nos queda más que esperar y es aconsejable que todos descanséis un poco mientras tanto.

CAPÍTULO V

QUERÍA AYUDAR

LAS ventanas del cuartel general de Doc Savage en el rascacielos eran de un tipo inusual. El cristal, perfeccionado por el hombre de bronce en persona, era de una clase nueva que permitía a los ocupantes de la oficina mirar fuera con toda facilidad, pero evitaba que los de fuera vieran a los de dentro.

Aquel cristal especial dejaba penetrar una luz tamizada.

El sol de la mañana llenaba la sala de recibo de una luz agradable cuando unos golpes dados en la puerta despertaron al químico Monk que dormía en una silla, cerca de la mesa de incrustaciones.

Antes de acercarse a la puerta, Monk buscó en el bolsillo del pantalón una moneda de medio dólar que tenía el aspecto de cualquier otra moneda, pero en realidad estaba hecha de un metal radioactivo que operaba sobre un mecanismo oculto y una combinación electroscópica que abría y cerraba la puerta.

El dispositivo abrió la puerta al acercársele Monk.

Un hombre de aspecto pulido estaba en el umbral. Tenía las mejillas encarnadas y los modales de un inglés. Monk sabía que venía del club de Ham.

El hombre llevaba a su lado un animal que era el doble de Monk. Habría sido difícil determinar si era chimpancé, mico o cualquier otra variedad de la gran familia de los antropoides. A decir verdad, los peritos no estaban de acuerdo sobre este punto.

—¡Llévese a ese bi —bi— bicharraco al río y átele una piedra al cuello! —gritó Monk.

Ham se levantó de la silla en la cual había dormido.

—¡Es mi favorito Química! —gritó con indignación.

—¡Dios nos bendiga! —dijo sombríamente Monk—. ¿Creías que lo ignoraba?

EL mensajero se alejó.

El huesudo Johnny, que aparentaba seguir durmiendo, dijo sin abrir los ojos:

—¡Enigma icoroso de pigmentación lebelia!

—¡Caray! —exclamó Monk—. Es un milagro que estas palabras no le ahoguen. ¿Hay alguien que sepa lo que ha dicho en su sueño?

—Está hablando del monstruo rojo de la tierra —dijo Ham.

Vida Carlaw llamó desde la biblioteca: —¿Puedo entrar?

Le contestaron afirmativamente y la muchacha surgió, radiante de hermosura. El teléfono dejó oír su llamada. Doc Savage que estaba de pie ante la ventana, contestó y dijo:

—Sí… Necesita duplicado inmediatamente, ¿eh?… ¿Cuándo volverá?… Sí. Usted gana la prima.

El hombre de bronce colgó el receptor.

—Tenemos noticias del hombre que intentó matar a la señorita Carlaw —dijo—. Intentaremos acorralarlo e inducirlo a decirnos qué significa este misterio.

—No sé cómo lo has logrado, Doc —dijo Monk.

El hombre de bronce no ofreció explicación alguna.

Viendo que no sacaría nada de Doc, Monk renunció a satisfacer su curiosidad y dijo:

—¿Alguien tiene un martillo para despertar a Johnny?

La Compañía Óptica Ver Bien no era un establecimiento de lujo, lo cual explicaba probablemente el hecho de que su propietario abriera sus puertas una hora antes de la usual para esas firmas. Era un hombre rechoncho y calvo.

Doc Savage le preguntó:

—¿Cuándo le dijo el hombre que regresaría?

—Dentro de unos veinte minutos —contestó el redondo propietario.

Doc añadió: —No es necesario que usted haga nada. Limítese a entregarle lo que viene a buscar.

—Me alegro —exclamó el buen hombre—. ¡Temía verme metido en algún lío!

Doc Savage regresó al lado de sus compañeros que esperaban en un automóvil, en la calle. El coche, un sedan oscuro, no dejaba

sospechar, a juzgar por su aspecto, que era blindado y que sus cristales a prueba de balas, eran totalmente irrompibles.

—Deduzco que nuestro hombre ha de venir aquí —dijo Vida Carlaw—. Pero ¿cómo se ha enterado usted?

—¿Se acuerda de sus lentes?

—Desde luego. Se rompieron cuando usted me salvó.

—Guardé los pedazos —explicó Doc—. AL examinarlos, comprendí que el hombre era présbita y que no vería bien sin sus lentes. Le sería preciso buscar inmediatamente otros.

Monk chilló:

—¡De forma que telefoneaste a las casas de óptica, ofreciendo untes, recompensa si alguien que respondía a las señas dadas, pedía unos lentes de esta naturaleza!

La calle estaba llena de automóviles ruidosos que llevaban la gente al trabajo y de vendedores de periódicos que anunciaban las ediciones de la mañana.

Un muchacho se acercó por la calle, gritando: —¡Un bandido de Oklahoma escapa! ¡"Tomahawk" Tant elude los aeroplanos y los hombres del sheriff!

Monk dijo, dirigiéndose a la muchacha:

—¡Su tierra se menciona en primera página esta mañana!

—¡"Tomahawk" Tant! —exclamó la chica—. ¡No lo cogerán!

—¿No? —contestó Monk, sonriéndole—. No ha nacido todavía el bandido que burle a la ley por mucho tiempo. Recuérdelos... AL Spencer, Matt Kimes, Pretty Boy Floyd..., todos hombres malos... Todos se dejaron atrapar...

Doc preguntó: —¿Y ese "Tomahawk" Tant? No se sabe gran cosa de él en el Este.

—Es uno de los tipos anticuados de bandido de mi tierra —explicó Vida—. Uno de los más listos. Nadie sabe gran cosa de él en realidad.

Monk empezó a decir: —Pues bien, la ley le alcanzará...

—¡Quietos! —ordenó Doc—. ¡Ya viene nuestro hombre!

El hombre flaco llegó a pie, embutido en un sobretodo azul oscuro y tocado con un sombrero oscuro también. Sus guantes negros parecían los mismos que llevaba en el aeroplano. Entró en la tienda del óptico.

Cinco minutos después, salió y llamó un taxi. Un coche se acercó

y el hombre entró en el mismo.

—¡El método usual para seguirle! —dijo Doc a sus hombres.

Aquel método no lo había inventado Doc. Monk, Ham y Johnny tomaron taxis distintos y se relevaron, yendo siempre uno en pos del taxi, mientras el otro se le adelantaba. Haciendo frecuentes cambios de un modo casual, era imposible que el hombre del taxi se diera cuenta que le seguían.

EL perseguido fue a parar a un hotel poco conocido del distrito de los teatros. Su taxi le esperó mientras entró.

Un momento después, Doc penetró en el hotel y se fijó en varios individuos de aspecto inocente, que estaban haraganeando en el vestíbulo.

El hombre de bronce compró un periódico, se sentó y sostuvo el diario de manera que le ocultara la cara. Espiaba cuanto ocurría por unos agujeritos practicados en el papel.

Sobre sus rodillas descansaba un instrumento negro que un fotógrafo habría tomado por un fotómetro.

Al cabo de unos minutos, el hombre flaco bajó en ascensor, llevando en la mano una maletita. Pasó delante de Doc Savage sin el menor recelo y salió del hotel.

Doc estaba mirando el instrumento que sostenía en las piernas. AL pasar el hombre, la aguja indicadora subió por la escala y volvió a bajar cuando el hombre hubo pasado.

El instrumento aquél era un dispositivo súper sensitivo que señalaba la presencia de cualquier metal magnético; acero, hierro, etc., a corta distancia. La aguja se movió probablemente porque la maleta del hombre delgado contenía cierta cantidad de acero... quizá pistolas.

Doc Savage se acercó al empleado del hotel, se dio a conocer, sacó a relucir unas monedas y recibió abundante información.

El hombre flaco llegó al hotel la noche anterior... ¡pero no solo! ¡Cerca de una docena de hombres se alojó al mismo tiempo que él! Todos estaban muy quemados por el sol y ninguno de ellos se hallaba ya en el hotel.

Doc Savage volvió a su coche en el cual Vida Carlaw le esperaba. Puesto que de momento el hombre de bronce había perdido la pista de su presa, y de sus propios hombres, regresó a su cuartel general.

Sus hombres le enviarían sus informes allí, cuando supiesen adónde iba el perseguido.

—He estado reflexionando por qué me han atacado en el aeroplano —dijo Vida Carlaw—. ¡Me tiene intrigada!

—La idea era impedir que solicitara mi ayuda y la de mis hombres.

—¿Por qué?

A esta pregunta, Doc no contestó.

No hacia mucho que estaban en el cuarto de recibo del rascacielos cuando el huesudo Johnny hizo su aparición. Jugueteando con el monóculo, declaró:

—Desastre superabundante de energías —declaró.

Vida Carlaw parpadeó: —¿Tendrá alguien la bondad de traducir esto?

—Dice que hemos perdido el tiempo —explicó Doc.

—Sí —añadió Johnny—. ¡El hombre flaco y sus compinches están vigilando este edificio!

Y añadió, empleando siempre palabras cortas:

—No quieren que investiguemos el misterio de las cosas rojas que salen de la tierra.

Doc Savage le dijo a Vida Carlaw: —Usted permanecerá aquí.

—¿Sola?

La muchacha parecía inquieta: —Intentaron matarme una vez y tal vez...

—Es casi imposible que un extraño entre aquí —le dijo Doc.

La muchacha se quedó mirando al hombre de bronce.

—Bien —asintió.

Mucho tiempo antes, Doc Savage instaló en el edificio un ascensor particular y muy rápido que bajaba a su garaje personal, en el sótano. En la medida de lo posible, la existencia del ascensor y del garaje permanecía secreta.

Doc y Johnny bajaron al garaje del subterráneo, siguieron por un pasadizo que daba acceso a un túnel del metropolitano, por cuya vía corrieron un momento, evitando el contacto del tercer rail por el cual pasaba la corriente eléctrica y aplastándose contra la pared del túnel para dejar pasar los trenes cuyo ruido era ensordecedor. Salieron a la calle a algunas manzanas de distancia.

El sol inundaba ya las calles de la ciudad. Doc conocía el barrio

de forma que no anduvieron por las aceras, sino que pasaron de uno a otro establecimiento y casa de comercio, subiendo a veces a los tejados para lograrlo.

—¡Un espía! —dijo finalmente Doc Savage señalando un individuo.

El espía era un hombre alto y casi tan delgado como Johnny, pero de abdomen desarrollado. Llevaba un grueso gabán y estaba tendido en un techo, mirando hacia el rascacielos de Doc, al otro lado de la calle.

Tal era el sigilo con que se le acercó Doc, que el espía no se dio cuenta de su presencia hasta que le atacó.

Lucharon en silencio unos segundos. El hombre dio patadas, embistió a Doc con la cabeza, se retorció como una serpiente. Era un hombre muy delgado que tenía un estómago enorme. No lanzó un solo grito.

—¡Infierno! —gruñó de pronto, renunciando a luchar. No añadió otra palabra y miró con atención a Doc Savage, evidentemente asombrado ante su fuerza.

—¡He encontrado hombres fuertes en mi tiempo —murmuró—. Pero esta es la primera vez que lucho con un oso humano.

Johnny se acercó y le registró. El sujeto llevaba dos pistolas de seis tiros en el cinturón de sus pantalones y numerosos cartuchos en varios bolsillos.

—¿Su nombre? —preguntó Doc.

—Teniendo en cuenta que tengo una idea vaga de quien es usted, sólo con mirarle —dijo el hombre,— no tengo reparos en darle mi nombre. ¡Yo soy "Reservoir" Hill!

Johnny, el aficionado a las palabras largas tenía una exclamación que usaba invariablemente cuando estaba sorprendido. Se le escapó entonces.

—¡Que me superamalgamen! ¡El socio de Vida Carlaw!

—¡Puedo probar que soy "Reservoir" Hill! —dijo el prisionero.

—Aunque lleve toda clase de papeles —dijo Johnny,— podrían ser falsificados.

—Levante mi chaqueta y mi camisa y eche una mirada a mi espalda —sugirió el prisionero—. Encontrará un tatuaje. Comprenderá que hace años que está allí, pues una cicatriz lo cruza.

El tatuaje estaba donde decía, así como la cicatriz y no cabía

duda que hacía años que los llevaba. El nombre escrito era:

CROTON HILL

—Croton es un reservoir, parte del depósito de agua de la ciudad de Nueva York —dijo el cautivo—. Así fue como me dieron el apodo de "Reservoir". ¿Cómo está Viddy... la señorita Carlaw?

Doc Savage contestó: —Creí que le había dejado a usted en Oklahoma.

—¡Viddy lo creyó así! Esa maldita cosa roja que salió del suelo y mató a nuestro perforador y a Sam Sands me preocupaba! ¡Temí que algo ocurriera a Viddy! ¡Sabía que iba al Este para verle a usted, de manera que la seguí, en avión, para cuidar de ella!

"Reservoir" Hill suspiró:

—¡Así pues, usted es Doc Savage! Una vez recorrí todo el camino de Okmulgee a Tulsa para verle cuando aterrizó con su aeroplano, pero se había ido antes de que llegara.

Johnny hizo a Doc una seña que consistía en fruncir los labios y mirar al cielo, con lo cual quería decir que no prestaba fe a la historia de "Reservoir" Hill.

El hombre de bronce soltó a éste sin que hiciera la menor tentativa para escapar.

Doc le preguntó: —¿Qué temía le pudiese suceder a la señorita Carlaw?

—¡No sé! —dijo "Reservoir".

—En torno a Nueva York no hay pozos de petróleo de los cuales unos monstruos rojos pueden salir —le recordó Doc.

—Le digo que no sé.

—¿Qué estaba haciendo aquí?

—Escuchando —dijo "Reservoir" Hill—. Iba a verle hace media hora cuando vi a un hombre que está vigilando su casa. Ahora bien, ese hombre es alguien que yo he visto en Oklahoma. ¿Por qué vigila su casa un sujeto que viene de Oklahoma? ¡He decidido vigilarle a mi vez y es lo que estaba haciendo cuando me cogió!

—¡Tiene contestación a todo! —dijo el huesudo Johnny.

"Reservoir" Hill sacó la barbilla amenazadoramente.

—¡No se ponga tonto, saco de huesos!

—La aquiescencia ocupa la supereminencia efímera —dijo secamente Johnny.

—Que alguien traduzca esto —pidió “Reservoir" Hill—. ¡Si

quiere decir lo que yo pienso, vamos a ver quién es el mejor hombre!

—Dice tan solo que por ahora su historia parece plausible —tradujo Doc Savage, aunque no con toda exactitud.

Sosegado, "Reservoir" Hill preguntó:

—¿Qué hacemos con esos sujetos que están por aquí y vigilan su casa?

—Cuidaremos de ellos más tarde —dijo Doc Savage—. Deseo hacerles preguntas a usted y a la señorita. Carlaw, con la esperanza de descubrir algo.

Regresaron al cuartel general de Doc Savage por la vía del metropolitano, el túnel subterráneo y el ascensor particular de Doc. Miraron en el cuarto de recibo, la biblioteca y el laboratorio.

Salieron y examinaron el vestíbulo. Luego, Doc volvió a entrar en el laboratorio, abrió un tablero oculto y consultó las agujas indicadoras de unos instrumentos escondidos.

Pudo enterarse por medio de ellos de sí alguien había subido al piso ochenta y seis recientemente. Incluso había allí un pequeño aparato fotográfico que retrataba a cualquiera que pasara por el vestíbulo. Doc reveló el pequeño film del aparato.

—Vida Carlaw estaba sola —dijo finalmente.

CAPÍTULO VI

LA PISTA

¡ALGO le ha sucedido a Viddy! —gritó "Reservoir” Hill.

Doc Savage entró en la biblioteca y apartó una estantería cubierta de libros, dejando al descubierto un dispositivo que registraba las conversaciones telefónicas sostenidas en su aposento.

Era un aparato similar a los dictáfonos que se usan en las oficinas de comercio.

Enchufó un micrófono reproductor y un altavoz y tocó la placa. Hubo una llamada por teléfono.

—Aquí la oficina de Doc Savage —había dicho Vida Carlaw, contestando por teléfono—. Doc no está aquí.

—Viddy —dijo una voz ruda—. Yo soy "Reservoir" Hill. ¿No reconoce mi voz?

—Yo le creía en Oklahoma.

—No... Estoy esperando en la calle, delante de la casa. Estoy con Doc Savage. Hemos obtenido unos informes importantes. Baje enseguida.

—Voy en el acto.

Aquí la conversación concluía.

Doc Savage paró el instrumento y colocó una placa nueva.

"Reservoir" Hill gritó: —¡Ese sujeto me ha imitado la voz!

Johnny le miró fijamente.

—¡A mí me ha parecido que era la suya!

"Reservoir Hill cerró los puños y dio un paso adelante.

—En mi país se contesta a tiros reflexiones como esta.

Johnny, que había sido un erudito profesor de Universidad en otros tiempos, contestó con el mismo tono" agresivo:

—¡A su disposición, semilla de salvia!

Durante un momento pareció que una lucha era inminente entre ambos hombres; luego, "Reservoir" Hill sonrió débilmente:

—¡Salvia! ¡No crece la salvia en mi rincón de Oklahoma!

Doc Savage abrió la marcha para bajar a la calle, usando esta vez uno de los ascensores de la casa. En el vestíbulo había cierto revuelo, cosa de la que no se había dado cuenta por haber subido por el ascensor particular de Doc.

Varios policías estaban allí y uno de los empleados del ascensor decía:

—Una muchacha ha bajado en uno de los ascensores. Varios hombres que esperaban en el vestíbulo la agarraron, le dieron un porrazo en la cabeza y se la llevaron.

Doc le interrumpió, describiendo a Vida Carlaw.

—¡Esa es la que se llevaron! —dijo el mozo.

Doc salió rápidamente. No se veía rastro alguno de sus dos ayudantes, Monk y Ham, como tampoco de los hombres misteriosos de Oklahoma.

—¡Han atrapado a Viddy y han escapado! —gimió "Reservoir" Hill.

Luego se volvió ceñudo a Doc Savage:

—¡Le han burlado! ¡USted no merece su reputación! ¡No es lo que dicen por ahí!

Doc no contestó y no demostró alterarse al conocer esta opinión de su interlocutor.

Johnny, que no era tan dueño de sí, torció el gesto y preguntó:

—¡Mire usted, Hill! ¿Qué sabe usted de todo esto? ¿Qué está ocultando?

"Reservoir" Hill no se sobresaltó, pero era evidente que estas palabras le impresionaron. Se humedeció los labios: —¿Qué quiere decir?

—¡Mi opinión personal es que no dice cuanto sabe! —declaró Johnny.

"Reservoir" Hill sacó la mandíbula.

—¡Otra insinuación de estas y uno de los dos irá al hospital!

Doc Savage dijo:

—En vista del hecho de que el asunto parece complicarse, está indicado que llamemos a nuestros demás amigos, Renny y Long Tom.

Los últimos dos miembros del grupo de cinco ayudantes de Doc Savage no eran menos notables que los demás.

Long Tom era el mayor Tomás J. Roberts, un mago de la electricidad, cuyo nombre pasaría sin duda a la historia a causa de sus inventos. Su aspecto desmentía sus obras, pues era el hombrecito de apariencia frágil y rostro descolorido. Nadie recordaba haberle visto distinto ni tampoco enfermo.

El coronel John Renwick era Renny, ingeniero de fama mundial y excelente boxeador. Sus puños eran tan grandes que los arqueólogos aseguraban que ni el famoso "Gigante de Cardiff" los tuvo mayores. La habilidad de Renny como ingeniero, igualaba el tamaño de sus manos.

Long Tom y Renny, llegaron poco después que Doc les telefoneó y el hombre de bronce les resumió la situación.

—¿Qué estamos esperando? —preguntó Renny con voz que recordaba la de un león que ruge en su guarida, pues le excitaba la perspectiva de nuevas luchas, que adoraba.

—Es posible que Monk y Ham hayan seguido la pista de los raptores de la muchacha hasta el final —explicó Doc.

—Es más probable que Monk y Ham estén en algún sitio, peleándose —sugirió Long Tom.

Renny se sacó un periódico del bolsillo, se sentó y empezó a leer la primera página.

—Veo que un bandido llamada "Tomahawk" Tant hace hablar de él en Oklahoma —dijo—. ¡Rayos y truenos! Si ese demonio de la tierra nos lleva a Oklahoma, ¿qué os parece que libertemos a los ciudadanos del país, suprimiendo su bandido Tant, también?

"Reservoir" Hill preguntó secamente: —¿Alguien le ha hablado de Tant?

Renny levantó los ojos.

—¡Parece usted interesado!

"Reservoir" Hill se encogió de hombros.

—¡Infierno, no! ¡No hacía más que preguntarle!

Johnny intervino: —“Reservoir" Hill no dice seguramente todo lo que sabe, Renny.

"Reservoir" Hill, que estaba en una silla, se levantó y se arremangó.

—¡Maldición! —gruñó—. ¡He aguantado ya bastante!

—Y yo —dijo Johnny— ...no he hecho bastante ejercicio estos últimos tiempos. Cuando hayamos concluido, barrunto que habrá cambiado de tono.

Doc Savage pidió: —¡Esperad un momento por favor!

Ambos adversarios se detuvieron y vieron al hombre de bronce encaminarse al extenso surtido de aparatos de radio con el cual el laboratorio estaba equipado. Una bombilla eléctrica pequeñita, enchufada en uno de los tableros, se encendía y apagaba, y Doc Savage tocó un conmutador, enchufando de este modo un altavoz.

La voz chillona del simiesco Monk brotó por el altavoz.

—¡Esos sujetos se nos han escapado! ¡Tenían un gran aeroplano que les esperaba en un campo! ¡Han escapado por el aire, dejándonos con un palmo de narices! ¡Se han llevado a la chica!

—¿En el aeroplano?

—Sí.

—¿Se han enterado qué les seguíais?

—¡Me parece que no!

—¿Hacia dónde han ido?

—Hacia el Oeste.

"Reservoir" Hill gritó: —¡Van a Oklahoma!

—¡Vamos! —ordenó Doc.

El gran sedan blindado de Doc les llevaba hacia el río unos minutos después. Una sirena gemía bajo la tapa del motor, solicitando de la policía paso libre. Esta cortesía se había otorgado a Doc Savage en retribución de servicios prestados a la ley y al orden.

El olor peculiar del río no tardó en asaltar sus narices.

HIDALGO TRADING COMPANY

Este rótulo decoraba la fachada de un viejo edificio de ladrillos. Era enorme y parecía desierto. Su aspecto ruinoso era engañoso, pues, se trataba de nada menos que del inmenso cobertizo en el cual Doc Savage guardaba sus aviones y sus botes.

Una luz roja que proyectaba el coche, era en realidad un rayo que ponía en marcha una maquinaria destinada a abrir la gran puerta del cobertizo.

Una vez el sedan en el interior, la puerta se cerró nuevamente.

"Reservoir" Hill miró el interior del gran edificio al encenderse sus luces y abrió los ojos.

—¡Formidable! —masculló.

Había allí varios aeroplanos de distintos tamaños y tipos, canoas, automóviles y una lancha provista de un camarote, así como, en un extremo, lo que parecía un submarino.

—Vosotros seguiréis en el mayor de los aeroplanos —ordenó Doc a Renny, Johnny y Long Tom—. No perdamos tiempo. Poneos en contacto con Monk y Ham.

Los tres ayudantes asintieron. Podían ponerse en contacto por medio de los aparatos de onda corta que estaban instalados en todos los automóviles y aeroplanos de Doc.

Monk y Ham habían empleado uno de los coches para seguir a los bandidos que raptaron la muchacha. EL coche estaba parado en la entrada del edificio.

Para concluir, Doc añadió: —"Reservoir" Hill vendrá conmigo en el avión rápido.

—¡Vaya manera de trabajar rápidamente! —comentó "Reservoir" Hill.

Una hora después, su opinión no había cambiado. En aquel momento, el aeroplano de Doc había recorrido parte del estado de Pensilvania y habría sorprendido con ello a cualquier piloto. EL aeroplano era pequeño y consistía en un asiento para dos personas, la instalación de radio, un armazón metálico muy reducido y dos alas...

El resto era motor... de casi dos mil caballos.

Las principales ciudades de los Estados Unidos tienen departamentos de policía equipados con estaciones emisoras y receptoras de radio, y Doc Savage acababa de comunicar con varias de ellas, con el resultado que una red tendida sobre Pennsylvania y otros estados sobre los cuales un aeroplano que se dirigía a Oklahoma pudiese volar.

—¡Que me aspen si sabía yo que la ley estaba tan bien organizada para coger a los criminales! —dijo "Reservoir" Hill.

No tardaron en recoger un informe, participando que el aeroplano perseguido había sido visto sobre la ciudad de Clarksburg en Virginia del Oeste.

El pequeño avión de Doc Savage, corriendo a una velocidad que le habría hecho ganar cualquier carrera aérea nacional, alcanzó su presa cerca de la ciudad de Middleport en el río Ohio.

El fugitivo era un bimotor grande y moderno, de alas bajas. En

circunstancias ordinarias habría sido rápido, pero el pequeño avión de carrera de Doc zumbaba entorno suyo como una mosca alrededor de un pollo.

El asiento del avión de Doc quedaba completamente cerrado. El hombre de bronce abrió la escotilla, se irguió y señaló al otro aeroplano que aterrizara.

Debajo, había campos que se prestaban bastante para la maniobra. La contestación que obtuvo fue una lluvia de balas de rifles que dispararon desde el otro aeroplano.

El hombre de bronce se dejó caer rápidamente en su asiento. Había pocas probabilidades que las balas perforaran el casco de su aeroplano, que era de un metal especial.

Una docena de proyectiles por lo menos, hirió el aeroplano durante los minutos que siguieron. "Reservoir" Hill oyó los impactos y comprendió lo que ocurría.

—Quisiera que esta lucha fuera en tierra con Winchester —resopló.

Doc Savage maniobró para adelantarse al otro avión. Mientras remontaba su aparato para colocarse sobre la proa del adversario, tocó varias palancas y mandos.

—¿Qué son esos instrumentos? —preguntó "Reservoir" Hill, señalando los mandos que Doc Savage estaba ajustando.

—Son las palancas de las válvulas de un tanque de gas que hay en la cola —explicó Doc—. El gas, al entrar en contacto con el aire, es invisible, pero causa una reacción química que lo hace no inflamable. En otras palabras, un aeroplano que vuela en medio de ese vapor, se parará, porque la mezcla de aire y gas que penetrará en su motor será no explosiva.

"Reservoir" Hill alargó el cuello y miró atrás.

—¡Sin duda sospechan su juego! —gruñó.

El otro aeroplano iniciaba un descenso casi en barrena. Doc lo siguió con su pequeño aeroplano.

El río Ohio, de gran caudal y aguas fangosas, era ancho, tortuoso y amarillento, debajo de ellos. En algunos sitios se habla desbordado.

Las colinas circundantes tenían el aspecto de haber sufrido recientes lluvias.

—¡Eh! —exclamó "Reservoir" Hill.

Le arrancó esta exclamación el hecho de que el otro aeroplano se enderezaba de pronto. Varios hombres se inclinaban por las ventanillas del camarote, armados de rifles cuyas balas dieron en el armazón del aeroplano de Doc.

—¡Viddy! —gritó "Reservoir" Hill—. ¿La ve?

Doc Savage no contestó, pero veía distintamente a la muchacha. Aun a aquella distancia llamaba la atención y aparentemente no había sufrido daño alguno. Les saludó con la mano y cerró los puños, poniéndose en actitud defensiva.

—¡Viddy es una muchacha valiente! —gritó "Reservoir" Hill—. ¡Malditos sean esos bribones! ¡Al infierno con ellos!

Doc se colocó delante del otro aeroplano, pero nuevamente éste descendió.

El piloto era prudente y no corría riesgos innecesarios. El aeroplano enemigo se enderezó a varios centenares de pies más abajo. Doc le persiguió.

Al Oeste unas nubes tapaban el horizonte, gruesas nubes negruzcas de las que, a intervalos, unos rayos rojizos caían hacia la tierra.

—¡Mire! —dijo "Reservoir" Hill.

Los hombres del aeroplano enemigo habían abierto la portezuela de su aparato y tiraban a alguien afuera.

—¡Viddy! —chilló "Reservoir" Hill—. ¡La están echando!

La figura que caía y que llevaba falda, no iba provista de paracaídas.

—¡Hemos de hacer algo para salvarla! —gritó "Reservoir" Hill.

En aquel momento, la idea parecía descabellada. La figura caía... En el cinematógrafo, los aeroplanos descienden y recogen a bordo hombres y mujeres que caen; pero en la vida real la cosa no es tan fácil de realizar.

Doc inclinó la proa del avión. Un cuerpo humano no adquiere velocidad que no pueda ser superada por un avión rápido, debido a la resistencia del aire.

Había una probabilidad que el aeroplano alcanzara el cuerpo que caía; pero eso "Reservoir" Hill lo ignoraba. —¡No la siga usted! — gritó —. ¡No quiero ver cómo la alcanza! ¡No quiero ver morir a Viddy!

Un segundo después, Doc Savage comprendió que perdía el

tiempo. El cuerpo chocaría antes de que pudiese alcanzarlo y chocaría con el agua.

—¡Tal vez... al caer al agua... no se matará! —dijo "Reservoir" Hill, con voz ronca.

Doc Savage no se hacía esta ilusión. El agua, al caer en ella con la velocidad adquirida por aquel cuerpo, tenía la fuerza de una pared sólida.

La lastimosa figura retorcida chocó con las aguas fangosas del río.

Doc Savage hizo remontar su aparato cuando estaba tan cerca de la superficie del agua que la que el cuerpo levantó inundó el armazón del aeroplano.

Evolucionó y volvió atrás, buscando con la vista el cuerpo.

Aunque dieron varias vueltas, no vieron nada y nada subió a la superficie.

—¡Hemos de aterrizar y ver si la encontramos! —gritó "Reservoir" Hill.

—Nadie puede sobrevivir a semejante caída —explicó Doc con voz queda y enseguida hizo remontar el aeroplano en el cielo.

"Reservoir" Hill lanzó varios juramentos, cerró los puños y dijo con voz airada:

—¡Es posible que Viddy no esté muerta! ¡Va usted a aterrizar y a buscarla! ¡Va usted...!

Doc Savage agarró el brazo del viejo. No habló, pero algo —quizá fue la fuerza terrible de la presión que ejerció— hizo que "Reservoir" Hill cayera atrás, sin fuerzas y derrotado.

—¡Sí, tiene usted razón! —dijo el viejo petrolero—. ¡Viddy ha muerto! ¡La muchacha más buena de Oklahoma y del país entero!

Doc reanudó la persecución del otro aeroplano que había aprovechado la diversión. EL otro piloto había volado directamente hacia la inmensa masa de nubes que presagiaba una tormenta y había cubierto ya buena parte de la distancia.

—¡Se nos van a escapar! —gruñó "Reservoir" Hill.

Así fue. Las nubes, el trueno, los relámpagos y la lluvia se tragaron a los bandidos y a su aeroplano como un monstruo simbólico del cielo.

CAPÍTULO VII

PREPARATIVOS

NO encontraron el aeroplano de los asesinos, que desapareció completamente. Doc Savage y sus ayudantes escudriñaron el suelo en los alrededores, para el caso de que el aeroplano desaparecido hubiese sido alcanzado por los rayos y se hubiese incendiado, pero no hallaron nada.

Aquella tarde, el aire se llenó de aeroplanos en los estados de Kentucky, Arkansas, Oklahoma, Missouri y Tennessee, así como Illinois e Indiana, y todos buscaban al aparato desaparecido.

Unos radiogramas enviados por Doc Savage al Departamento de Guerra de Washington hicieron que todos los aeroplanos disponibles recibieran la orden de entregarse a las pesquisas.

Tampoco los aeroplanos militares encontraron nada.

Doc Savage y sus ayudantes, cuando estos últimos llegaron en el gran aeroplano, dragaron el río Ohio y rebuscaron por sus riberas durante horas, sin resultado alguno.

—¡Pobre Viddy! —gruñó "Reservoir Hill.

—Es probable que el cadáver quedó enterrado en el fango —les dijo un marinero—. ¡Barrunto que no la hallaréis nunca!

AL día siguiente, temprano, un muchacho campesino que sacaba sus vacas del corral, halló un aeroplano abandonado en un prado perteneciente a su padre, a corta distancia de Cleveland.

El aeroplano debió aterrizar allí el día anterior, pero llovía con tal fuerza, que nadie lo vio.

El muchacho metió la cabeza en el camarote del avión y se fijó en algo extraño. Alguien hundió un dedo o un bastoncito en aceite sucio —un examen ulterior demostró que el aceite fue sacado del motor del aeroplano— y escribió en letras de imprenta en la pared

interior del camarote:

A DOC SAVAGE

Debajo del nombre había una serie de extraños signos: círculos, rayitas, medias lunas, estrellas y cruces. Sin duda se trataba de un código.

El muchacho no perdió tiempo. Había leído los periódicos, escuchado las noticias por la radio respecto al aeroplano y su padre tenía teléfono.

Se puso en comunicación con Doc Savage y se hallaba presente cuando el hombre de bronce y sus ayudantes aterrizaron con maestría en el prado.

Llegaban en el mayor de sus aeroplanos.

Doc habló con el chico bastante rato. El hombre de bronce examinó el aeroplano, el mensaje que había dejado para él y volvió a hablar con el joven campesino.

El chico era listo., Era algo entendido en radio, aficionado a la fotografía y, sobre todo, le interesaban los aeroplanos.

Confesó haber estudiado libros de ingeniería aeronáutica y haber hecho experimentos, construyéndose una cometa. Doc Savage sacó una caja de su aeroplano, una de las cajas de metal que empleaba para transportar sus equipos. Sacó varios objetos, algunos de los cuales no desenvolvió y los ofreció al muchacho. Monk, Ham y los demás, mucho más interesados en el aeroplano abandonado, estaban reunidos en torno al mismo.

No se fijaron en lo que Doc decía al chico y cuando el hombre de bronce se reunió con ellos, le hicieron un sinnúmero de preguntas. El muchacho se fue hacia su casa.

—Mira —dijo Monk, señalando al interior del aeroplano.

Pero el hombre de bronce dio una nueva vuelta por el prado, regresando al cabo de unos momentos, aparentemente sin haber hallado pista alguna.

El muchacho campesino llegó a su casa y unos minutos después, su cometa subía al aire. Era una cometa bien proporcionada y construida.

Monk la miró con aprobación. Sin duda, Doc habría pedido verla en el aire, con el fin de apartar al muchacho si había peligro.

Monk decretó que la cometa estaba bien hecha y que aquel chico sentía sin duda verdadero interés por los aeroplanos.

Doc se puso a examinar los jeroglíficos pintados en el aeroplano abandonado con aceite del motor.

Johnny los había estudiado ya. Johnny había traducido inscripciones caldeas que nadie más sabía leer, excepto Doc y los jeroglíficos egipcios no tenían misterio alguno para él, pero aquello le desconcertaba.

"Reservoir" Hill se alejó por los bosques húmedos que formaban el linde del prado. Estaba sombrío y los demás supusieron que deseaba estar solo con sus tristes pensamientos. No se fijaron mucho en lo que hacía.

Doc estudió los símbolos con un espejo de bolsillo. Los espejos revelan a menudo señales que escapan al ojo, pero esta vez, el espejo no descubrió nada.

Monk empezó a impacientarse. Le gustaba la acción y, sobre todo, el terrible fin de Vida Carlaw pesaba sobre su ánimo. Al moverse lograba apartar su pensamiento del mismo.

—Voy a ver a dónde ha ido "Reservoir" Hill —dijo Monk—. Buscaremos las huellas de esos individuos juntos.

Monk se metió entre la maleza. "Reservoir" Hill había aplastado la hierba húmeda con los pies y la pista era fácil de seguir.

Nadie se fijó en lo que hacía Monk. Sus compañeros estaban ocupados con el rompecabezas de los símbolos escritos con aceite. Ham, Renny, Johnny y Long Tom, estaban intrigados y desconcertados como en el primer momento.

Doc Savage seguía intentando descifrarlo. Sacó papel y lápiz y probó distintas combinaciones de los símbolos. De pronto, dejó oír el trino que le era peculiar en momentos de tensión espiritual y guardó papel y lápiz.

—Aparentemente, esos signos no tienen sentido —dijo.

Johnny y sus amigos se dieron cuenta que la declaración del hombre de bronce era rotunda y categórica. Doc no había hecho más que estudiar los signos y escribirlos en distintos órdenes.

Su mente ágil había, probablemente, probado una docena de sistemas distintos, sin olvidar los que usan los vagabundos para señalar las casas "interesantes" o no.

—¡Pronto! —exclamó súbitamente Doc—. ¡Preparad las armas!

—Pero, ¿qué?... —exclamó Ham.

—¡Nos hemos dejado engañar! —dijo Doc.

*****

En aquel momento, Monk se hallaba ante dificultades inesperadas para seguir las huellas de "Reservoir" Hill. Can gran sorpresa por parte de Monk, el viejo petrolero siguió andando. Monk esperaba alcanzarle bastante antes.

Un almiar se erguía a algunos pasos de distancia. Monk creyó hallar a "Reservoir" Hill al otro lado. Se acercó, rodeó el almiar y se paró.

No había nadie... y en la hierba no se veían las huellas de un solo hombre sino las de muchos. ¿Qué significaba aquello?

Monk concluyó aquí sus reflexiones.

Le cayó heno encima... heno y un hombre. El hombre le dio patadas en la cara al caer. Monk lanzó un rugido, agarró el sujeto y le tumbó al suelo.

La víctima rebotó literalmente y pareció vaciarse de aire.

—¡Maldición! —aulló Monk.

El hombre respondía a la descripción de uno de los sujetos que raptaron a Vida Carlaw. Monk cerró los puños y esperó que se levantara.

Monk tenía instintos sanguinarios y no tenía muchos escrúpulos en pegar a un caído. Le gustaba ver rebotar a su enemigo.

Si no podía levantarse, quedaba tiempo de sobras para trabajar sobre él en el suelo. Doc Savage no logró nunca que Monk dominara su carácter impulsivo.

Más heno y más hombres cayeron. Uno... dos... un tercero... Monk lanzó gritos de júbilo, alargó los brazos y agarró dos hombres. Se retorció ágilmente y alcanzó al tercero en la cabeza con el tacón de su zapato.

¡No eran más de tres! ¡Un poco de ejercicio! Ninguno de ellos era muy fornido.

Monk rodeó con sus brazos a sus dos enemigos supervivientes, empezó a saltar como un mono, dio dos vueltas sobre sí y los tuvo aturdidos en un santiamén. La cosa iba a ser fácil.

Otros hombres salían del almiar. No iba a ser tan sencillo. Unas manos agarraron a Monk y unos puños le hirieron.

La cumbre de los almiares acostumbra a llevar un peso. Es una precaución que los campesinos toman para evitar que el viento se lleve el heno. Dos postes reunidos por un alambre o una cuerda son,

por regla general, el peso en cuestión.

Uno de esos aparatos iba a ser el factor que decidiría de la lucha. Díez minutos después que le hirió, Monk quedó hundido en la oscuridad y el olvido y soñó que corría, perseguido por el elegante Ham que, de pronto, estaba equipado con cuernos y una cola puntiaguda.

Ham alcanzó a Monk y empezó a cortar su oreja con la punta de su bastón espada. Si Monk hubiese tenido brazos o piernas, se habría defendido...

Monk abrió los ojos. Ham no estaba allí y en vez de la punta de su espada, era un dedo lo que tenía en la oreja. EL dueño del dedo era un sujeto moreno de rostro duro, que habría interesado a un criminologista.

—¡Este cosquilleo les despierta siempre! —dijo el dueño del dedo.

Monk cerró los ojos y aflojó la tensión de sus nervios. Dejaría que aquel sujeto volviera a buscar en su oreja y enseguida le daría una lección de la que se acordaría.

La idea no era mala, pero Monk descubrió que estaba atado de pies y manos.

—Sáquenlos de ahí —dijo un hombre.

Monk decidió lanzar un grito, por si Doc podía oírlo. Se llenó el pecho de aire, se preparó y... le hundieron un sombrero de fieltro en la bocaza.

Levantaron al químico en vilo y se lo llevaron rápidamente por el bosque.

Sus enemigos miraban frecuentemente hacia atrás y dijeron algunas palabras que convencieron a Monk, que se trataba de la misma banda que se apoderó de Vida Carlaw en Nueva York y quiso evitar que ella se pusiera en contacto con Doc Savage.

—Ese hombre de bronce no es nadie con quien se pueda bromear —dijo uno de los hombres que parecía preocupado—. ¡Había que verle en Nueva York!

—Le robamos la chica, ¿no? —dijo otro con tono seco.

—No pudimos evitar que le viera.

Llegaron a una carretera cubierta de guijarros que evidentemente era poco frecuentada. Dos automóviles de gran tamaño estaban parados, a la sombra de un árbol.

Monk se fijó en que sus neumáticos estaban bastante desgastados y serían difíciles de identificar. Monk hizo una mueca feroz al mirar a los coches.

—¡Viejo embustero! —pensó Monk—. ¡Ya me parecía a mí que no eras lo que parecías!

Y lo habría dicho en voz alta, a no ser por la mordaza.

"Reservoir" Hill estaba sentado en el asiento delantero de uno de los coches.

Sacó la mandíbula al ver a Monk y escupió al suelo. Metieron a Monk en el otro coche y todos los hombres subieron a los automóviles. Pusieron los motores en marcha y se alejaron. Ambos coches viajaron deprisa por espacio de dos millas.

—¿Crees que estaremos a salvo en Cleveland? —preguntó un hombre con acento de duda.

—Claro —dijo otro—. Cuando lleguemos a los arrabales de la ciudad, un camión de la compañía de teléfonos, falso, desde luego, vendrá a nuestro encuentro. Nos vestiremos como empleados de la compañía, entraremos en la ciudad y nadie sospechará nada.

—¿Nos llevará hasta el garaje de Blackie en la calle Diecinueve donde hemos de reunirnos?

Monk estaba tendido en el suelo del coche donde le habían tirado. Se había retorcido y, casualmente, halló un lápiz que, sin duda, alguien dejó caer allí.

Monk empezó a moverse como quien se siente mordido por un parásito.

Agarró el lápiz. Este era corto y quedaba oculto en la palma de su mano.

Además, los tablones del suelo del coche quedaban al descubierto en un extremo donde la alfombrita estaba doblada. Nada más sencillo que escribir un mensaje.

Monk se puso a escribir.

El coche que se llevaba a Monk recorrió otras dos millas y llegó a un puente echado sobre el mismo riachuelo que corría por las tierras del granjero.

El riachuelo era mucho más ancho en aquel sitio y sin duda se aproximaba al Lago Erie.

El coche se detuvo en medio del puente. El que le seguía le imitó. Los hombres se apearon rápidamente y tiraron las chaquetas

debajo de los coches, directamente debajo de loa motores.

—Eso para que el aceite no ensucie los tablones del puente y dé a comprender que nos hemos parado aquí —dijo un hombre.

Sacaron a Monk del automóvil.

El puente era bajo y de cemento armado. Los hombres sacaron una cuerda y la ataron a uno de los pilares de la barandilla del puente.

Una canoa automóvil se acercaba. Era una embarcación bastante grande, pero de motor silencioso que apenas hacía más ruido que el de un automóvil.

Los tripulantes de la canoa llamaron a los hombres del puente.

—¡Daos prisa! —aconsejaron.

—Un momento —dijo un hombre—. No se necesita más que un segundo para ver si el ardid da resultados.

El hombre se inclinó sobre el suelo del automóvil y examinó el sitio en el cual Monk había estado tendido. Estalló en una gran risotada.

—¡Ya está! —dijo—. Ha escrito: "Falso camión compañía teléfonos Cleveland. Garaje de Blackie en la calle Diecinueve". El hombre miró más detenidamente lo escrito: —Sigue una especie de marca. Supongo que es el signo particular de este sujeto o algo por el estilo. A mí no me dice nada.

Todos rieron y Monk recibió una alegre patada en las costillas.

—Te hemos tomado el pelo —le dijeron—. Hemos dejada el lápiz en el suelo adrede. Lo que hemos dicho ha sido para conseguir este fin. Tú mismo has engañado a Savage y dejaremos esos coches abandonados en los alrededores de Cleveland para que los encuentre.

Monk lanzó gritos que quedaron ahogados por la mordaza. Sus ojos brillaban de rabia contenida.

Los hombres bajaron uno tras otro a la canoa. También bajaron a Monk.

Parecía que dos hombres de la banda iban a guiar los dos coches hasta los arrabales de Cleveland, abandonándolos allí.

Luego, el viejo "Reservoir" Hill fue bajado al bote y los ojillos de Monk se abrieron mucho.

¡"Reservoir" Hill estaba atado de pies y manos!

—¡Me han cogido y han esperado a los que han seguido mi

rastro! —gruñó el viejo Hill.

Sacaron las chaquetas del suelo y los coches se alejaron.

La canoa se puso en marcha.

"Reservoir" Hill dijo a Monk: —¿Supongo que se hace cargo de lo que van a hacer.

Monk asintió.

—¡Van a liquidarnos si Doc Savage no olvida completamente el asunto! —refunfuñó Hill.

CAPÍTULO VIII

EL ALTO OJO

DOC dedicaba desde la infancia un par de horas diarias al ejercicio físico, no sólo para conservar la flexibilidad y la fuerza de sus músculos, sino que seguía un sistema científico para reforzar los órganos de la vista, del olfato, del oído, etc....

El más especial tal vez y, sin duda más importante, era el sistema de ejercicios mentales encaminados a reforzar su memoria, a desarrollar su inteligencia y su poder mental.

Aunque caballeros notables, sus ayudantes no poseían el poder del hombre de bronce, pero no lo necesitaron para la leer la historia de lo que ocurrió cuando Monk fue hecho prisionero.

Los bandidos no habían intentado ocultar sus huellas.

Rebuscando en el heno, Ham encontró algo y dijo con acento apenado.

—¡Monk llevaba esto en el bolsillo!

Se trataba de una mazorca que Monk llevaba consigo para dársela a su favorito Habeas Corpus.

Doc Savage dio unos pasos, buscando huellas.

—"Reservoir" Hill fue atrapado el primero —explicó—. Monk le seguía y fue hecho prisionero también.

Renny exclamó con voz de enfado: —¡Doc! ¡Ese mensaje escrito con aceite en el aeroplano, fue un ardid para atraernos aquí!

—Exacto —asintió Doc—. Por aquí... La banda se fue por aquí.

Siguieron la pista sin dificultad alguna hasta la carretera pero ni un sabueso habría podido ir más lejos.

Estaban de regreso al lado del aeroplano cuando el muchacho campesino llegó corriendo.

—Alguien le pide por teléfono —dijo a Doc Savage—. Dice que a

estas horas sabe, probablemente, que le tiene más cuenta hablar con él.

El hombre de bronce entró en su aeroplano y enchufó la emisora de radio.

Por regla general, operaba con la onda corta, pero la alargó para ponerse en contacto con la policía. Gran número de comisarios de policía poseían estaciones emisoras y receptoras de radio.

A los pocos segundos, la policía buscaba el origen de la llamada telefónica hecha al cortijo.

Doc se apresuró a entrar en éste. La cometa del muchacho seguía en el aire.

Era una cometa bien construida y permanecía casi inmóvil.

La voz que hablaba por teléfono era la del hombre delgado que intentó apoderarse de Vida Carlaw en el aeroplano de pasajeros de Oklahoma…, el sujeto que escapó de milagro de manos de Doc.

—¡Sin duda, acaba de enterarse de dónde procede esta llamada! —dijo sabiamente—. ¡En consecuencia, no seré tan incauto que hable mucho rato! ¡Entérese de esto! Tenemos a uno de sus hombres y tenemos al viejo Hill. Este es un viejo entremetido, de manera que vamos a pegarle un tiro y a dejarle en una carretera cualquiera. Ya se enterará cuando encuentren su cadáver. Esto se hará para demostrarle que no somos pájaros con los que se juega. ¡Mientras nos deje usted en paz, no se le hará daño alguno a su hombre, Monk, pero ándese con cuidado!

Hablaba con tono confiado, pero pareció alegrarse al colgar el receptor.

Tres minutos después, Doc supo que la llamada provenía de una droguería de Cleveland, pero el que la hizo se había ido cuando la policía llegó allí.

Otra llamada, media hora después, confirmó a Doc la noticia que el hombre había escapado.

Doc salió y miró al muchacho maniobrando su cometa.

—¿Va bien? —preguntó.

—Creo que sí —dijo el chico:— Hago cuanto puedo.

—Dentro de una hora —añadió Doc,— podrás recogerla…

El teléfono dejó oír su llamada insistente. Era la policía de Cleveland.

Habían hallado dos automóviles abandonados en los arrabales

de la ciudad.

Un mensaje para Doc Savage estaba escrito en los tablones del piso de uno de ellos. En menos de quince minutos, Doc y sus ayudantes estuvieron allí.

El oficial de policía que les guió hasta los coches abandonados dijo:

—El mensaje indica, sin ningún género de duda, que la banda se esconde en la Calle Diecinueve, en el garaje de un tal Blackie. Unos cuantos hombres nuestros se dirigen allí en este momento.

Doc Savage estudió el mensaje escrito en el coche.

—¡Puede usted avisar a sus hombres que lo dejen correr! —dijo.

—¿Eh?

El hombre de bronce señaló la marca extraña que Monk había estampado al final de su mensaje.

—Es antiguo maya —explicó el hombre de bronce.

—¡Eh! ¿Qué dice usted?

El oficial no entendía.

—Es un jeroglífico en maya prehistórico —explicó Doc Savage.

—Creo en su palabra, ¿pero qué significa?

—Significa que nada de lo escrito es cierto.

—¡Demonios! —dijo el policía—. ¿Por qué escribió algo que no quería que se creyese?

—Es probable que Monk tomaba el pelo a alguien —declaró Ham—. Monk es un chico muy inteligente.

Esta aseveración habría sorprendido a Monk, puesto que delante de él las palabras más halagadoras de Ham eran que era un mico, caído del nido en su infancia.

Doc Savage dejó a la policía la tarea de hallar a los conductores de los automóviles que a esas horas serían, sin duda, difíciles de encontrar, y voló nuevamente hacia el cortijo donde se descubrió el aeroplano abandonado.

—Veo que el chico ha recogido su cometa —dijo Ham cuando se apearon.

Hallaron al muchacho en el sótano donde su madre guardaba la fruta en conserva. Estaba revelando fotografías con el equipo portátil de Doc.

—¡Ha sido fácil y no me ha costado gran cosa obtenerlo! —dijo señalando lo que estaba haciendo.

—¿Qué es?— preguntó Renny inclinándose sobre parte del film revelado —. ¡Rayos y truenos! —exclamó.

Las fotografías representaban vistas de los alrededores. ¡Eran fotografías aéreas!

—Doc me dio una de sus cámaras aéreas —explicó el muchacho, que estaba tan orgulloso como un cachorro con un hueso—. Lo até a mi cometa. Ha tomado una foto cada dos minutos, pero tan pequeñas que no se distingue gran cosa.

—Usaremos un lente amplificador —le dijo Doc.

El hombre de bronce sacó de una de las cajas de equipo, no un amplificador sino un proyector. Lo hicieron funcionar con ayuda de las baterías del aeroplano y proyectaran las fotografías en el camarote del avión, después de tapar las ventanillas.

Las fotos habían sido tomadas con bastante frecuencia para que se dieran cuenta de lo ocurrido. Vieron la captura de "Reservoir" Hill y después la de Monk.

—¡Monk ha luchado como una fiera! —dijo Ham con admiración.

Ham no tenía nunca una palabra agradable para Monk, sea en su presencia o a su espalda, excepto cuando le asaltaba el temor de que un grave peligro amenazaba a su compañero.

Las fotografías enseñaron a la banda cuando trasladaba sus prisioneros de los automóviles a la canoa.

—Ahora —dijo Long Tom,— a ver si esa canoa no habrá ido demasiado lejos para que la cámara siga retratándola.

No había ido lejos... a cuatro o cinco millas de distancia, hasta alcanzar el lago. Había allí una pequeña ensenada. La canoa automóvil se paró delante de una casilla de botes y quedó amarrada al lado de otra embarcación.

—Vamos a investigar esto —dijo Doc con voz queda.

Cuando su aeroplano bajó sobre la ensenada con los motores parados, Doc y sus ayudantes distinguieron varias cosas. Ante todo, la ensenada, aunque tenía más de una cuarta parte de milla de ancho, era en realidad la boca de un río caudaloso y de aguas fangosas.

No sacaron la cabeza del camarote del avión, temiendo las balas. Estas no conseguirían traspasar el metal del armazón del aeroplano, así como tampoco los cristales de las ventanillas por las cuales

miraban.

Ham declaró: —Nadie a la vista.

Habrían visto a cualquiera que estuviese en la canoa automóvil. Estaba descubierta, con la excepción de la caja del motor; pero la casilla de botes era distinta.

Tendría unos cincuenta pies de largo, necesitaba una capa de pintura, cerrada como estaba, podía ocultar un centenar de hombres. Doc dio una vuelta, siguiendo el curso del río a alguna distancia sin ver a nadie, ni tampoco embarcación alguna.

—Abrid los ojos mientras amaramos —dijo Doc.

El aparato tocó el agua. Doc cerró el contacto y se deslizaron hasta la casilla de botes, aunque no demasiado cerca.

No se veía señal alguna de vida..

—Toma el mando —dijo el hombre de bronce.

Renny se sentó al mando y exclamó:

—¡Doc! Es posible que estén emboscados a bordo… Tal vez tienen una bomba preparada.

—Acerca la punta del ala derecha para que pueda saltar allí —dijo Doc, sin al parecer, haber oído la objeción—. Luego, apártate.

El hombre de bronce llevaba debajo de sus ropas, como siempre que emprendía una nueva tarea, la cota de malla que había perfeccionado.

Era de un metal tan fino que no pesaba casi nada, aunque resistía a la acción de las balas de un modo perfecto.

Antes de dejar el aeroplano, el hombre de bronce se puso otra prenda que había inventado últimamente.

Era una capucha transparente y que se parecía bastante a una pecera vuelta hacia abajo.

La parte inferior se adaptaba estrechamente a sus hombros y estaba provista de correas para mantenerla en su sitio. El material de que estaba hecha era grueso, pero no era cristal, ni combinación de cristal, sino un producto químico duro como el acero.

Un purificador de aire colocado en la espalda hacía juego con la capucha, aislando al que lo llevaba del aire exterior. Resultaba una bonita máscara contra gases asfixiantes.

Doc la llevaba al dejar el aeroplano. Renny hizo maniobrar el aeroplano hábilmente, y de un salto ágil el hombre de bronce pasó a la casilla de botes.

No pisó el puente inmediatamente, sino que avanzó a lo largo de la barandilla. Era posible que hubiesen preparado una explosión que ocasionaría un peso sobre los tablones del puente.

Finalmente, Doc se izó y prestó oído. Luego, con aparente despreocupación, bajó al interior.

No había sido nunca una casilla de botes de lujo. La madera era ciprés pintado. El mobiliario era barato y en su mayor parte hecho para usarlo en tierra.

La humedad había desenganchado varias coyunturas y las alfombras estaban enmohecidas. Alguien había vivido a bordo recientemente… algunos hombres que, sin duda, eran marineros, pues reinaba cierto desorden.

No había nadie a bordo, ni prisioneros ni rincón alguno en el cual los hubiesen podido ocultar.

Doc fue a proa y examinó las amarras del bote. No habían echado el áncora.

Estaba atado a una boya, como lo hacen con los yates.

Renny acercó el hidroavión y llamó: —¿Dónde están Monk e Hill?

—No están a bordo —contestó Doc sin emoción—. Ven a buscarme.

El hombre de bronce subió a bordo.

—Nos vamos inmediatamente —dijo.

Renny gruñó: —¡Pero Doc! ¡Hemos de hacer algo para encontrar a Monk…!

—¡Eso es lo que haremos cuando salgamos de aquí, sin perder un momento! —contestó Doc.

CAPÍTULO IX

ESCONDITE SUBMARINO

MONK era fuerte. A veces le habían tumbado sin sentido en una lucha, para verle levantarse al cabo de pocos momentos y reanudar la pelea como si nada hubiese ocurrido.

Monk se sentó e intentó aplastar una nariz que reconoció. Desgraciadamente, seguía maniatado. Miró en su torno y se miró ante todo. Estaba tan mojado como una rata ahogada. Sus ropas flotaban en una charca de agua.

El dueño de la nariz que Monk intentaba aplastar se hizo atrás, murmurando que se alegraría cuando el jefe diese la orden de liquidar a aquel sujeto.

Era uno de la banda.

Dándose cuenta de que no estaba amordazado, Monk lanzó un bramido que por de pronto tuvo la virtud de ensordecerle.

—A menos que saque algún placer haciendo esto —dijo la voz de "Reservoir" Hill,— es preferible que calle.

—¿Dónde estamos? —quiso saber Monk.

—¿No lo recuerda?

Monk hizo una mueca. Esto le ayudaba siempre a pensar.

—¡Oh, sí! —dijo—. Me cogieron y se dispusieron a tirarme por la borda. Creí que iba a ahogarme y empecé a repartir coces. ¿No es así?

—No lo hizo mal del todo —confesó el viejo Hill—. Pero otro individuo probó el cañón de una escopeta en su cabeza y el arma ganó.

Monk lanzó un gemido. Luego declaró: —Se nota por aquí un olor extraño.

—No me sorprende —le dijo Hill—. Estamos en un submarino.

—¿Un submarino? —exclamó Monk mirando fijamente al viejo—. ¡Deben haberle propinado un golpe bastante fuerte en la cabeza a usted también!

—Es un viejo submarino —prosiguió Hill, imperturbable:— Creo que no tiene motor y que fue expuesto en una feria en Chicago, siendo vendido después por una miseria. Unos bandidos se quedaron con él y lo transformaron en escondite submarino. Esta banda lo ha alquilado a otro compinches...

—¡Qué complicado! —dijo Monk.

—Lo que será complicado es salir de aquí. Creo que estamos debajo de la casilla de botes. Lo que sé es que me bajaron por la cadena del áncora y por poco me ahogo.

—¡Doc dará con nosotros! —dijo Monk.

Uno de los hombres entró en aquel momento y oyó la reflexión de Monk.

Lanzó una risotada.

—Su hombre de bronce vino, miró la casilla de botes y se fue —le comunicó.

Monk se retorció un momento, sin poder aflojar sus ataduras. Acabó por permanecer quieto.

—¡Debe haber mucho dinero en juego en este asunto! —dijo.

—Para nosotros, no —repuso el hombre con tono amargo.

—¿Eh? —dijo Monk, aparentando sorpresa.

—Recibimos cien dólares al día cada uno por tenerle prisionero —siguió diciendo el otro—. Nos dieron mil dólares a cada uno por haberle atrapado... Es un trabajito que nos han encargado.

Monk arrugó el ceño.

—¿Quiere decir que sois los hombres que instalaron este escondite submarino y que no pertenecéis a la banda con la cual hemos luchado?

—Esta es la idea —contestó el hombre—. Este escondite es nuestro negocio...

Un hombre asomó la cabeza al compartimiento.

—Creo que podrías subir y echar un vistazo —dijo—. El aeroplano se ha ido hace más de media hora.

El hombre que había conversado con Monk asintió y salió.

Se echaba de ver que el trabajo que le esperaba no era muy de su gusto.

Tomó un aparato para zambullirse, que consistía en una pieza que se adaptaba en la boca, en un gancho para la nariz y un purificador químico.

Podían adquirirse en el mercado por unos trescientos dólares cada uno. El hombre se lo puso.

Entraban y salían del submarino siguiendo un método sencillísimo. Había una abertura en el fondo, cerca de la proa, y la presión del aire mantenía el agua fuera, pues había un compresor a bordo.

De noche, cuando nadie podía observarles, extendían el periscopio, que había sido alargado, hasta la superficie y bombeaban aire hasta que los tanques de compresión estaban llenos. El hombre bajó por el agujero, buscó la cuerda que llevaba a la cadena del áncora y la fue siguiendo. Este era el camino que recorrían los hombres para entrar y salir.

Apenas había salido, cuando creyó haber caído en una gigantesca trampa para osos. Las mandíbulas de la trampa le rodearon la cintura.

El aire fue expelido de sus pulmones con tanta fuerza, que el aparato que llevaba entre los dientes salió disparado. El hombre forcejeó con lo que le rodeaba la cintura.

¡Eran piernas! Volvió la cabeza.

Cuando vió al individuo que le sujetaba, el resto del aire salió de sus pulmones, y estaba casi ahogado cuando Doc Savage le izó sobre la, cubierta de la casilla de botes. Estuvo bastante rato sin poder hablar.

—¿Cuántos hombres hay allí abajo? —preguntó Doc.

—¡Es usted… Doc Savage! —exclamó el hombre—. ¡Maldición! ¡Ya sabía yo que no debimos aceptar este trabajo! ¡Pero el maldito escondrijo no da los beneficios que esperábamos!

—¿Cuántos son? —repitió Doc.

El tono del hombre de bronce sobresaltó al hombre:

—No nos ayudará ahora que siga callándome —dijo—. Son una docena. Pero oiga, nosotros no somos más que gente alquilada. ¡Es un trabajo que hemos aceptado! Se trataba de agarrar a su hombre o a cuantos pudiésemos. Los sujetos que nos alquilaron se han ido todos. Sacaron una canoa de la casilla de botes, una canoa plegable que podían ocultar en la orilla y..

Calló y enseguida lanzó gritos de dolor mientras Doc le ataba. El hombre de bronce le amordazó, y cuando el prisionero no pudo ni moverse ni hablar, Doc salió a cubierta.

Volvió a ponerse la capucha transparente. Era un aparato estupendo para zambullirse y al propio tiempo servía de máscara contra los gases.

Doc se había alejado muy poco con el aeroplano, regresando para entrar en el agua furtivamente, y descubrió el submarino.

Doc no estaba seguro de hallarlo allí, pero obró basándose sobre la teoría que debió haber algún motivo para que hubiesen anclado la casilla de botes en aquel lugar apartado.

El agua fangosa fue otro factor también. El sitio no era de los que los deportistas escogen para sus diversiones.

El hombre de bronce se dejó bajar a lo largo de la cadena del áncora y recorrió el submarino hasta la popa.

Ham, Renny, Long Tom y Johnny estaban esperando allí, con los pies hundidos en el fondo fangoso para mantenerse en su sitio.

El barro que cubría sus capuchas no les dejaba ver gran cosa.

Doc se acercó a todos ellos alternativamente, y por medio de presiones ejercidas con los dedos les puso al corriente de la situación empleando el código Morse.

—Haremos un ataque por sorpresa —dijo.

En fila india penetraron por la abertura practicada bajo la proa del viejo submarino.

Doc entró el primero. Dos individuos de la banda estaban en el interior, esperando el regreso de su camarada. El casco transparente de Doc debió, al surgir ante sus ojos, darles un susto. Vacilaron demasiado rato y Doc los agarró.

No debían llevar armas e intentaron usar los puños. Fue un error por su parte, pues no consiguieron otra cosa que hacerse daño contra la cota de malla de Doc.

Doc dio un violento empujón a un hombre. El individuo cayó atrás, dándose un porrazo contra la pared de acero. Cayó…

El otro hombre se retorció. El agua fangosa hacía resbaladizas las manos de Doc. El hombre se soltó, pero al lograrlo cayó.

AL incorporarse, vió una pesada llave inglesa y la agarró.

Creyendo que el casco que Doc llevaba era de cristal, intentó romperlo.

La llave inglesa rebotó y un puño de bronce le alcanzó en la mandíbula, dejándole fuera de combate.

Los cuatro ayudantes de Doc se hallaban ya dentro del submarino. Sacaron sus pistolas cargadas con un tipo de balas llamadas "misericordiosas", que causaban la pérdida del conocimiento en vez de infligir heridas mortales.

Los hombres que se hallaban en otros sectores del submarino oyeron el ruido de la refriega y acudieron corriendo, gritando preguntas.

La pistola de Renny escupió sus balas con un ruido ensordecedor. EL efecto sobre el enemigo fue inmediato. Dos hombres se desplomaron al suelo.

Monk gritaba como un poseído, porque había batalla y él seguía atado.

Doc se metió por una abertura practicada en un mamparo, pasó por encima de los dos enemigos derribados y corrió hacia otra puertecita que vió enfrente. Un hombre disparó en su dirección, pero la bala rebotó en su capucha sin herirle. Doc siguió adelante.

El hombre que había disparado palideció y puso las manos en alto. Tal vez se trataba de un cobarde, y posiblemente el extraño aspecto de Doc le sobrecogió de espanto.

El hombre de bronce parecía un ser bajado de algún astro siniestro.

En conjunto no eran valientes, sino típicos criminales de baja estofa. Unos cuantos disparos y la amenaza de usar gases, bastaron para que dejaran caer sus armas.

Doc dio a Ham el encargo de poner en libertad a Monk y a Hill, pero descubrió, unos instantes después, que Ham había desatado a Hill pero que ahora estaba de pie sobre Monk, mofándose y explicándole una historia escogida de lo que debieron ser sus antepasados.

Fue preciso que Renny, Johnny y Long Tom aunaran sus esfuerzos para alejar a Monk de Ham cuando finalmente le dejaron libre de sus movimientos.

¡Tal era su extraña manera de demostrar la satisfacción que sentían al verse vivos!

EL sacar información de sujetos refractarios era una necesidad frecuente para Doc Savage, que había desarrollado varios métodos.

Estos empezaban mansamente y gradualmente se hacían más científicos.

El primer tratamiento dio resultados con sus cautivos. Consistía en poner a Monk en un cuarto con ellos y en cerrar la puerta.

Monk no había acabado de explicarles en detalle lo que iba a hacer con ellos, cuando empezaron a hablar.

Tal como dijeron los prisioneros, ¿qué provecho sacaban callando? Estaban atrapados y no eran más que instrumentos alquilados. No pertenecían a la banda de Oklahoma e ignoraban lo que ésta buscaba.

Llamaban a sus principales —a los que cubrieron de improperios— "la cuadrilla de Oklahoma".

En conjunto, Doc no se enteró más que de una cosa interesante.

—¿Quién es el jefe de esa cuadrilla? —preguntó.

—Enoch Andershott —dijeron—. Este es el nombre que usaron.

—¡No me sorprende! —dijo el viejo "Reservoir" Hill.

CAPÍTULO X

MISTERIO ROJO

DOC Savage dejó los prisioneros en un hospital de Cleveland. Estaban narcotizados y permanecerían en una especie de sopor hasta que el hombre de bronce viniese a buscarles.

Más tarde se les enviaría a una institución que Doc mantenía para la curación de criminales por medio de una operación practicada en el cerebro y de un curso de reeducación.

Johnny no llegó a Tulsa con ellos. Le perdieron de vista y sus compañeros sospecharon que quedó atrás para vigilar a los prisioneros en el hospital.

No estaban seguros de ello y era una suposición suya. Cuando el viejo "Reservoir" Hill sugirió que Johnny se quedó para vigilar a los bandidos que intentaron transformar un viejo submarino en un escondrijo a tanto por cabeza, Doc no dijo nada.

Un muchacho vendía periódicos en el aeródromo de Tulsa y gritaba las últimas noticias, que parecían importantes. Monk compró un diario, echó una mirada a los títulos, se sobresaltó y lo alargó al hombre de bronce:

DESCUBRIMIENTO DE LOS HOMBRES DE TANT —DOS CUERPOS MUTILADOS.

"Las cabezas y hombros de dos hombres han sido hallados en Mohawk Park esta mañana. La policía ha identificado los cadáveres, por ser los de "Muck" Orst y Lee "Leapiñg" Ketchum, dos indeseables que pertenecían a la misteriosa banda del bandido "Tomahawk" Tant. La identificación fue difícil.

"Parte de los torsos, brazos y piernas de las víctimas faltaban, y se halló una substancia misteriosa parecida, a un lubricante vulgar, debajo de los fragmentos de los cuerpos.

"La policía rehúsa explicar la naturaleza de esa materia grasa."

El viejo "Reservoir" Hill silbó suavemente cuando Monk leyó esto en voz alta, por encima del hombro de Doc.

—¡Extraño asunto! —gruñó Monk—. ¡Me pregunto qué está pasando allí!

"Reservoir” Hill resopló:

—Enoch Andershott puede explicarlo, de eso no me cabe duda. ¡Le llevaré adonde vive!

Doc dejó a Renny en la parte baja de la ciudad, diciéndole:

—Recoge toda la información posible respecto a la situación general aquí.

Enoch Andershott y su socio Alonso Cugg vivían juntos en Tulsa cuando no estaban ausentes de la población. Poseían una mansión al viejo estilo inglés y todo había sido hecho para dar la impresión de que los alrededores eran un rincón de la vieja campiña de Sussex.

—¡Deben haber derribado bastantes pajares para obtener la madera necesaria para esto! —murmuró "Reservoir" Hill.

—¡Viejo amargado! —le dijo Monk—. ¿No sientes, acaso, cariño por nadie?

—No —dijo "Reservoir"—. Y me gustaría que me enseñasen alguien a quien Andershott y Cugg quieren...

La reja estaba cerrada, pero la puertecita para los peatones estaba entreabierta. Doc Savage y sus compañeros abandonaron su coche y subieron a pie por la avenida. Formaban un grupo compacto.

—¡Somos un blanco magnífico para una escopeta! —gruñó "Reservoir" Hill.

Doc Savage tanteó la puerta.

—Está abierta —dijo—. ¡Andershott! ¡Cugg!

La quietud que reinaba en aquel distrito de grandes propiedades particulares, hacía más impresionante todavía el silencio de la casa.

EL interior de ésta era sombrío. Cuadros de pozos de petróleo, de máquinas perforadoras, de refinerías, de estaciones de servicio, de coches —tanques, colgaban de las paredes.

Cosa extraña, la atmósfera estaba cargada de olor a petróleo, pero esto era debido a las emanaciones de petróleo virgen que cruzaban el río Arkansas y provenían de las refinerías gigantescas

del Oeste de Tulsa.

Long Tom, que entró en una habitación de la planta baja, lanzó un grito y simultáneamente se oyeron los gruñidos y ladridos de un perro.

Long Tom salió corriendo con el pantalón roto, faltándole casi una pierna del mismo. El enorme perro negro de Enoch Andershott le seguía de cerca.

Apoderándose de una silla, Doc Savage se colocó entre el perro y Long Tom.

El enorme can saltó sobre Doc gruñendo ferozmente y echando espumarajos por la boca, pero el hombre de bronce usó la silla como escudo, como lo hacen los domadores.

El perro se echó atrás, intentó saltar sobre Monk y luego sobre "Reservoir" Hill.

Doc le cerró el paso cada vez. El perro seguía gruñendo y enseñando los colmillos de un modo espeluznante.

—¡Este animal siente afición por la carne humana! —murmuró Monk con voz entrecortada.

Long Tom, que había recobrado el aliento, exclamó:

—El perro estaba olfateando delante de una puerta. ¡Creo que hay algo detrás!

Entraron en el cuarto del cual el perro había ahuyentado a Long Tom. El can gruñó, se acurrucó y siguió mirándoles con los ojos rojizos y fieros.

—Esta es la puerta —dijo Long Tom, e inmediatamente pegó un brinco de asombro—. ¿Qué es esto? —chilló.

Lo que le excitaba era una masa de una materia roja parecida a una jalea, que salía por debajo de la puerta.

La luz era deficiente en el cuarto, pues entraba por altas ventanas de cristales verdosos que, junto con el color verdoso también de las paredes, habían sido cuidadosamente decorados para dar la impresión de una gran vetustez.

El resultado de este esfuerzo era que uno creía hallarse en la mazmorra de un castillo feudal, donde cualquier cosa podía ocurrir.

Los hombres se quedaron mirando, rígidos y sin aliento, como otras tantas estatuas, aquella cosa roja y horrorosa que se movía sobre el suelo, fluía en el cuarto y se acercaba a ellos.

—¡Corred! dijo —"Reservoir" Hill—. ¡Os cogerá!

Doc Savage sacó del bolsillo una poderosa lámpara eléctrica y proyectó su rayo, que parecía de sol por su intensidad, sobre la monstruosidad que fluía de la puerta del cuarto.

El enorme perrazo negro empezó a gemir, sobrecogido ce terror.

Apenas le tocó la luz aquella cosa, se detuvo. Hubo una leve pausa, y gradualmente la masa roja semilíquida empezó a retirarse.

—¡Teme la luz! —explotó Monk.

—¡Pronto! —exclamó Savage—. ¡Le cortaremos un pedazo!

EL gigante de bronce se abalanzó con la rapidez del rayo, abriendo mientras tanto un fuerte cuchillo que llevaba en el bolsillo.

Pero no llegó a tiempo, pues la masa roja desapareció de pronto debajo de la puerta, con tal rapidez que el ojo apenas podía seguirla.

Doc empujó la puerta. Era de gruesa caoba, tan fuerte como la puerta de una cámara acorazada, y estaba cerrada con llave.

—¡Maldición! —gritó Monk—. ¿Habéis visto con qué rapidez se ha ido?

Doc agarró una pesada mesa y la tiró contra la puerta, rompiendo un tablero.

Volvió a tirarla y la puerta se abrió con violencia, revelando una estancia de cortinas echadas, donde la oscuridad era casi completa.

Encendieron las luces, quedando deslumbrados. EL perrazo negro estaba detrás de ellos, gruñendo y gimiendo de un modo lastimero.

EL cuarto era grande, las paredes estaban cubiertas de ricos tableros de madera esculpida, el mobiliario era pesado y la alfombra que cubría el suelo gruesa.

Esta última presentaba el mismo aspecto que si miles de gusanos se hubiesen deslizado por ella, dejando huellas de baba.

No se veía masa roja alguna. Doc miró al techo y los demás siguieron la dirección de su mirada. Todos, sin excepción, dieron un paso atrás, horrorizados.

El perro negro lanzó un aullido espantoso, que por poco les puso el pelo de punta.

—¡Un hombre… colgado de la araña! —dijo Long Tom con voz entrecortada.

CAPÍTULO XI

ATRAPADO

EL hombre que colgaba era alto, fornido y tenía el color saludable de los que viven al aire libre. Tenía la nariz aguileña y ojos grandes. Su traje de mañana, pantalones a rayas, etcétera, no acababa de darle el aspecto de un caballero pulido. ¡Era un hombre fuerte y rudo!

Respiraba con dificultad por la nariz.

"Reservoir" Hill dijo en voz alta:

—¡Lástima! ¡Creí de momento que se había suicidado!

—¿Quién es? —preguntó Doc.

—Enoch Andershott —dijo Hill.

El hombre no colgaba por el cuello sino por la cintura, y le sujetaba a la cadena de la araña una tira de piel que, sin duda, era su cinturón.

—Estoy tan tieso que no puedo moverme —gimió—. ¡Que alguien me baje de aquí!

Doc Savage se adelantó e inmediatamente se oyeron unos gruñidos y el ruido de fuertes garras que rascaban el suelo a su espalda.

—¡Blanco! —gritó débilmente Enoch Andershott—. ¡Atrás, quieto!

El feroz perrazo, que había iniciado una carga, se paró en seco y se echó atrás, deslizándose sobre su estómago.

Enoch Andershott miró a Doc Savage. A pesar de ser alto y fornido, era un enano al lado del hombre de bronce.

—¿Intentaban matarme! —dijo con voz ronca—. ¡No lo comprendo! Creo que querían hacer creer que yo era culpable de algo y no deseaban que yo estuviera vivo para probar lo contrario.

EL viejo "Reservoir" Hill escupió ruidosamente.

Andershott siguió mirando al Hombre de bronce. De pronto, lo reconoció.

—¡Usted es Doc Savage! —exclamó—. ¡No me equivoco! ¿Dónde está mi socio, Alonso Cugg? ¿Le ha visto?

—¿Está por aquí? —preguntó Doc.

—Cugg estaba aquí cuando esas cosas rojas surgieron —dijo rápidamente Andershott—. Yo salté y me colgué de la araña. No sé qué le pasaría a Cugg. Él huyó. Esas cosas rojas permanecieron en el suelo y poco faltó para que me cogieran. La última huyó cuando usted rompía esa ventana... quiero decir, huyó por la ventana mientras usted rompía la puerta.

Y señaló una ventana.

Monk corrió hasta la misma: estaba abierta y contempló el paisaje bañado por el sol de la mañana. A continuación hizo una mueca, mirando la repisa.

—Hay huellas de baba aquí —dijo.

—¡Hay hombres —dijo Andershott—, que hasta cierto punto, mandan a esas cosas rojas!

Esta, frase hizo enmudecer a todo el mundo.

—¡Hombres! —exclamó Monk—. ¡Hombres que guían esa cosa gelatinosa!

—¡Esas cosas gelatinosas! —corrigió Andershott—. ¡Había más de una! ¿Y yo he visto a los hombres!

—¿Cómo son? —gritó Monk.

—Sus caras eran vagamente familiares —explicó Andershott—. Pero he estado reflexionando mucho tiempo antes de recordar dónde había visto sus retratos.

Andershott se paró para tomar aliento.

—¡Eran los hombres de "Tomahawk" Tant! —exclamó—. ¡He visto sus retratos en los periódicos!

—¿Los hombres de Tant? —repitió Ham con tono sorprendido.

EL viejo "Reservoir" Hill reaccionó instantáneamente al oír esto.

—¡Está loco! —chilló—. ¡No podían ser los hombres de Tant!

Todas las miradas se volvieron a él. El viejo miró airado y, dándose cuenta aparentemente de que su exclamación resultó extraña para los demás, pareció confuso.

—¡Lo que quiero decir es que ese maldito Andershott, no podría

decir la verdad aunque lo quisiera! —gritó—. ¡Está mintiendo y él sabrá porqué motivo!

Enoch Andershott se irguió con dignidad, pareció enfadado un momento y acabó por encogerse de hombros.

—¡Hace años que este hombre cree tener motivas para sentir rencor hacia mí! —dijo—. Es un viejo bilioso y algunas personas sostienen la opinión de que no es completamente responsable de sus actos.

—¡No respon...! Loco, ¿eh? —dijo "Reservoir" Hill dando saltos de pura rabia—. ¡Le retorceré el cuello, maldito sea!

Monk dijo, dirigiéndose a Andershott: —Nos dijeron que usted capitaneaba la banda que quiso evitar que llegáramos a Oklahoma.

Andershott se sobresaltó, abrió y cerró la boca.

—¡Yo... yo...! ¡Ahora comprendo! ¡Por eso intentaron matarme! Han usado mi nombre para alejar las sospechas de ellos, sean quienes sean, y querían evitar que yo lo negara...

—Si ha visto retratos de la banda de Tant, ¿podría identificar los hombres que ha visto aquí guiando a esos monstruos rojos? —dijo Doc.

—Puedo intentarlo —dijo Andershott.

Ham se interpuso.

—¿Cómo guiaban a los monstruos?

—¡Lo ignoro! —declaró secamente Andershott—. ¡No lo he visto!

Doc telefoneó a la policía, que prometió acudir enseguida con las fotografías que poseía de los hombres de la banda de Tant. Mientras la policía llegaba, Doc y sus hombres recorrieron la casa y el terreno alrededor de la misma, sin encontrar monstruo alguno. No hallaron a Cugg, ni tampoco ninguna cantidad de la extraña grasa que pudiese ser Cugg.

La policía exhibió las fotografías sobre una mesa del pórtico.

Este —dijo Andershott, señalando con el dedo—. Y éste, éste y este otro; esos cuatro.

—¿Tienen ustedes el retrato de Tant? —preguntó Doc a los de la policía.

—Tant es una especie de duende entre los bandidos —contestó uno de los policías—. A decir verdad, no tenemos su retrato, pero sí sus huellas dactilares.

—¿Quieren dejármelas? —preguntó Doc.

Asintieron y el hombre de bronce se puso en el bolsillo la tarjeta que le entregaron.

La policía se enteró del ataque de los monstruos rojos.

—¡Es extraño! —dijeron—. ¡Los hombres de Tant guiando esos seres, y esta mañana dos de ellos han sido hallados muertos, mutilados!

—Es probable que transportaran algunos de esos monstruos que se volvieron contra ellos —sugirió Andershott.

La policía registró la casa y resultó que era en sus procedimientos más moderna que de costumbre, hasta el extremo de tener un perito analizador químico que examinó la baba de la alfombra y de la repisa de la ventana e incluso la del césped del jardín.

EL químico probó la baba para enterarse de qué estaba compuesta.

—¡Paff! —hizo al acabar:— ¡Paff!

—¿Qué es? —preguntó Long Tom, lleno de curiosidad.

—¡Jugos digestivos!

—¿Qué?

—¡Jugos digestivos! —repitió el químico—. Desde luego, son mucho más poderosos que los del cuerpo humano, pero de todos modos no puedo explicarlo mejor que diciendo que son jugos digestivos. A los iniciados puedo decir que se componen de…

Doc Savage intercaló:

—No hay necesidad de entrar en una larga discusión. Basta con que nos diga que son jugos digestivos.

—Gracias —dijo el químico de la policía, halagado.

Asombrado, Long Tom preguntó:

—¿Quiere usted decir que esa cosa escupe jugos digestivos a través de su piel?

Nadie contestó.

Un policía que había estado telefoneando al cuartel general entró en el cuarto con la expresión de un hombre que acaba de convencerse que en realidad los fantasmas existen.

—Esto se pone peor —dijo con voz ronca—. Los demonios gelatinosos han estado en el Campo Seminole que se halla a cuarenta o cincuenta millas del Campo del Domo Indio. Han sido

vistos cerca de Bartlesville durante la noche. Alguien cerca de Cushing les ha visto… pero eso no es lo peor.

Calló y se humedeció los labios. Nadie dijo una palabra.

—Los demonios gelatinosos han cogido un equipo de perforadores en el Campo del Domo Indio —dijo—. Era un pozo a unas tres millas de la concesión Sands —Carlaw— Hill, donde vieron a los monstruos por primera vez. Algunos hombres que estaban en una concesión vecina oyeron los gritos del equipo perforador y fueron a investigar. ¡Hallaron un montón de cadáveres! ¡Debió ser horroroso!

—¿Qué más sabe? —preguntó Doc.

—Los cuerpos estaban consumidos en parte —dijo el policía—. El informe dice que había aquella substancia grasienta en lugar de los brazos y pies que faltaban y que algunos de los hombres eran… esqueletos.

—¿Vieron los monstruos? —preguntó Doc.

—Sí —dijo el policía—. Pero huyeron, seguramente al ver las luces que llevaban los hombres que acudieron.

La policía se fue al cabo de unos momentos, prometiendo hacer las pesquisas necesarias para encontrar a Alonso Cugg.

Long Tom declaró:

—Si queréis conocer mi opinión, lo que deberíamos hacer es encontrar la manera de señalar la presencia de esos demonios rojos. Creo poder lograrlo fácilmente con un aparato magnético.

Enoch Andershott miró a Long Tom con sorpresa y preguntó:

—¿Quién es este hombre?

—El mayor Tomás J. Roberts, uno de mis ayudantes —explicó Doc.

Se oyó el timbre del teléfono y Doc se puso al habla.

—¡Diga!

Cualquiera que se hubiese fijado en ello habría notado que la voz del hombre de bronce al contestar por teléfono era bastante parecida a la voz de Enoch Andershott.

—Aquí es una estación de servicio en la carretera de Sand Springs —dijo una voz—. Algo extraño acaba de ocurrir aquí.

Enoch Andershott se acercó. No hizo ademán de tomar el receptor de mano de Doc Savage, pero acercó la cabeza a la de Doc de manera de poder oír cuanto decían.

—Diga —repitió Doc.

—Un coupé acaba de parar en mi estación en busca de gasolina y grasa. Tenía un soporte en la parte trasera y sobre el soporte había algo parecido a un montón de lona, tal vez una vieja tienda. Me pareció ver la lona moverse una vez. No dije nada porque podían tener allí un perro o algo por el estilo y de todos modos, hace unos meses por poco me pegan un tiro por meter la nariz en un coche ocupado por algunos sujetos de la banda de Tant. Aquellos chicos se levantaron con sus fusiles ametralladoras y...

—¿Qué quiere usted decirme? —interrumpió Doc.

—Encontré una nota en el suelo cuando el coupé se hubo alejado —prosiguió el empleado de la estación de servicio—. Estaba envuelto en un billete de diez dólares, lo cual es probablemente el motivo por el cual lo llamé tan rápidamente.

—¡Léame la nota!

—Dice: "Tant está detrás del asunto. Es peor de lo que nadie cree. Me llevan al escondrijo de Tant, a treinta millas al Norte de One Road Cut."

Y está firmado: "Lonny". Las señas son el número de teléfono del señor Enoch Andershott. Hay una posdata en la nota diciendo que el señor Andershott me dará otros cincuenta dólares.

—¡Que me aspen si lo haré! —rezongó Andershott.

—¡Vaya usted al infierno, pues! —dijo el mozo—. He oído decir siempre que era un viejo avaro... ¡Me he ganado los diez dólares y por lo demás, váyase a paseo!

Colgó el receptor con violencia.

—¡Impertinente don cualquiera! —chilló Enoch Andershott y sin tomar aliento, siguió diciendo:— ¡Vamos! ¡Es preciso rescatar a mi socio, Alonso Cugg! ¡El ha firmado esa nota! ¡Lonny! ¡Ese es Cugg!

—¡Bien!

Doc Savage recogió el listín de teléfonos, buscó el número del periódico de la tarde y lo llamó.

—¿Hay por aquí un hombre llamado Renwick?

—Está rebuscando en la mesa del editor de la columna del petróleo —contestó una voz.

Un momento después, Doc hablaba con Renny y le preguntaba: —¿Has descubierto algo? ¡Has estado consultando los últimos acontecimientos de los campos petrolíferos!

—Pues bien —contestó lentamente Renny—. Lo único que he visto respecto a nuestro asunto es que Enoch Andershott y Alonso Cugg han ido vendiendo sus posesiones hasta que ahora no poseen casi nada, excepto la concesión del Campo del Domo Indio, contigua a la de Sands —Carlaw— Hill.

Enoch Andershott vociferó:

—¿Y por qué diablo no podemos llevar nuestro negocio de la manera que nos place?

Se había colocado a espaldas de Doc, pero aunque éste se dio cuenta de ello, no lo demostró.

—Espéranos delante de la redacción cuando pasaremos camino de la carretera de Sand Springs —dijo Doc.

Así lo hizo Renny.

En las afueras de Tulsa, más allá del pequeño parque de la ciudad, de la piscina y de una última casita, se hallaba la estación de servicio.

Era verde y, al igual que miles de establecimientos de su género, pertenecía a una gran compañía.

Doc entró con el coche. El encargado de la estación era un joven alto y delgado, de frente alta, ojos de mirar franco y mandíbula cuadrada.

Les miró, decidió evidentemente que eran sujetos peligrosos y con un ademán rapidísimo, sacó un revólver de seis tiros.

—Desde que los muchachos de Tant me hicieron una visita hace unos meses, he hecho bastante práctica —dijo—. Tal vez tendrá la bondad de decirme que es lo que desea.

—La nota —dijo Doc.

El joven miró al interior del coche y pareció reconocer a Enoch Andershott, pues dijo:

—¡Es una verdad como un templo que es usted un viejo avaro!

Andershott gritó: —¡Haré que le despidan, insolente!

—Si pide a mi amo que me despida, reirá tan fuerte que le tendría que vendar las costillas —dijo el mozo—. Mi amo lo conoce a usted.

—¡La nota! —repitió Doc.

El joven dijo secamente:

—¡Pídala como un caballero! —Enseguida echó una mirada a Doc Savage y sin duda le reconoció pero no demostró confusión:—

¡O. K.! —dijo—. Me he equivocado. He oído hablar de usted y puede contar conmigo.

Entregó la nota que Doc examinó. El mozo la había leído por teléfono con toda exactitud.

Doc sacó un billete de banco y lo entregó al dependiente.

—No quiero su dinero. —El joven devolvió el billete y señaló a Enoch Andershott—. Pero voy a tornar el suyo. Le tomaría el ojo derecho si pudiese.

Siguieron adelante, dejando al encargado de la estación de servicio con el revólver en la mano y una ancha sonrisa en los labios.

El viejo "Reservoir" Hill empezó a reír entre dientes, acabó por soltar una carcajada y declaró finalmente:

—¡Cualquier día iré a Tombuctu!

—¿Por qué? —rezongó Enoch Andershott.

—¡Para ver si allí alguien le quiere!

El fornido Renny les esperó, con el rostro más alargado que nunca, como le sucedía cuando disfrutaba de veras.

Pasaron delante de una de las grandes refinerías de Sand Springs, encaminándose al cañón conocido por el nombre de One Road Cut, en el sector más salvaje de la montaña del Osase.

Estaban casi delante de la reja de la gran refinería cuando el viejo Hill gritó:

—¡Pare aquí! Tengo un amigo ahí dentro que tiene un rifle estupendo en su oficina. Cuando tiene la oportunidad, va a orillas del río y hace prácticas tirando sobre lo que flota.

Doc paró el coche y "Reservoir" se apeó, franqueó la reja de la refinería y desapareció mientras sus compañeros esperaban en el automóvil.

Esperaron mucho tiempo. Finalmente, Doc envió a Monk a investigar. El químico volvió corriendo y con expresión de incredulidad pintada en la cara.

—¡"Reservoir" Hill ha escapado! No ha entrado a buscar un rifle. ¡Ha cruzado y ha salido al otro lado!

CAPÍTULO XII

TRAMPA Y EXPLOSIÓN

SI Doc sintió asombro ante la huída inesperada del viejo "Reservoir" Hill, no lo demostró, pues era su costumbre no traducir emoción alguna sino en ocasiones muy excepcionales.

Volvió a poner el automóvil en marcha mientras Andershott gritaba:

—¿No vamos a buscar al viejo réprobo?

Doc contestó:

—¡Buscamos a su socio, Cugg!

Desde luego —asintió Andershott—. Vamos pues. ¡Al infierno con ese viejo majadero, Hill!

Después de unos instantes de meditación, Renny se sacó un papel del bolsillo y empezó a leerlo.

—Un periodista sugiere aquí que un nido de seres infernales, hasta ahora desconocidos del hombre, fue descubierto a una milla abajo de la superficie de la tierra al perforar un pozo de petróleo —dijo.

Nadie contestó. EL coche recorría la carretera entre riscos escarpados. La vía férrea y el río corrían al pie. Doc guiaba a gran velocidad cuando veía la carretera extenderse ante su vista pero frenaba en los virajes peligrosos.

Una vez encontraron un enorme camión cargado de tuberías para pozos de petróleo, que ocupaba el centro de la carretera. La escasa velocidad a que iban les salvó la vida.

—Aquel nido de extrañas bestias... aquella teoría de que han salido del suelo... alguien habló de eso anoche —dijo finalmente Monk.

Los riscos subían cada vez a más altura a su lado. A sus pies, a

unos cincuenta pies, corría la vía férrea y, a lo largo de ésta, en otros sectores sobre bloques de cemento y a veces, medio enterrada, una cañería de agua que traía ésta de un depósito situado en algún punto del Osage.

EL acantilado cayó sobre la carretera delante del coche.

Ocurrió tan casualmente que al principio pareció natural. Una enorme masa de roca se desplomó, luego cayó a pedazos y se oyó un ruido ensordecedor, el rugido de la roca que se rompe acompañada de un fuerte explosivo.

Una alta columna de polvo se levantó y una lluvia de fragmentos salió disparada de aquella masa, algunos de los cuales volaron por la carretera con aspecto inocente hasta que uno de ellos alcanzó al coche que Doc tenía casi parado y destrozó completamente la rueda derecha.

Andershott lanzó un aullido. Doc Savage y sus ayudantes no chistaron y apenas se movieron en el sedan, pero sabían qué era lo que había ocurrido.

El ruido cesó al cabo de un momento, aunque el polvo siguió levantándose como un enorme abanico gris sobre la masa de piedra que la explosión tumbó al medio de la carretera.

¡Oíd esto!

La voz llegaba desde lo alto del acantilado. Luego algo más llegó del mismo sitio y explotó con un ruido parecido al trueno, abriendo un hoyo considerable en la carretera, detrás del coche.

—¡Dinamita! —exclamó Monk.

El químico asomó la cabezota a la ventanilla del coche y miró arriba con el fin de ver quién había gritado y tirado la dinamita.

—¡Eh, hermoso! —llamó la voz—. Sal de ese montón de hierro o te haremos papilla!

Monk entró apresuradamente la cabeza.

—Este sujeto responde a la descripción del que estaba en el avión e intentó matar a Vida Carlaw —dijo—. Si… Es uno de la banda que finalmente la asesinó.

Permanecieron inmóviles en el automóvil. Doc paró el motor y oían el ruido de los trozos pequeños de roca que caían por el acantilado.

La voz de arriba gritó: —¡Salid de ahí dentro, muchachos!

Doc Savage dijo: —¡Si no salimos, tirarán más dinamita?

Se apearon, miraron arriba y vieron los cañones de varios rifles que les amenazaban desde el acantilado. Un hombre estaba a la vista, con un bastón de dinamita en cada mano. Llevaba guantes negros.

—¡Este tío lleva siempre guantes! —rezongó Monk—. Supongo que tiene las huellas dactilares registradas en alguna parte y que su hoja de servicios está bastante llena.

La polvareda no había disminuido en intensidad alrededor de la masa de roca caída. AL otro lado se oía la bocina de un automóvil.

Se oyó un disparo de rifle desde el acantilado y la bocina del coche empezó a tocar incesantemente y de un modo horrible.

Una cuerda bajó por el acantilado.

—¡Trepad! —dijo la voz desde arriba.

—Bien —dijo Monk—. No parecen tener la intención de matarnos inmediatamente. Voy a subir.

De pronto, Doc Savage se puso en movimiento. Se había apartado algún tanto de los demás y echó a correr con tremendo ímpetu, logrando cubrir algunas yardas antes de que los de arriba empezaran a gritar y a disparar.

De un lado a otro, zigzagueaba, doblaba la espalda, avanzando con asombrosa rapidez. Se perdió entre la nube de polvo.

Esta era bastante densa para ocultarle a la vista de los de arriba, pero no lograría detener las balas y el plomo se aplastó fieramente sobre las rocas.

Doc tuvo la suerte de encontrar a tientas una gran masa de pedruscos bastante ancha para protegerle contra los proyectiles.

Agarró un enorme guijarro y lo tiró hacia el río, iniciando una pequeña avalancha.

—¡Ahí está! —gritó un hombre, desde el acantilado, dejándose engañar por la estratagema.

Doc se ocultó en el rincón formado por las rocas. Las balas llovieron en dirección a la roca hasta que los hombres se dieron cuenta de su error y empezaron a disparar en todas direcciones.

Una ametralladora, evidentemente pequeña y de mano, se unió a los revólveres y a las escopetas. Las detonaciones y los ecos que despertaban en el acantilado formaban una sinfonía lúgubre.

—¡Ahora es nuestro! —gritó una voz—. ¡Baja y ve a verlo!

Doc esperaba estas palabras. No podía aguardar mucho, puesto

que el polvo acabaría por disiparse y ya lo hacía de un modo peligroso.

Saliendo de su escondite, Doc se deslizó por las rocas con cuidado para no iniciar una avalancha y se acercó al acantilado. Llevaba entre sus ropas una cuerda de seda y un gancho.

Colocó éste en el ángulo de un peñasco, tiró de la cuerda y, arriesgándose, se deslizó por la cara del acantilado, yendo a parar a la vía del tren.

Echó a correr, encontró una tajea, se metió en la misma y salió al otro lado, donde el agua le cubría enteramente.

EL río Arkansas era fangoso. Echó a nadar, debajo del agua y salió a la superficie, no sacando más que la cabeza bajo las raíces de un sauce.

Desde allí oía lo que ocurría en la carretera.

Sin duda los emboscados habían bajado y ninguno de los compañeros de Doc poseía la suficiente agilidad para escapar como el hombre de bronce.

Demostraron sin duda su cordura no intentándolo. Los atacantes registraron el montón de rocas, lanzando un coro de juramentos.

—¡No está aquí! —gritaron.

Doc Savage salió furtivamente del lugar que ocupaba debajo del sauce y nadó río abajo. Tenía formado un plan. Mientras le buscaban, daría una vuelta y, a la espalda del enemigo haría cuanto estuviese en su poder para rescatar a los prisioneros.

Pero el hombre de los guantes negros debió pensar en esta contingencia y no perdió tiempo. Obligaron a los prisioneros a subir por el acantilado y desaparecieron. Los bandidos tenían sin duda, unos automóviles ocultos en un camino, en lo alto del acantilado, pues Doc oyó el ruido de los motores.

El hombre de bronce salió del río, pasó entre los matorrales y corrió furiosamente con el fin de hallarse al paso de los automóviles.

No tuvo suerte y los coches se alejaron hacia Tulsa.

Doc corrió detrás de ellos, no porque esperaba alcanzarlos, sino porque a corta distancia había visto una casa hasta la cual llegaban unos hilos de la compañía de teléfonos.

Doc llegó a la casa, que estaba vacía, forzó la entrada y telefoneó a la policía de Tulsa para que buscara a los coches que

huían.

No tenía muchas probabilidades de lograr nada. Doc no habría podido identificarlos, no habiéndolos visto, pero había visto sus huellas y, siendo vastos sus conocimientos sobre el asunto, pudo nombrar las marcas de los neumáticos que llevaban.

Dejó dinero en la casa para pagar los desperfectos que causó al introducirse en el interior y volvió a lo alto del acantilado.

Se fijó en las huellas que quedaban visibles y a continuación bajó a la carretera hasta el coche cuya bocina no había dejado de sonar, aunque lo hacía ya más débilmente, como si la batería, estuviese gastada.

Era la bocina de un coche ante cuyo volante estaba sentado el empleado de la estación de servicio que declaró tener buena puntería. El joven estaba caído sobre el volante de manera que con un hombro apretaba el botón de la bocina.

Se apretaba el cuello con ambas manos y cuando vió a Doc Savage, habló con gran dificultad, vibrándole las cuerdas vocales y saltándole burbujas por la boca.

—Usted… es famoso… he leído… mucho… respecto a usted —dijo y Doc lo comprendió con gran dificultad—. Le he seguido… pensando… podía necesitar ayuda. ¿No he… sido… un tonto?

Doc Savage dijo lentamente: —Me gustan los hombres como tú, muchacho.

Los labios del herido se fruncieron levemente, bajo la espuma roja que los cubría.

—Le diré a… San Pedro… que usted dijo eso… y… debería bastarle.

Calló y cerró los ojos.

—Tengo algo que decirle… lo pensé… después que se fue.

—Sí —dijo Doc Savage.

—Esa maldita nota… la dejaron… adrede… Espero que esto le ayudará. Los hombres del asiento delantero del coche… estaban enterados de la nota.

—Me ayudará —dijo Doc Savage—. Mucho.

El joven permaneció con los ojos cerrados mientras acababa de morir.

CAPÍTULO XIII

HUÍDA

ONE Road Cut era un cañón así bautizado en la época en que los primeros exploradores de Oklahoma fabricaban sus ropas y enganchaban bueyes a sus carros. En aquel tiempo pasaban allí donde el terreno era más igual y a menudo escogían el lecho de un río como carretera.

El fondo de One Road Cut servía de vía pública y en aquel punto era bastante ancho para que pasara más que un carro de bueyes a la vez...

De allí su nombre.

La nota decía que los hombres de Tant se llevaban a Alonso Cugg a treinta millas al Norte. El desgraciado empleado de la estación de servicio declaró que la nota había sido perdida adrede... y que los hombres del asiento delantero sabían que la habían dejado allí.

¿Se trataba pues de un ardid para llevar a Doc Savage y a sus compañeros a la trampa preparada en la carretera del acantilado?

Parecía lógico que no existiera ningún escondite de la banda de Tant a treinta millas al Norte de One Road Cut.

Pero eso era inexacto. La guarida existía. Era un viejo rancho al típico estilo del Oeste, con corrales, pajares, casucha para los mozos y rancho hecho de troncos de árboles. Además de un alto molino y de un depósito de agua.

No había agua en el tanque. Las duelas eran viejas y algunas habían caído.

No había habido agua en el tanque desde hacía años y la bomba del molino parecía haber estado inactiva durante el mismo intervalo.

Sin embargo, el camino del molino a la casucha de los mozos llevaba huellas de pisadas recientes, En lo alto del molino se veía una plataforma de tablones, cuyo significado era evidente.

El molino servía de observatorio. Sin duda, un hombre armado de unos anteojos podía vigilar el terreno a millas de distancia.

Doc Savage no llamó. De todos modos, no le habrían contestado. Se limitó a vigilar el molino. Prestó oído y no viendo a nadie, avanzó.

No había nadie... Los que habían estado allí recientemente habían vivido bien, pues las botellas de licor vacías llevaban etiquetas de buenas marcas y los pocos trajes dejados colgados de las perchas eran de buena calidad y bien cortados.

Sus mujeres también iban elegantemente ataviadas, a juzgar por los vestidos que dejaron detrás de ellas y los perfumes costosos que abandonaron sobre los tocadores.

Una confusión enorme reinaba por todas partes. Se habían llevado maletas y rebuscado en los rincones, probablemente en busca de las cosas de más valor.

Las prendas que no necesitaban o que hacían demasiado bulto fueron descartadas, En el rancho, una caja de caudales estaba abierta.

No había un solo revólver ni un fusil en la casa, pero aquí y allí estaban desparramados varios trapos que olían a petróleo y a pólvora, así como trozos de algodón que sin duda habían servido para limpiar cañones de escopeta.

Abundaban también las cajas de cartuchos vacías.

Los bandidos se habían ido hacía poco y precipitadamente. Se habían marchado en automóvil, en dirección al Este, hacia Pawhuska y en la actualidad se hallarían fuera del Osage.

Doc Savage se fue por el camino seguido al venir, corriendo a un paso que un automóvil no habría excedido mucho por un terreno tan desigual como aquél.

El hombre de bronce telefoneó tan pronto como halló la posibilidad de hacerlo, en una, estación de servicio situada a algunas millas de Pawhuska.

Se oyó un ruido mecánico y musical tan pronto como alguien descolgó el lejano receptor y una voz dijo:

—Aquí la posada de Fujiyama.

—Snock Loggard —pidió Doc—. Que se ponga al aparato.

La voz del hombre de bronce había cambiado de tono. En vez de tomar el acento refinado y culto que le era usual, adoptaba el del típico gangster.

—¿Quién quiere hablar con Snock? —dijo la voz lejana.

—¿Qué le importa? —gruñó Doc—. Un camarada. Dígale que es un cardenal.

—¿Qué?

—Tanto da. Snock comprenderá.

—Bien. Voy a ver si aquí hay alguien que se llame Snock —dijo la voz que sin duda pertenecía al propietario del establecimiento—. No he oído nunca este nombre.

Transcurrieron unos minutos. De pronto, una voz ruda se dejó oír:

—¡Diga! No soy Snock pero le daré el recado.

—¡Hola, Snock! —dijo Doc Savage.

—¡Ah, eres tú! Bien, bien. Creí que podía ser una chapa con un sujeto detrás. ¿Qué pasa? ¿Por qué no estás en Saint Louis? ¡Ah! ¡Este tío decía que era un cardenal el que quería hablarme! ¡Ahora comprendo! El club de baile de Saint Louis... ¡Las Cartas... Tú eres de Saint Louis... ¡Claro, claro!...

—Un consejo, camarada. Saint Louis no va a ser saludable para el hijo de mamá Snock durante la vida de un perro.

Snock rió, despreocupado.

—Oye ¿y cuánto tiempo vive un perro?

—Todo depende de su género de vida —contestó secamente Doc —. Pero es preferible que borres Saint Louis de la lista por algún tiempo. Más vale que permanezcas aquí.

—No te preocupes por mí —dijo Snock—. Yo me las compongo solo.

—O.K. —rezongó Doc.

—Gracias por haberme llamado —dijo Snock con tono brusco—. Te recomendaré al próximo abogado que vea.

Y colgó el receptor, riendo.

Cuando Snock caminaba, se veía que tenía el lado izquierdo casi completamente paralizado, aunque no por ello dejaba de moverse con agilidad y sorprendente rapidez. Quedaba doblado a un lado, con el rostro retorcido y, en conjunto, resultaba horroroso.

Tenía la piel del color de un tablón de pino, dejado años enteros a la intemperie y la boca llena de dientes de oro. No miraba casi nunca a nadie a los ojos pero cuando lo hacía, algo en su mirada obligaba al otro individuo a apartar los ojos.

Snock entró en el bar donde había media docena de hombres que parecían esperar algo, sin saber el qué, si esto logra describir su estado perpetuo de vigilancia y nerviosismo.

Snock se sacó del bolsillo un fajo de billetes del que separó uno de gran tamaño.

—Pago otro turno —dijo jactanciosamente—. Lo mejor que tiene la casa.

El propietario agarró el billete. Lo miró y parpadeó. Era de cien dólares.

—¿Caliente?— —preguntó rápidamente.

—¡Quiá, hombre! —rezongó Snock—. Oye… ¿es que desprecias mi dinero? ¿Acaso, no es bastante bueno para ti?

El propietario se reclinó como si tal cosa contra el bar. Este ademán le ponía la mano sobre un fusil ametralladora que descansaba allí.

Al otro lado del bar, un hombre que respondía al nombre de Cackle, sujeto delgado cuya cara se parecía notablemente a la de un pollo, dio una palmada en el mármol y dijo en voz muy alta:

—¡Qué demonios! ¡Es demasiado temprano para sulfurarse! Mozo, creo haber oído cacarear la gallina. ¿Quiere ir a ver si no me ha puesto un caldo de la reina?

La broma aflojó la tensión, todos bebieron y empezaron a hablar de las carreras de caballo.

Más tarde, el nombre llamado Cackle se llevó al propietario aparte.

—¿Qué era esa llamada por teléfono? —preguntó furtivamente —. Usted escuchó lo que dijeron ¿no?

—Sí —dijo el propietario—. El hombre que le llamó era un pájaro que le avisaba que la ley le buscaba en Saint Louis y que haría bien no volviendo por allí.

—¿Cree que es C. K.? —preguntó Cackle.

—Es posible, pero no me gustan sus modales y si vuelve a hacer el vivo conmigo, le ajustaré las cuentas. EL primer cartucho contiene gas lacrimógeno y el segundo, sal de roca. Cuando doy los

dos, lo recuerdan…

—¿Se fijó en su mano izquierda cuando puso la mano en aquel fusil? —preguntó Cackle casualmente.

—¡Diablo, no! Estaba vigilando sus ojos de serpiente. Según los ojos de un hombre se ve…

—Es preferible vigilar su mano —declaró Cackle con una risita —. La tenía sobre un revólver que guarda en la manga y que hace bajar con un movimiento imperceptible.

Cackle dejó al propietario muy pensativo y se acercó a Snock: —Hemos de hablar los dos— dijo Cackle.

Los dos hombres se retiraron a un rincón de la estancia donde estaban aislados y juntaron las cabezas. Formaban una pareja ideal de villanos.

Nadie habría reconocido en el sujeto de aspecto ruin y vicioso que decía llamarse Snock, al eminente arqueólogo y geólogo William Harper Littlejohn, ayudante de Doc Savage.

Cackle no tenía ciertamente la menor idea de ello.

—Eres Snock Loggard, de Saint Louis, ¿no? —preguntó Cackle.

Johnny que desempeñaba su papel de Snock a la perfección, se echó atrás.

Sabía que el verdadero Snock Loggard se encontraba en un penitenciario de Ohio bajo otro nombre. Snock ignoraba que las autoridades conocían su identidad, pero se enteraría de ello al salir de la cárcel, cuando un policía le esperaría para detenerle y volverle a llevar a Saint Louis donde era probable que le colgaran.

—No digo quién soy y quién no soy —declaró Johnny—. ¿Por qué?

—Tengo un conocido que puede interesarte.

—¡Sí!

—¡Tant!

Johnny representó el papel del bandido impresionado por el nombre de otro bandido peor que él y se inclinó adelante.

—Oye, amigo —dijo—. Estoy aquí por si se presenta una oportunidad como esta, comprendes… pero no la esperaba tan pronto.

—Tant está buscando gente —dijo sencillamente el otro.

—¿Prepara algo?

—Sí… algo gordo. Tant necesita cuantos hombres pueda reunir.

Y hay algo particular en esto.

—¿Sí? ¿Qué?

—No se trata de un trabajo… sino de una lucha —Cackle calló y se humedeció los labios—. ¡Es una lucha a muerte entre Tant y otra banda!

Johnny contestó: —¡O. K. ¡Podéis contar conmigo; Pero espero cobrar mi parte, una vez el asunto esté arreglado.

Cambiaron un apretón de manos, bebieron una copa y se alejaron juntos en automóvil, parándose ante un restaurante en Tulsa, para almorzar.

Con el pretexto de ir al lavabo, Johnny se acercó a un teléfono y llamó un número que era el que pedía, siempre que deseaba ponerse en contacto con Doc Savage. La suerte quiso que Doc contestara en persona.

—Doc —dijo Johnny—. He logrado entrar a formar parte de la banda de forajidos de Tant. Ahora voy a su guarida y más tarde os diré dónde está.

—¿No tienes idea todavía?

—No sospecho siquiera dónde está Tant —contestó Johnny—. Me pondré en comunicación contigo tan pronto como lo sepa. ¿Cómo van las cosas?

Doc le participó el desastre ocurrido en la carretera del acantilado, concluyendo con estas palabras:

—¡Nuestro grupo entero está prisionero, excepto tú y yo!

—¡Que me superamalgamen! —dijo roncamente Johnny.

Cuando Johnny colgó el receptor, estaba tan aturdido por la noticia que Monk, Ham, Renny y Long Tom habían sido atrapados, que su ojo perspicaz dejó de ver algo que habría podido evitar muchas complicaciones.

Cackle, el bandido, estaba en el cuartito del teléfono contiguo al suyo y había oído todo lo que Johnny acababa de decir.

Johnny volvió a entrar en el comedor. Cackle se deslizó fuera de su escondite y salió por la puerta lateral del restaurante sin que Johnny le viera.

Corrió a su coche que estaba parado en un pasaje, violando en esto el reglamento de circulación de automóviles.

El baúl colocado detrás del coche contenía un aparato de radio, emisora y receptor a la vez.

La voz que contestó al cabo de un momento a Cackle era seca:

—¿Qué pasa?

—Jefe, he estado burlando a ese hombre llamado Snock —dijo Cackle—. Le dije que le alistaba en la banda de Tant. El pobre iluso lo ha creído... También cree que soy uno de los hombres de Tant.

—¡No me gusta que corras esos riesgos! —replicó la voz.

—¡Espere y verá! ¡Ese Snock es uno de los hombres de Doc Savage! Acaba de comunicar a Doc Savage que se encamina al escondrijo de Tant y que no tardará en darle sus señas.

La explosión de ternos que brotó del teléfono hizo sonreír a Cackle.

—¿Crees que Doc Savage sospecha la verdad? —preguntó la voz.

—¿Si sospecha que Tant no está detrás de todo esto? ¡No, no tiene la menor idea de ello!

—¿Tiene idea de lo que estamos buscando o de por qué intentamos culpar a Tant?

—No sé... Me parece que no.

Si el huesudo Johnny, el excelente actor, hubiese oído estas palabras habría doblado la cabeza, avergonzado, decidiendo renunciar a sus actuales actividades y volver a la enseñanza de la juventud de los Estados Unidos.

Johnny creía hallarse en compañía de uno de los bandidos de Tant, pero parecía desprenderse que el sujeto en cuestión pertenecía a otra cuadrilla, deseosa de hacer recaer las sospechas sobre Tant.

El jefe de la misteriosa cuadrilla preguntó:

—¿Doc está enterado de lo que son los monstruos rojos?

—Le digo que no sé qué es lo que él sabe, jefe —replicó Cackle —. Lo único que sé es que ese Snock despertó mis sospechas. AL principio creí que era un hombre de Tant y luego adiviné que era un ayudante de Doc Savage.

Hubo una pausa y la otra voz prosiguió:

—Creo que podremos sacar partido de esto. Vamos a engañar a este ayudante de Doc y nos ayudará a acorralar a su jefe.

Y siguió dando extensas órdenes.

Cackle volvió, al lado de Johnny, entrando por la puerta central del restaurante. Traía un periódico.

—He ido a comprar un diario —dijo—. He esperado unos minutos para tener la última edición.

Johnny miró el periódico:

EMPLEADO DE ESTACION DE SERVICIO MUERTO A TIROS SE LE ENCUENTRA EN UN AUTOMOVIL CERCA DE UN DESPRENDIMIENTO DE TIERRA Y ROCAS

"La policía sigue investigando el misterio."

"Varias rocas voladas en la carretera."

Esto era cuanto la policía había puesto en conocimiento de los periodistas hasta la fecha.

Salieron y subieron al automóvil. Cackle sacó un mapa y señaló un punto determinado.

—Aquí —dijo—. Aquí está por ahora el jefe, Tant.

Salieron de la ciudad, se encaminaron al Este, luego al Norte y a continuación, nuevamente al Este, pasando delante del aeródromo.

Más allá de éste, Cackle entró en un huerto que estaba cerca de allí y empezó a rebuscar entre la fruta comida por los gusanos una manzana que todavía resultase apetitosa.

Johnny aprovechó la ocasión. Saltó del coche, penetró en la estación de servicio y telefoneó a Doc Savage, señalándole el punto exacto donde Cackle decía que se hallaba el bandido Tant.

—Ve allí sin tardanza —dijo Doc Savage.

Johnny estaba inocentemente sentado en el coche cuando Cackle regresó. Se pusieron nuevamente en marcha y recorrieron unas dos millas cuando Cackle señaló repentinamente con el dedo, diciendo:

—Allí tenemos también otro escondrijo.

No había nada. Era un ardid, muy usado, pero éstos son muchas veces los mejores. Johnny miró y no supo qué era lo que le había herido en la cabeza hasta transcurridas algunas horas, cuando volvió en sí.

Cackle miró la figura inerte del geólogo y arqueólogo y se puso la cachiporra en el bolsillo.

—¡Los formidables ayudantes de Doc Savage! —exclamó con desprecio.

Ató y amordazó a Johnny y siguió adelante, riendo para sus adentros.

—¡Mi jefe es listo! —murmuró—. ¡Nadie sabe lo que estamos haciendo hasta que está casi hecho y luego la banda de Tant carga, con el muerto!

CAPÍTULO XIV

MENTE SUPERIOR

DOC Savage no manifestó llevar mucha prisa después de recibir el recado de Johnny, el recado que este último había sido inconscientemente impulsado a darle y que debía llevar a Doc a una trampa.

El hombre de bronce había estado telefoneando a los agentes de concesiones de campos petrolíferos, caballeros conocidos en la región por el nombre de "ladrones de concesiones", nombre posiblemente mal aplicado, puesto que entre ellos se cuentan hombres de negocios honradísimos.

—¿Hay concesiones en venta hoy en el Campo del Domo Indio? —preguntó Doc.

—¿Se refiere al campo en el cual esas malditas bestias que se comen a los hombres escaparon por los pozos? —preguntó el agente.

—Eso mismo —admitió Doc.

—Han ocurrido nuevos ataques dijo el agente —. Los perforadores; los bomberos e incluso los operadores empiezan a asustarse. Casi todo el mundo huirá si los ataques se repiten. Eso hará, que un gran número de concesiones estén en venta, porque nadie quiere un campo cuando de un momento a otro algo puede salir de la tierra y comérselo a uno.

—¿Ha vendido Terrenos en el Campo del Domo Indio hoy? —repitió Doc Savage.

—Si... uno... No, espere un momento... Dos. Uno temprano y el otro hace un momento... Muy baratos, porque sus dueños se asustaron. Uno de ellos tenía un hermano que fue muerto por los monstruos rojos anoche y comido a medias por esos demonios, en el

Campo del Domo Indio. El hermano está espantado y...

—¿Quién es el comprador? —preguntó Doc secamente.

El agente consultó sin duda sus libros.

—La "Compañía del Mejor Petróleo" —dijo.

—¿A quién pertenece?

—Nadie parece saberlo. Ahora bien. Si quiere usted algunas concesiones baratas...

Doc Savage pareció reflexionar un momento.

—Oiga —dijo—. Yo soy Clark Savage..

—¿Qué dice?

—Doc Savage.

El agente exclamó con voz ahogada: —¡Esto es distinto!

Doc siguió diciendo: —Le hago una propuesta por cualquier concesión del Campo del Domo Indio. Pagaré mil dólares de más que cualquier otra oferta que se haga. Comprendo, no hago ninguna oferta por una concesión determinada, pero cuando las haya, pagaré mil dólares de más. Procure que esto se sepa, ¿quiere?

—¡Vaya! —exclamó el corredor—. ¡Oiga, yo reduciré mi comisión al cinco por ciento! Pero, ¿qué idea es esta? ¿Quiere usted pasar a ser propietario de campos petrolíferos en gran escala?

Doc Savage contestó:

—Estoy intentando evitar uno de los mayores robos que se han perpetrado en la industria del petróleo. Está en su primera fase, pero si se quiere ahogarlo al nacer, la hora ha sonado.

—¡Bondad divina! —exclamó el corredor—. Deme más detalles...

Doc Savage colgó el receptor y pidió conferencia con Nueva York con el fin de preparar fondos para sus compras de concesiones petrolíferas, si las realizaba.

A continuación alquiló un automóvil y se alejó hacia el Este; luego al Norte, encaminose al punto que Johnny le había indicado como escondrijo de "Tomahawk" Tant.

La región de Oklahoma, vulgarmente designada con el nombre de Osage, es aquel sector del estado, norte y central, que comprende el terreno reservado a los indios originalmente y algunos territorios adyacentes. El Osage no tiene paisajes hermosos. No ofrece a la vista más que matorrales y colinas que no tienen nada de impresionante.

Pero también es el refugio más notable para los bandidos de los Estados Unidos. El hecho de que la era de los automóviles, de los aeroplanos y de la radio ha llegado, ha aportado allí escaso cambio, pues un automóvil no sirve de nada sin carreteras un aeroplano no tiene utilidad donde no hay campos de aterrizaje y una radio no puede, desde luego, bastar para coger a un forajido armado de dos revólveres.

Doc Savage paró el coche que había alquilado en un bosquecillo de robles rojos a una milla de la carretera, en un camino angosto y siguió a pie, a una velocidad extraordinaria, sin que se alterara su respiración, aunque ya había corrido muchas millas aquel día.

A juzgar por su actitud, se comprendía que esperaba una emboscada a lo largo de la carretera.

Una manada, de bueyes corría por la ladera, de una colina, delante de él.

Esto puso a Doc sobre aviso. Se dio cuenta que algo había asustado a los animales y el hecho de que no volvieron atrás, indicaba que habían visto hombres.

Doc no se equivocaba. Los hombres estaban agazapados detrás de un pequeño matorral y tenían una gran ametralladora de tipo militar, con la cual enfocaban la carretera.

Johnny, que seguía atado y amordazado, yacía a corta distancia detrás de ellos y los seis hombres que componían el grupo, estaban celebrando una conferencia. Doc, que leía fácilmente, en los labios de la gente, enfocó con su poderoso telescopio. Estaban discutiendo respecto a lo que harían con Johnny.

—¡Armará un jaleo de mil demonios y avisará a Doc Savage tan pronto como se presente en esta carretera! —decía un hombre—. Mi parecer es ponerle una dosis de plomo en el cuerpo, allí donde le hará estarse quieto.

—¡No seas tonto! —Bruzó Cackle el de la cara de pollo—. No estamos seguros que este sujeto ha llamado a Doc Savage, diciéndole que el escondite está por aquí. Si no lo ha hecho, es preciso obligarle a que lo haga. ¿Y cómo lo haría si está muerto?

La respuesta a esa pregunta era ardua. Siguieron discutiendo y mientras, Doc Savage se les acercó.

¡Eran seis! Tenía las manos vacías cuando se acurrucó en el fondo de un barranco a veinte pies detrás de ellos. Contrajo los

músculos de la garganta de un modo especial y sus labios cambiaron de forma.

Un ventrílocuo habríase dado cuenta de lo que iba a suceder.

—¡Manos arriba! —gritó una voz desde la carretera—. ¡Estáis cubiertos!

Se dieron cuenta que algo no iba bien cuando Doc los hirió.

El padre de Doc Savage, al entrenarlo desde la infancia, para su extraordinaria carrera, tuvo en cuenta el hecho que muchas veces tendría que luchar con las manos vacías contra un número crecido de enemigos.

Durante años, aun en su más tierna edad, le hizo luchar a brazo partido contra adversarios mayores que él, castigándole con zurras en caso de ineficacia.

Los hombres con las cuales Doc se había enfrentado para esos ejercicios cobraban una prima por cada golpe que lograban asestar y, naturalmente, se tiraban a fondo.

El resultado de esta educación era evidente al iniciar Doc el ataque. Los primeros dos antagonistas no ofrecieron dificultades. No esperaban nada y dos directos acabaron con ellos.

Doc alargó la mano en busca de otro enemigo. Este le esquivó y escapó. Eso no iba tan bien. El hombre de la ametralladora intentaba volver el cañón del arma. Doc dio un salto y le hizo caer.

En un instante, el gigante de bronce y los cuatro hombres formaron un enredo de brazos y piernas del que brotaban exclamaciones.

Johnny no estaba inactivo. Se tiró en medio de los combatientes, Atado y amordazado, no podía hacer gran cosa, excepto hacer caer a sus enemigos.

Se dedicó a esto. Uno de los hombres sacó un revólver. Johnny le dio una patada con ambos pies y el revólver salió disparado. Doc luchaba, con tres hombres. Uno de ellos quedó fuera de combate cuando le pisaron el estómago. Quedaban sólo dos y la lucha era ya fácil comparada con lo que había sido momentos antes. Mientras, Johnny privó al otro hombre del sentido, tirándole contra una roca.

Doc Savage dio una vuelta y asestó sendos puñetazos en la mandíbula a los seis hombres para asegurarse que quedarían inconscientes durante algún tiempo.

Una vez desatado y libre de la mordaza, Johnny exclamó:

—¡Que me superamalgamen!¿Está rubicunda mi fisonomía? En otras palabras: ¿tengo la cara encarnada?

—¡Iban a matarte! —le recordó Doc secamente.

—Me lo tenía merecido por dejarme engañar como un niño —gimió Johnny—. ¡Doc, me tomaron el pelo! ¡No podré olvidarlo jamás!

—¿Tienen realmente una guarida por aquí?

Johnny meneó la cabeza.

—Fue un ardid para engañarme y atraparte a ti. El único cuartel general que conozco, y no es el principal, es la fonda de la Fujiyama, cerca de Tulsa.

—¡Vamos allá! —dijo Doc.

Doc Savage administró a cada uno de los prisioneros una droga que les sumiría en un estado de inconsciencia por un período indefinido, hasta que les diera un antídoto químico que les despertase.

—¿No quieres interrogarles? —preguntó Johnny, olvidándose en su sorpresa de emplear palabras largas.

—No —contestó Doc—. Nos vamos al Este inmediatamente.

Johnny tragó saliva varias veces. La verdad se hacía en su espíritu.

¡Doc Savage sabía ya cuanto había que saber respecto al misterio de los monstruos salidos de las profundidades de la tierra!

Los seis hombres tenían un coche oculto cerca de allí. Doc y Johnny lo usaron para trasladarlos a un hospital de Tulsa, donde les dejaron solos en una sala. A continuación, Doc envió un telegrama a Nueva York.

En Nueva York se perderían de vista y eventualmente se les podría hallar en un sitio fantástico: el "Colegio de Reeducación para Criminales", único en su género, que Doc Savage mantenía en el norte del Estado de Nueva York.

Ningún criminal reeducado en aquel "colegio" volvía a cometer crímenes.

La fonda de Fujiyama resultaba impresionante de noche, iluminada como estaba. La fachada representaba un volcán que entraba en erupción luminosa a intervalos regulares.

Los mozos de chaqueta blanca que abrían las portezuelas de los coches y alargaban la mano para recibir propinas eran negros. Se

jugaba fuerte en el establecimiento y la sala de baile era popular entre cierta clase de gente.

Doc Savage y Johnny contemplaron la escena desde un grupo de árboles, a un centenar de yardas de distancia.

—Si esto fuese una fonda del Este, podríamos entrar directamente y nadie tendría el nervio de hacer nada —dijo Johnny —. Pero algunos de esas chicos de Oklahoma no saben conducirse como es debido.

—¡Es extraño! —hizo observar—. ¡Creí que era el cuartel general de la banda de Tant y ahora resulta que se trata de otra banda que intenta hacer recaer las culpas de algo sobre Tant!

Johnny miró a Doc. Esperaba que el hombre de bronce le daría su opinión sobre la solución del misterio, pero Doc guardó el mayor silencio.

CAPÍTULO XV

IRRUPCIÓN

HABÍA muchas luces encendidas en torno al Fujiyama y era preciso saber que aquel lugar era la guarida de hombres que preferían ver venir la ley, para comprender el fin a que obedecía tanta iluminación.

Media hora había pasado cuando un coche que llevaba el nombre de una marca conocida por su gran velocidad entró en el terreno que rodeaba la fonda y se detuvo en la parte posterior del establecimiento.

Era un coupé y la puerta se abrió en el instante en que uno de los negros se acercaba.

Atado de pies y manos, cubierta la boca con una mordaza, Johnny fue empujado fuera del coche. Otro hombre que llevaba un abrigo marrón y un sombrero hundido sobre los ojos, bajó detrás de él, le recogió con una mano y blandió un revólver en la otra.

—¡Las cosas se han complicado! —dijo rápidamente—. ¡Ayúdame a ocultarle! ¡Y quiero hablar al jefe en el acto!

El negro de la chaqueta blanca se había encontrado sin duda otras veces ante semejante situación y prestó inmediatamente su ayuda. Johnny fue arrastrado hasta una puerta lateral y se le subió por una escalera de madera, débilmente alumbrada.

Un hombre armado de un rifle surgió en lo alto de la misma.

—¿Qué ocurre?

—¡Traigo a uno de los hombres de Doc Savage! —dijo el hombre del abrigo marrón que llevaba a Johnny—. ¡Algunas complicaciones han surgido! ¡Ayúdame!

Introdujeron a Johnny en un cuarto sin amueblar, excepto por un catre y dos sillas duras.

En el suelo había una maleta abierta que contenía los últimos modelos de granadas de gases lacrimógenos y revólveres.

—¡Necesitamos ayuda! —declaró el hombre del abrigo marrón —. ¿Dónde está el jefe?

—No está aquí.

—Pues búscale. Tengo que darle noticias importantes.

—Está haciendo una gira, intentando librarnos de ese Doc Savage. No sé dónde buscarle.

—¡Necesitaremos ayuda, te repito! —exclamó secamente el sujeto que traía a Johnny—. ¿Cuántos muchachos están aquí?

—¡Estoy solo! —dijo el otro.

—Esto va bien —declaró el hombre del abrigo.

Y asestó un directo en la mandíbula a su adversario, luego, dando media vuelta, hirió también al negro con tal rapidez de movimientos, que ambos cayeron simultáneamente y fueron cogidos casi simultáneamente y tumbados con suavidad para que, desde abajo, no se oyera el ruido de su caída.

Johnny se había desembarazado de las cuerdas que le ataban las piernas y las muñecas por medio de nudos especiales que le permitían hacerlo cuando quisiese.

Se arrancó también la mordaza y miró al hombre del abrigo marrón con una sonrisa.

Este se enderezó, volvió para abajo el cuello de su gabán y se sacó el sombrero. Estos cambios en su aspecto revelaron su personalidad.

Era Doc Savage, el gigante de bronce.

Doc llevaba rara vez sombrero. La gente estaba acostumbrada a verle con la cabeza descubierta y cuando se cubría, este sencillo acto operaba tal cambio en su persona, que era en sí un disfraz.

—¡Repámpanos! —exclamó Johnny—. Nos metemos aquí dentro creyendo que nos las habríamos con la banda entera y no encontramos más que un solo hombre.

Doc Savage no contestó. Se acercó a la puerta que estaba más cerca de él, la abrió y permaneció inmóvil en el umbral, dejando oír su famoso trino, sonido fantástico y tenue que le era peculiar en momentos transcendentales.

¡Vida Carlaw estaba en el cuarto contiguo!

Johnny se acercó y miró por encima del hombro de Doc. A pesar

de no dejarse emocionar fácilmente por el horror, el geólogo, que estaba acostumbrado a los espectáculos terribles del mundo, palideció levemente y sus labios se movieron silenciosamente antes de que pudiera hablar.

—¡Deben haber encontrado el cadáver! —dijo roncamente—. Pero ¿por qué lo guardan?

El cuarto estaba sencillamente amueblado, pero un breve examen del mismo revelaba el hecho de que había sido construido fuertemente, tal vez con la idea de hacerlo a prueba de sonido.

Las paredes eran gruesas y puesto que habían practicado estrechas troneras en ellas, era probable que estaban reforzadas con placas de acero entre las capas de ladrillos.

Aunque las troneras tenían cristales como ventanitas, eran muy estrechas y el cuarto, situado en la parte alta del Fujiyama, era, en realidad, una plaza fuerte.

Las paredes estaban cubiertas de estantes llenos de municiones y de comida, como si estuviera preparada la estancia para sostener un sitio.

El mobiliario consistía en catres y sillas incómodas y Vida Carlaw estaba tendida en uno de los primeros.

Johnny se le acercó, examinó a la muchacha y una expresión de asombro se pintó en su rostro. Miró fijamente a Doc como intentando leer sus pensamientos detrás de sus facciones inescrutables.

—¡Tú sabías que no la tiraron del avión al río Ohio! —acusó.

Doc Savage no contestó, pero asintió levemente con la cabeza.

Johnny meneó la cabeza, asombradísimo.

—¡Que me superamalgamen! Pero ¿por qué te tomaste la pena de dragar el Ohio en busca del cuerpo?

—¡Cortina de humo! —contestó Doc.

—¡Eh!

—No quería que la banda contra la cual luchamos supiera que sospechaba sus planes —explicó el hombre de bronce—. Además, haciéndoles creer que podían engañarnos fácilmente, su descuido iría en aumento y nos facilitaría la lucha.

Vida Carlaw estaba atada fuertemente pero estaba viva, y cuando Doc y Johnny la desataron, se movió un poco. Sin embargo, no pudo hablar sino después de que le hubieron prodigado sus

cuidados durante algunos minutos.

—¡Fe! —dijo débilmente—. Fe es la palabra.

—¿Eh? —dijo Doc.

—Mi fe en usted no disminuyó un solo segundo —dijo la muchacha—. Pero no evitó que estuviera muy asustada desde que me sacaron de su cuartel general en Nueva York con aquella falsa llamada telefónica.

—¿Le perdonaron la vida con el fin de hacerla firmar por fuerza una transferencia legal de la concesión del terreno petrolífero de Sand —Carlaw— Hill?

—Exactamente —dijo la muchacha, asintiendo débilmente con la cabeza.

—¿Sabe usted quién es el autor de ese plan?

—¡Desde luego! —exclamó la muchacha—. ¡Lo han mencionado a menudo delante de mí! Es el bandido "Tomahawk" Tant.

Johnny parpadeó y sonrió benévolamente a la muchacha, diciendo:

—¡No, Tant no está detrás de esto! El verdadero culpable es bastante hábil para hacer recaer las sospechas sobre Tant.

La muchacha intentó hablar pero lo hizo con dificultad hasta que Johnny le dio vino que encontró en una botella entre otras provisiones que estaban amontonadas en el cuarto.

—¿Quién es el jefe? —preguntó.

—Lo ignoro —contestó Johnny—. Pero Doc lo sabe. ¿Quién es, Doc?

El hombre de bronce no pareció oír la pregunta, cosa extraña, teniendo en cuenta que sus oídos eran finísimos en todas ocasiones. Doc se limitó a mirar por una ventana que daba al patio iluminado del Fujiyama.

Vida Carlaw iba a repetir la pregunta, pero Johnny la detuvo con una ligera presión en la mano.

Johnny, el huesudo caballero que casi nunca demostraba el menor interés por el llamado sexo débil, sostenía la mano de Vida entre las suyas desde hacía unos momentos, y siguió sosteniéndola.

—Vida —dijo suavemente—. ¿Qué opina usted de este asunto?

—Es sencillo... y horrible —dijo la muchacha—. Nuestro pozo de petróleo del Campo del Domo Indio ha sido perforado hasta un nido de extraños monstruos a más de una milla de profundidad. Esos

monstruos son algo por el estilo de... vamos... de...

—¡Amoebas! —sugirió Johnny.

—¿Qué?

—"Amoebas", una de las formas más primitivas de la vida, literalmente una masa de protoplasma sin ojos, oídos ni esqueleto —replicó Johnny—. Se aseguran la comida y la digieren, fluyendo sobre ella cubriéndola, absorbiendo el alimento de la sustancia así atacada.

Para Johnny eran palabras muy cortas y sencillas y seguía sosteniendo la mano de la muchacha de un modo que no era completamente paternal.

Vida prosiguió:

—Esos hombres usan los monstruos para iniciar un reino de terror. Van a parar el trabajo en los campos petrolíferos del centro del continente. Van a obligar a los propietarios a vender sus concesiones...

—¡Y la banda, se apoderará de ellas! —exclamó Johnny.

—¡Exactamente! Y legalmente, desde luego. Un ejemplo: el precio de mi vida era firmar una transferencia legal de nuestro terreno del Campo del Domo Indio. Iba a ser transferido a la "Compañía del Mejor Petróleo".

—¿Qué es esa compañía?

—La que posee la banda.

Johnny reflexionó profundamente unos momentos, contemplando la hermosa mano que sostenía.

—¿Dice usted que esa banda controla los monstruos? —dijo vagamente—. ¿Eso significa a que pueden hacerles atacar a quien quieran y alejarlos cuando lo desean o no los necesitan?

La muchacha asintió y se dispuso a hablar.

—¡Ahora viene! —exclamó rápidamente Doc Savage.

CAPÍTULO XVI

CAUTIVOS

JOHNNY estaba como hipnotizada por la mano exquisita que sostenía entre las suyas. Las palabras de Doc Savage tuvieron el efecto de una ducha de agua helada. El arqueólogo corrió a la estrecha ventana.

Desde la altura a que se hallaban, se obtenía una excelente vista de los alrededores. Veían hombres que estaban rodeando el edificio.

El volcán luminoso del Fujiyama entró en erupción. Iluminando más brillantemente aun el lugar, se hizo evidente que los hombres que furtivamente rodeaban la casa llevaban rifles y escopetas.

—Los síntomas —dijo Johnny, volviendo a su complicado lenguaje—, indican un proyecto de irrupción subrepticia…

No acababa de hablar cuando la lucha se inició. Se oyó un disparo de rifle.

El que la hizo tenía sin duda buena puntería y debió cortar la línea que llevaba el fluido eléctrico al Fujiyama. La casa quedó completamente a oscuras.

Unos poderosos proyectores empezaron a brillar en distintas direcciones.

Los llevaban los atacantes. Se oyeron nuevos disparos hechos por éstos y un negro gritó, huyendo del oscuro Fujiyama.

—¡Corred, bribones negros! —gritó uno de los atacantes.

Los mozos y camareros se diseminaron como conejos. Los atacantes les enfocaron con los reflectores, identificándoles. Un negro de la orquesta, el tamborista, intentó huir con su instrumento. Le acribillaron el tambor a balazos, pero él no lo soltó.

Las mujeres gritaban en la planta baja.

—¡Es la ley! —gritó alguien.

—¡No es la ley! —contestó uno de los atacantes— ¡Es la banda de Tant!

Al oír esto, las mujeres gritaron con mayor fuerza y los hombres murmuraron entre sí.

Los asaltantes entraron iluminando la escena con sus poderosas lámparas.

Doc Savage murmuró a Johnny y a la muchacha.

—¡Han rodeado la casa!

A continuación, salió y llegó a una escalera que bajaba hasta el salón de baile principal.

Los patrones de la fonda estaban alineados contra las paredes y unos hombres armados de escopetas y de rifles, les amenazaban.

Un sujeto recio se adelantó:— ¿Dónde está el propietario? —gritó.

Nadie contestó. El individuo encañonó con su rifle automático a un camarero y con toda calma apretó el gatillo. El grito del camarero herido en el estómago, ahogó la detonación.

—He preguntado quién es el propietario —dijo el hombrón.

El camarero dejó oír algunos ruidos extraños y señaló al propietario.

—¡Este es!

El recio jefe de la banda de Tant pegó un tiro al camarero herido, entre los ojos.

—Esto —dijo en voz alta,— es por no haber contestado a mi pregunta la vez primera.

Dos mujeres se desmayaron. Un hombre se llevó las manos al corazón y su rostro adquirió un matiz azulado. De pronto, se desplomó al suelo, dio una o dos patadas y permaneció inmóvil.

Un hombre se inclinó sobre él y le cogió la mano. Sin duda era médico, y al enderezarse, dijo: —Este hombre ha muerto.

—¡Qué tío soy! —dijo el individuo recio con cinismo—. ¡Mato a un hombre de un tiro y otro se muere del susto!

Doc Savage presenció la escena desde lo alto de la escalera, sin ser visto por nadie. Esto en sí era una proeza, puesto que uno de los atacantes vigilaba las escaleras por si alguien bajaba por ellas.

Pero no vió el pequeño periscopio, el instrumento portátil que Doc Savage llevaba siempre y que usaba en aquel momento.

El hombrón sacó pecho y caminó de arriba abajo, recordando

con su actitud la fiereza atribuida a los piratas de otros tiempos. Se encaró con el propietario.

—¡Hoy es el día que mato hombres! —gritó—. ¿Dónde está tu jefe?

—¡No está aquí! —exclamó con dificultad el propietario.

—No le he preguntado esto —Y el hombrón levantó el rifle.

EL otro se dejó caer al suelo.

—¡No... no, por favor! —gritó—. No sé dónde está el jefe, pero puedo llevarle a donde está la chica: Vida Carlaw.

El hombrón bajó la cabeza como un toro y aulló: —¿Qué dices?

—Puedo llevarle donde está Vida Carlaw.

—¡Maldición! —gritó el de la, banca de Tant—. ¡Lo que Tant se alegrará de verla! ¡Él cree que ha muerto! Estaba loco no más con pensarlo.

—¡Está arriba! —tartamudeó el asustado propietario.

El hombrón abrió la marcha hacía las escaleras en lo alto de las cuales estaba Doc. Al dueño se le doblaban las rodillas bajo el peso de su cuerpo y tenía que agarrarse a los muebles para no caer.

No era de extrañar. Estaba en las garras de unos hombres tan endurecidos que mataban sin otro motivo que para hacer un ademán dramático.

Doc Savage se hizo atrás... y algo ocurrió. Se oyó un chasquido, un ruido metálico y una puerta de acero cerró de repente el paso en lo alto de la escalera.

Sin duda cerraba automáticamente al pisar un escalón que Doc instintivamente comprendió era el tercero, empañado por arriba... pero ya era demasiado tarde para remediarlo.

Doc estaba acorralado. Los hombres habían oído el ruido del cierre de la puerta desde abajo.

—¿Qué es esto? —gruñó el hombrón—. ¡Subid con luces! ¡Tened las armas a punto de disparar! ¡Fuego contra quien se mueva!

Subieron la escalera con los rifles al hombro.

Doc Savage no tenía probabilidad alguna de luchar con éxito contra los hombres que subían la escalera. Es cierto que había vencido a media docena aquella misma noche, pero les había cogido por sorpresa.

Los hombres que se acercaban ahora estaban preparados para cualquier eventualidad.

El hombre de bronce abrió los brazos y apoyó una mano en ambas paredes del estrecho rellano. A continuación, se quitó los zapatos y los calcetines, poniéndoselos en los bolsillos y volvió a apoyar las manos en la pared, alzándose y poniendo un pie en cada pared.

Con una serie de esfuerzos gimnásticos y desarrollando su fuerza tremenda, se encaramó arriba y hacia adelante, hasta hallarse cerca del techo del rellano, sobre la escalera.

Los hombres que subían la escalera mirarían sin duda los escalones y la puerta que había arriba. Para ver a Doc donde estaba acurrucado, tendrían que mirar directamente al aire, cosa que no era probable que hicieran.

Llegaron hasta la puerta, le dieron patadas e intentaron abrirla.

—¡Debe haber puertas traseras! —declararon y dieron media vuelta para ir en su busca.

Se oyeron unos gritos y dos disparos.

Luego sacaron fuera a Johnny y a Vida Carlaw. Unos cuantos disparos fueron hechos al azar en el interior de la fonda para impedir que sus ocupantes se sintieran valientes.

Doc bajó de su escondite durante el tiroteo y salió.

Los atacantes estaban interrogando al dueño del Fujiyama.

—¿Dónde está tu jefe?

—¡Ya os he dicho que no lo sé!

—Es preferible que lo sepas. Es lo único que te salvará la piel.

Doc Savage se alejó de allí y corrió rápidamente al sitio donde él y Johnny habían dejado su coupé. Doc sacó del interior una cajita de fibra a la cual estaban sujetos dos grapas por medio de un tornillo con orejetas.

Doc llevó la cajita a la fonda.

Los atacantes seguían interrogando al propietario, amenazándolo con sus revólveres.

—¿Dónde está ese sujeto que hace recaer las sospechas sobre Tant? ¿Quién es?

Doc descubrió los coches en los cuales los asaltantes habían venido y que eran grandes automóviles de turismo. Se acercó con la caja preparada y las grapas distendidas.

Se dejó caer de rodillas y se deslizó debajo del primer coche con el fin de sujetar la caja en la parte inferior del chasis, donde no se le

descubriría.

La luz de un proyector le inundó y un revólver entró en contacto con su espalda.

—No se habrá creído que hemos dejada estos coches sin vigilancia, ¿no? —preguntó una voz ruda.

Doc Savage permaneció completamente inmóvil. Cualquier movimiento que hiciera podía decidir al pistolero a disparar.

—¡Salga de ahí! —dijo el hombre.

Doc obedeció. Era un alivio ver que le apuntaba al pecho, pues el hombre de bronce llevaba una cota de malla debajo de sus ropas.

—¡Brrr! —exclamó el pistolero, abriendo mucho los ojos al ver a quien había cogido y llamó a sus compañeros a gritos.

—¡Venid aquí pronto!

Acudieron corriendo y rodearon a Doc, mirándole como si fuese un ejemplar nuevo de la especie humana. Uno de ellos se acercó cautelosamente y palpó al hombre de bronce.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Qué músculos! Este tío está hecho de bronce.

El hombrón, que era su jefe, se acercó también, pero no se mostró ya tan ruidoso como antes. Sin embargo, el hombre no era tan sólo un fanfarrón. Era en realidad un sujeto endurecido que sabía cuándo el hablar recio surtía efectos y cuándo no.

—¡Maldito sea! —le dijo a Doc—. ¡Usted es el último hombre a quien queríamos coger!

Johnny murmuró: —¡Maquiavelismo!

—Otra vez —exclamó el hombrón, aparentemente fuera de sus casillas—. ¡No para de hablar así desde que le hemos cogido! ¿Qué quiere decir esta palabra?

—Johnny, no creo que no deseara atraparme —dijo Doc.

—¿Y para qué demonios le necesitamos? —rugió el hombrón—. Usted persigue al sujeto que intenta hacer ese robo de terrenos petrolíferos, ¿no? ¡Pues nosotros también! ¿Por qué? Porque ese tío intenta cargarle el muerto a Tant. Nosotros luchamos contra el mismo individuo.

Doc dijo: —¡También yo voy detrás de Tant!

—¡Sí, eso es el mal! —Y el hombre miró a Doc con expresión de esperanza.

—¿Por qué no se limita a coger al otro?

Doc no contestó.

Johnny dijo: —Somos ambidexterosos.

—Esta palabra la busco yo —dijo el hombrón—. Sí, Tant tiene por ahí un diccionario.

Cachearon a Doc, expresando su sorpresa cuando no le hallaron ninguna arma de fuego. Hicieron comentarios sobre el contenido de su notable chaleco de bolsillos y al descubrir su cota de malla:

—Se ha dejado coger —gritó el hombre que le había capturado —. Lo ha hecho adrede. ¡Creo que lo mejor es soltarlo!

—¡Veremos que nos dice. Tant!

—¿Le vas a llevar a Tant?

—Crees que tengo ganas que Tant me pegue un tiro? Savage no sabe quien es Tant en realidad.

Sacaron los coches a la carretera y se alejaron rápidamente. La linda Vida Carlaw estaba sentada entre dos hombres, a los que estaba sujeta por unas esposas, y miraba la carretera. No podía hablar, pues la habían amordazado.

Doc Savage y Johnny estaban atados de pies y manos.

—Vamos a un sitio donde podremos telefonear sin peligro a Tant —dijo el jefe—. Es una guarida que usamos a veces. Queremos saber qué es lo que Tant quiere hacer con usted.

De pronto, Doc Savage preguntó: —¿Cómo se da el caso de que Tant se haya metido en esto?

El hombrón miró a Doc con una mueca: —Creo que no hay mal en decírselo. Tant es un sujeto que tiene una reputación, ¿comprende? Ese pájaro, ese tío que manda a los demonios rojos, se puso en relación con Tant y quiso que él se le uniera. A estas horas, usted ya sabe qué es lo que hay detrás de esto, ¿no?

—Los demonios rojos servirán para matar y asustar a los propietarios de terrenos' petrolíferos —dijo el hombre de bronce,— y para causar tantos disturbios, que los propietarios se arruinarán o se asustarán de tal forma que venderán sus terrenos a bajo precio. El plan es comprar esos terrenos o tomar posesión de ellos, siempre que sea posible.

El hombretón asintió.

—¡No parece formidable cuando se expone así, pero lo es! Considere el campo de Sands —Carlaw— Hill sólo. ¡Valdrá un millón o dos tan pronto como toquen el petróleo, y todo el mundo

lo sabe!

Doc Savage guardó silencio un momento. Los automóviles viajaban rápidamente, siguiendo caminos poco frecuentados y rodeando la ciudad de Tulsa.

—Si ese sujeto se puso en contacto con Tant —dijo finalmente Doc,— ¿cómo es posible que Tant no conozca su identidad?

—No se trata de un novato —replicó el hombretón de la banda de Tant—. ¡Usó un intermediario y Tant no sospecha siquiera quién es!

Los coches entraron en la región petrolífera del Osage. Se cruzaron con camiones, vagones de nitro, roadsters y coches de turismo, toda clase de automóviles, desde las marcas importadas más conocidas hasta los cochecitos de ínfima importancia.

La actividad reinaba en el distrito. Doc comprendió que no estaban lejos del Campo del Domo Indio.

—¡Esos bichos gelatinosos que salen del suelo lo tienen trastornado todo en estos campos de por aquí! —declaró uno de los hombres.

Un sujeto sentado en el asiento delantero había examinado la caja que Doc Savage estuvo a punto de fijar debajo de su coche.

—¿Qué os parece esto? —exclamó—. ¡Este trasto es una emisora de radio! Yo entiendo algo eso de la radio. Él iba a usar un indicador de dirección para descubrir este aparato y habría seguido nuestro rastro de este modo. ¿Qué os parece?

—¡Cierra el pico! —le contestaron.

El coche recorría a la sazón una carretera desierta. Los faros iluminaron de pronto un bulto confuso que resultó ser un camión que tenía las dos ruedas traseras en la cuneta. Dos hombres trabajaban alrededor del mismo con palas.

La carga estaba cubierta con un toldo.

El camión bloqueaba el camino, pero era evidente que su chófer podía echarse levemente atrás y dejarles pasar sin empeorar su situación.

—¡Eh! —gritó el jefe de los hombres de Tant—. ¡Déjenos pasar, amigo!

Los dos hombres armados de pala se encaminaron a la parte anterior de su camión.

—¡Vas a decir eso mismo a San Pedro dentro de muy poco,

camarada! —gritó uno de ellos, y ambos hombres se ocultaron detrás del camión.

—¡Eh! —aulló el hombre de Tant—. ¿Qué…?

El toldo resbaló y cayó, dejando ver la carga, que era una docena de hombres todos armados de rifles.

CAPÍTULO XVII

EL DEPÓSITO TERRORÍFICO

UNO de los hombres de Tant, que no había visto bien lo ocurrido por estar sentado en el fondo del coche, dijo:

—¡Oye! ¿Qué es lo que esos tíos creen ser?

—¡No son hombres de Tant! —contestó roncamente el hombretón—. ¡No son polis! Es seguro que pertenecen a la banca que intenta, culpar a Tant...

Se oyó un disparo de rifle y la bala entró en el coche, hiriendo a un hombre en la pierna. Los automóviles no eran blindados y los poderosos proyectiles de los rifles no tardarían en acribillarlos.

Las balas empezaron a hacer saltar en pedazos los cristales de las portezuelas.

Lanzando imprecaciones, los bandidos se apearon. Eran valientes y no temían la lucha. Además, iban bien armados.

Doc se dejó caer del coche con los demás, del lado opuesto al camión.

Johnny y la muchacha le siguieron y Doc apagó las luces.

Esto salvó la situación, pues tan sólo quedaron encendidas las luces del camión que enfocaban el campo.

Doc rodó locamente por el suelo, con un trozo de cristal de una de las ventanillas entre las manos, y se reunió con la muchacha.

¡Quieta! —dijo e intentó dejarla libre en sus movimientos.

Los hombres del camión cargaban.

—¡Johnny! —llamó Doc con voz serena.

—Estoy bien! —gritó Johnny—. ¡Corto mis cuerdas con un trozo de cristal!

Eso no era la pura verdad. Johnny tenía un trozo de cristal, pero estaba atado de tal forma, que no podía usarlo. Lo que quería era

que Doc escapara.

Contuvo la respiración, pues era difícil engañar a Doc, pero el hombre de bronce se alejó en la oscuridad, llevándose a la muchacha.

Los hombres gritaban y morían.

Las explosiones redoblaban. Luego alguien abrió agujeros a balazos en el depósito de gasolina, de uno de los coches y tiró un fósforo encendido.

Los tiros menudeaban. Más hombres gritaron, la mayoría hombres de Tant.

La gasolina que ardía echaba una luz infernal sobre la escena. Johnny luchaba para cortar sus ataduras con el trozo de cristal.

El fornido teniente de Tant intentó cruzar la carretera y ocultarse en la maleza. Tres de sus adversarios le apuntaron con sus rifles y dispararon juntos, como si un solo dedo apretara los gatillos de sus armas.

El hombretón dio un brinco, lanzó un grito ahogado y cayó de espaldas para no volver a moverse.

El resto de los hombres de Tant se rindieron, lo cual era lo más cuerdo ante la superioridad numérica del enemigo.

Un hombre que llevaba guantes negros se acercó y miró ferozmente a Johnny. Era delgado y llevaba un traje azul oscuro debajo de un gabán y una corbata clara.

Johnny conoció al hombre que había intentado llevarse a Vida Carlaw en el aeroplano de Nueva York.

EL hombre delgado dijo: —¡Esta vez te daremos el pasaporte definitivo, saco de huesos!

Blandió su rifle que sostenerlo por el cañón, y Johnny bajó la cabeza, pero no lo hizo con suficiente rapidez y tuvo la extraña impresión de que caía en el infinito, en las tinieblas… sin cabeza.

Johnny volvió en sí con la cabeza dolorida y en medio de una oscuridad tan profunda, que creyó de momento que le habían vendado los ojos. Permaneció completamente inmóvil, escuchando unas voces que murmuraban a su lado.

—Todo va bien —decía, el hombre de los guantes negros—. Hemos dado una paliza a la banda de Tant y tenemos a los hombres de Doc Savage…

Esto le causó sorpresa a Johnny, que estaba bajo la impresión de

que Monk, Ham, Renny y Enoch Andershott habían caído en poder de los hombres de Tant. El enemigo de Tant había trabajado astutamente, haciendo recaer las sospechas, una vez más, sobre Tant.

—Este asunto de los monstruos rojos sigue normalmente —siguió diciendo el hombre delgado—. Toda la región está trastornada por las noticias. Vamos a limpiar el Campo del Domo Indio, y más tarde, uno tras otro, los monstruos aparecerán en los demás campos petrolíferos.

—¿Y si alguien se entera? Es forzoso al final.

—Abriremos los ojos y los eliminaremos. Los monstruos vendrán y limpiarán al que lo haga, ¿comprendes?

—¡Bien, bien!

—Además, el jefe tiene un plan estupendo para apoderarse de Doc Savage y deshacerse de él.

—¡Aquel plan de atraerle por la carretera del acantilado a lo largo del río, debía dar resultados también!

—¡Maldición! ¡Aquella vez el hombre de bronce tuvo suerte, pero se le acabará un día u otro! De todos modos, este nuevo plan no puede fallar.

—¿Qué es?

Johnny aguzó el oído. Quería oír lo que iban a decir, pero casi inmediatamente recibió una patada en las costillas, que resultó dolorosísima.

—¡Creo que este esqueleto finge estar durmiendo! —gruñó una voz.

El hombre delgado se acercó con su compañero y empezaron a patear el cuerpo de Johnny. El geólogo abrió los ojos y gimió de un modo convincente.

—No creo que estuviese fingiendo —dijo el hombre de los guantes negros—. De todas maneras, no ha oído nada; no hemos dicho nada importante.

Uno de los hombres empezó a decir: —El plan del jefe para...

—¡Cállate! —exclamó el de los guantes—. ¡No lo hemos discutido en detalles!

Recogieron a Johnny y le hicieron subir una escalera. A continuación le registraron, desnudándole completamente y dándole un viejo par de sucios pantalones a cambio de sus ropas.

—¡Me gustaría verle huir ahora! —dijo riendo un hombre.

Levantaron a Johnny en vilo y lo tiraron en el interior de un cuarto que tenía el suelo de cemento y estaba débilmente alumbrado.

El hombre de los guantes entró, se inclinó y dijo ferozmente:

—¡Dentro de unos minutos dejaremos entrar algunos de esos diablos gelatinosos para que te coman!

Y salió.

Johnny dio unos tumbos en el suelo, reflexionó sobre su situación durante unos segundos y gimió como nunca había gemido.

—¡El ruido que armas te ayuda mucho, no cabe duda! —dijo una voz quejumbrosa.

Johnny se volvió y descubrió unos cuantos individuos, a los que no había visto antes debido a la oscuridad reinante.

—¡Monk! —exclamó.

Monk, el feo químico, no estaba solo. Con él se hallaba Ham, menos elegante que de costumbre, con un traje que consistía sencillamente en un saco en el cual habían practicado agujeros para las piernas.

Ahí estaba también el fornido Renny, y detrás de éste Enoch Andershott.

Asombrado, Johnny se sentó.

En el cuarto había también otro hombre, que era aproximadamente ciento treinta libras de piel sobre alambres, y de mirar asustado.

—Yo soy Alonso Cugg —declaró el hombre, leyendo la pregunta en los ojos de Johnny.

Únicamente Long Tom, el mago de la electricidad, no estaba presente.

Johnny preguntó: —¿Dónde estamos?

—En algún punto del Osage, al Norte de Tulsa, me parece —dijo Monk.

—¡Tú no sabes dónde estás, mico! —murmuró Ham.

—¡Si no estuviese atado, te patearía las orejas hasta dejarlas como el papel de fumar! —rezongó Monk.

—¡Es preferible que yo esté atado! —le aseguró Ham.

Johnny miró en torno suyo y observó que todos estaban maniatados.

—Oíd —dijo Johnny—. Si no estuviésemos atados, ¿tendríamos alguna probabilidad de escapar?

En medio del silencío que siguió, se habría oído volar un mosquito.

—Quieres decir que tienes algo con que cortar estas cuerdas? —tartamudeó Monk.

Johnny abrió la boca. Su monóculo, que mientras desempeñó el papel del gangster Snock Laggard quedó oculto entre sus ropas, se le cayó de la boca.

—No me ha costado poco tenerlo escondido ahí dentro —explicó Johnny—. Logré hacerlo antes de que me registraran, hace unos momentos.

Monk exclamó con admiración:

—¡Por una vez puedes decir: "¡que me superamalgamen!" o lo que quieras, sin que tenga ganas de ahogarte!

Johnny rompió el monóculo en el suelo. Recogió uno de los fragmentos, se acercó a Monk y empezó a cortar sus ataduras. Lo logró al cabo de unos momentos y Monk empezó a quitarse las cuerdas de las manos.

Un hombre armado de un fusil entró, vió que Monk tenía las manos libres y dio un grito de alarma. Otros hombres entraron precipitadamente, pegaron a Monk en la cabeza con sus porras, dejándole sin conocimiento, y volvieron a atarle.

—¡Mirad esas cuerdas! —ordenó el de los guantes—. ¡No entiendo como este sujeto se ha desatado!

Probaron los nudos, y mientras estaban entregados a esta tarea, Johnny preguntó, con el fin de distraer la atención de sus enemigos y para que no se fijaran en los trocitos de cristal que yacían medio sepultados en el suelo:

—¿Qué ha sido de Long Tom? ¿Dónde está?

El hombre de los guantes negros rió ferozmente:

—¡Lo llevamos a otro sitio, para hacerle preguntas respecto a Doc Savage! ¡No ha querido hablar!

—¿Dónde está... ahora? —preguntó Johnny.

El hombre resopló:

—¡Voy a darle una idea de lo que le ha ocurrido a Long Tom! —dijo.

Cogieron a Johnny entre dos hombres y lo llevaron fuera de la

estancia, saliendo a una especie de pórtico. Siguieron luego un sendero y no tardaron en hallarse delante de un bulto oscuro que Johnny, muy entendido en esas cosas, comprendió que era uno de esos depósitos pequeños en los cuales bombean el petróleo extraído de los pozos de menor importancia.

Aquel depósito no debió haber servido desde hacía mucho tiempo. Era de madera, y un agujero bastante grande como para dejar pasar un hombre había sido practicado en la base.

Uno de los hombres alumbró con su lámpara el agujero del depósito.

A Johnny se le pusieron los pelos de punta y los ojos se le desorbitaron.

Retorciéndose, translúcido y horrible a la luz de la lámpara, veía uno de los fantásticos monstruos que habían sido vistos por primera vez cerca del pozo de petróleo de Sands —Carlaw— Hill.

Aquella cosa horrorosa se metía en el depósito. Se estiraba, se deslizaba, pero no parecía tener ni brazos, ni piernas, ni ojos, ni boca, ni nariz, ni enteramente nada de lo que un ser viviente ordinario tiene.

No era más que una masa roja y semitransparente, espantosa y viviente. Se retiraba al interior del depósito, como asustada por la luz.

—Nuestro amiguito estaba buscando más comida —dijo riendo un hombre.

Tres de sus compañeros se detuvieron.

—¡Me he acercado a este depósito para llevar el otro! —dijo rápidamente uno de ellos—. ¡Esa maldita cosa me da miedo! ¡No se puede decir nunca lo que hará! ¡Que otro se acerque a éste!

—¡Diablos, no temas nada! —exclamó el hombre de los guantes negros—. Ahora está en el depósito. De todos modos, acaba de absorber el otro individuo o tal vez dirás que lo ha digerido. ¡No debería tener tanta hambre!

—¡Sabes tú muy bien que no tiene estómago como un ser normal! —rezongó el otro—. No sabe cuándo tiene hambre, puesto que carece de cerebro. ¡No es más que… en fin… lo que sea de que está hecho!

—La suerte decidirá —dijo el hombre de los guantes negros.

Lo hicieron a cara o cruz, y Johnny, a pesar de sus apuros, no

pudo menos de pensar que Monk se habría hallado en su elemento allí, puesto que llevaba siempre consigo una moneda falsificada para esos casos.

Los dos hombres que perdieron agarraron a Johnny y lo llevaron cerca del depósito, dejándole en el suelo al lado de un poste.

Johnny miró el poste. Era de madera fuerte y hacía, probablemente, mucho tiempo que estaba allí. Pero lo que le interesó fueron las cuerdas que lo rodeaban y las ropas que vió colgando de esas cuerdas. Johnny miró fijamente aquellas ropas, reconociéndolas.

¡Eran las prendas que Long Tom llevaba cuando fue a Tulsa!

El hombre de los guantes negros dijo:

—No engañamos a nadie. Le dijimos a Long Tom que no bromeábamos. Pudo escoger entre contestar a nuestras preguntas o no. Escogió y no lo hizo bien. ¡Ahora te tocará a ti!

A Johnny le escocía la garganta de un modo terrible. Había descubierto otra cosa, algo que yacía más cerca todavía de la abertura del depósito en el cual el monstruo rojo se había retirado.

El hombre dijo: —¡Queremos saber si Doc Savage ha llegado a saber quién es nuestro jefe!

Johnny miró lo que había descubierto en el suelo y se quedó sin poder respirar.

Lo que había en tierra era un montoncito de grasa, de color sucio, como si hubiera sido usada ya.

¡Las ropas de Long Tom! ¡Aquella grasa en el suelo! Johnny oía lo que decían como si vinieran las palabras de muy lejos.

—¡Le he preguntado si Doc Savage sabe quién es el jefe! —repitió el de los guantes. Johnny no contestó. Estaba helado.

—¡Bien! —exclamó el otro con despreocupación—. ¡Tú lo has querido!

Los dos hombres se alejaron, pero seguían manteniendo el haz de sus lámparas sobre el agujero del depósito, como para tener el monstruo a distancia con la amenaza de la luz.

Le pareció a Johnny que oía el monstruo revolverse en el depósito que le servía de morada.

Los hombres que se alejaban decían: —Tenemos algunos hombres de Tant vivos. No son tan endurecidos como los hombres de Doc Savage. Les haremos hablar.

—¡Y cuando nos digan dónde está Tant, será el fin del "Azote de Oklahoma", como los chicos de la prensa llaman a veces a Tant! —declaró otro hombre.

—El truco que el jefe prepara hará caer también a Doc Savage —dijo el de los guantes—. ¡Es una idea espléndida!

Los hombres se detuvieron y uno de ellos gritó a Johnny:

—¡Te queda un recurso! —dijo—. Antes de que la bestia salga y empiece a chuparte fuera de tus ropas, puedes gritar y tal vez nos sea posible ahuyentarla.

Johnny guardó silencio.

—¡Pero es preferible que no esperes demasiado! —añadió el individuo.

Se fueron con sus lámparas y la luz desapareció del orificio del depósito.

Johnny empezó a oír algo horroroso. Sonidos en el interior del depósito.

¡Aquello iba a salir!

Uno de los hombres dijo desde lejos:

—¡Gritará como un demonio cuando sienta que lo toca! ¡El otro, Long Tom, gritó!

—No chillan siempre —corrigió uno de sus compañeros—. ¿Recuerdas a Sam Sands y aquel perforador? ¡No dijeron nada cuando empezó a digerirlos!

—Es extraño cómo esa cosa absorbe los hombres, sacándolos de sus ropas, pues no digiere la tela —hizo observar otro—. Supongo que lo único que le gusta es tejido humano.

—Tejido animal —corrigió el primero que había hablado—. ¡Oye, sé que uno de los sujetos que comió tenía un cinturón de piel, y esto sí que se lo tragó!

Johnny empezó a forcejear, pero le habían atado al poste y los nudos estaban bien hechos.

¡Ya veía a la horrible masa gelatinosa que fluía, enorme, del depósito!

—Doc Savage no resistirá mucho tiempo —dijo uno de los hombres en la oscuridad.

Johnny se preguntó si se desmayaría a tiempo para ahorrarse aquella agonía.

Lo terrible era que no se había desmayado nunca.

CAPÍTULO XVIII

TRUCOS

DOC Savage estaba sentado en una silla en un hotel de Tulsa y contemplaba el sol de la mañana que empezaba a iluminar los techos y los edificios vecinos. La actitud del hombre de bronce era tranquila, sin dejar traslucir nada de los horrores y de la muerte que le rodeaban.

Desde donde estaba sentado veía, al otro lado del río Arkansas, las gigantescas refinerías de petróleo del Oeste de Tulsa y, puesto que la mañana era despejada, el humo que revelaba el emplazamiento de Sapulpa.

Vida Carlaw estaba a su lado, pero no demostraba su sangre fría. Sostenía un revólver en la mano y estaba palidísima.

—Hemos tenido suerte al escapar cuando los hombres de Tant fueron atacados por los individuos de aquel camión —dijo—. Pero siento que Johnny no pudiera lograrlo.

Doc Savage no contestó.

Después de la derrota de la banda de Tant por sus siniestros y misteriosos adversarios, la noche había sido fértil en incidentes. Doc intentó seguir a los atacantes, pero fracasó, pues sus coches corrían más veloces qué el suyo.

Doc y Vida Carlaw regresaron a Tulsa. Doc alquiló unas habitaciones en el hotel y enseguida telefoneó a los periódicos, cosa asombrosa puesto que no buscaba nunca publicidad alguna.

Además, cuando una ola de periodistas y reporteros se precipitó en el hotel, se limitó a dejarse ver, pero sin embargo, la noticia de su presencia llenaba la primera página de los diarios aquella mañana:

DOC SAVAGE EN TULSA

SE CREE QUE SE OCUPA DEL CASO DE LOS MONSTRUOS

Y daban el nombre del hotel en que se hospedaba.

El diario yacía en el suelo a los pies de Vida Carlaw, que lo había tirado allí con rabia.

—¡Esto les dirá a todos nuestros enemigos dónde estamos! —dijo secamente.

La interrumpió una llamada en la puerta.

La muchacha se puso en pie de un salto blandiendo su revólver, y murmuró:

—¡No abra! ¡Puede ser Tant o algún enemigo…!

Doc fue a la puerta con las manos vacías y la abrió. No había visto nunca al hombre que estaba esperando, pero era evidente que éste conocía a Doc o por lo menos sus señas, pues sonrió levemente y dijo:

—Quisiera hablarle a solas, Savage.

EL visitante era un hombrecito de edad indeterminada y sin rasgos especiales, excepto que tenía los ojos pequeños. No parecía particularmente débil, y era un sujeto que pasaría sin ser notado entre la muchedumbre, lo cuál resultaba, a veces, interesante.

—¡Vida Carlaw está conmigo! —dijo Doc.

—Le será igual a Tant que oiga —dijo el hombre—. Tant me envía, ¿comprende? Ha leído en el diario que estaba usted en este hotel. Así es cómo ha podido alcanzarlo.

—Por eso —dijo Doc—, es por lo que la noticia fue dada a los periódicos.

—¡Ah!

El emisario de Tant pareció sorprendido y algo asustado.

—¡Deseaba que Tant se pusiera en contacto conmigo! —declaró Doc.

—¡Sí! Así, ¿está conforme en que le lleve a presencia de Tant?

—Desde luego.

El hombrecito tenía un automóvil que le esperaba en la calle. Era un coche tan insignificante, pero tan eficiente, a su manera, como él.

—¿Quiere registrarme para ver si llevo armas? —preguntó antes de sentarse al volante.

—No es necesario —contestó Doc.

—No me parece bien correr estos riesgos —dijo secamente la

muchacha.

Hacía tiempo que Doc conocía la inutilidad de intentar explicar un punto dudoso a un miembro joven del sexo débil, especialmente si se trata de una mujer hermosa, de manera que no mencionó el hecho de que si el hombre se prestaba a que le registraran no llevaba, sin duda, revólver.

El hombre guiaba bien. No hablaba y no demostraba deseo alguno de conversar.

—¿Qué es lo que "Tomahawk" Tant desea decirnos? —preguntó Vida Carlaw.

—No puedo decírselo —contestó brevemente el guía.

—¿Por qué no?

—Porque Tant me lo haría pagar caro —gruñó el hombre.

Después de esto callaron, hasta que Doc Savage dijo:

—Quizá sea preferible que permanezca atrás.

—¡Quiá! —exclamó la muchacha—. Voy a hacer cuanto pueda para hallar a "Reservoir" Hill.

El coche se encaminaba al Norte, y una vez en el campo aumentó la velocidad. Los camiones y los numerosos automóviles que seguían las carreteras se encaminaban todos en dirección al Campo del Domo Indio o regresaban del mismo.

No tardaron en pasar camión tras camión, todos exactamente iguales, pintados del color caqui de los equipos militares y llenos a rebosar de soldados.

—Pare —dijo Doc Savage a su guía,— quisiera saber qué significan esos soldados.

El conductor vaciló y paró al lado de un camión.

—¿Adónde van? —preguntó Doc.

—AL Campo del Domo Indio —contestó el soldado que guiaba —. El gobernador ha ordenado que todos los pozos de petróleo del Campo del Domo Indio sean tapados con cemento o plomo para que los monstruos no sigan saliendo.

—Eso no les gustará a los propietarios de las concesiones.

—Tendrá que gustarles por fuerza —contestó sombríamente el soldado—. El gobernador ha declarado la ley marcial para evitar el pánico.

El hombre de la banda de Tant siguió guiando por espacio de una milla, en medio del mayor silencio, y acabó por decir, por

encima del hombro:

—¡El gobernador hace el juego de esa otra banda!

Doc no contestó.

—La idea es obtener que cierren las concesiones con el fin de que los propietarios más pobres se hallen en dificultades y tengan que vender borato— —añadió el hombre—. Alguien debería decirle esto al gobernador.

—¿Por qué no lo hace Tant?

—¿Y quién le va a creer a Tant?

Al seguir el coche adelante, su destino hizo evidente.

—Vamos al Campo del Domo Indio! —exclamó Vida Carlaw.

El asombro de la muchacha pareció divertir al que conducía, pues se puso a reír y dijo:

—¡Es una de las guaridas de Tant!

—¡Pero es un lugar tan frecuentado —exclamó la muchacha.—. Si hay miles de soldados alrededor, sin contar la policía del Estado que, sin duda, está ahi también.

El hombre volvió a reír.

—¿Conocería Usted al famoso bandido, "Tomahawk" Tant, aunque lo viera cara a cara?

La muchacha reflexionó.

—No —respondió.

—¡Eso le pasa a mucha gente! —dijo el hombre.

Recorrieron unos cuantos kilómetros mas y las grúas de los pozos de petróleo del extremo Sur del Campo del Domo Indio surgieron a sus ojos.

La concesión Sands —Hill— Carlaw se hallaba al extremo Norte, en lo que se consideraba terreno dudoso en la que se refiere a contener petróleo a gran profundidad.

Vida Carlaw preguntó:

—¿Iremos a ver a Tant? Me gustaría echarle una mirada.

El hombre exclamó:

—Tant no se dejará ver. Le hablará desde otra habitación o de un modo indirecto.

La muchacha, se estremeció:

—¿Está seguro que nos soltará?

—Así lo dijo —contestó el hombre.

Doc Savage intercaló secamente:

—Si fuera usted un enemigo de Tant como se puede considerarse, puesto que quienquiera que sea que esté fuera de la ley es mi enemigo natural, ¿Fiaría usted en su sencilla palabra, dada por mediación de una tercera persona, que le dejarán en libertad? En otros términos, ¿haría usted lo que estamos haciendo?

—¡Diablos, no! —dijo rápidamente el hombre.

Acabó por detener el coche delante de un edificio de hojalata galvanizada, de aspecto muy ordinario.

El edificio contenía, sin duda, una bomba para pozos de petróleo de escasa profundidad, y la instalación consistía en un motor que hacia girar una gran rueda a la cual estaban sujetas los extremos de numerosas varas de acero que se extendían sobre la tierra, corriendo por medio de guías. La rotación de la rueda empujaba a todas esas varas, accionando las bombas atadas en los otros extremos.

La bomba estaba funcionando cuando el coche se detuvo, pero alguien la paró inmediatamente.

—¡Vamos! —dijo el hombre.

Doc y Vida Carlaw se apearon.

—¡Si alguien me hubiese dicho que entraría en la guarida de Tant por mi propia voluntad, habría contestado que estaba loco! —declaró la muchacha.

Y entró junto con Doc Savage.

El interior del edificio era frío, estaba desprovisto de muebles y olía fuertemente a petróleo virgen.

La muchacha miró en torno suyo y de pronto, volviéndose, lanzó un grito agudo.

—¡Corra! —chilló—. ¡Alguien apunta con un rifle por esta puerta!

Doc Savage la detuvo alargando una mano de bronce.

—¡Está usted nerviosa! —dijo—. Vuelva a mirar.

La muchacha atisbó y no pareció tranquilizarse. Veía claramente el tubo que les apuntaba desde un agujerito practicado en la puerta que conducía al cuarto de la bomba.

—¡No es el cañón de un rifle! —dijo Doc—. Es un trozo de tubería de gas.

El sitio en que se hallaban, alumbrado sólo en parte por la luz que entraba por la puerta situada a su espalda, presentaba un

aspecto fantástico.

La rueda, que giraba por medio de una correa de transmisión que penetraba en el cuarto de las máquinas, era enorme. Las varas que se extendían desde la misma se enredaban de una manera que desconcertaba a primera vista.

EL tubo había sido colocado en la puerta para que un hombre pudiese hablar por el mismo, disfrazando su voz.

—Yo soy "'Tomahawk" Tant —dijo la voz que salía del tubo.

Doc no intentó identificar la voz. Era inútil. Al pasar por el tubo, perdía todas sus características y apenas se comprendía.

—¡Oh! —dijo la muchacha dando un paso adelante—. ¡Voy a echar una mirada a ese hombre!

—¡Sentiría en el alma tener que disparar sobre una mujer! —dijo la voz de Tant.

Vida Carlaw se paró.

Tant prosiguió:

—Esta entrevista es franca y honrada. Quieren ustedes apoderarse de mí, pero le he llamado aquí, Savage, porque creo que podernos trabajar juntos.

Si esperaba que Doc hiciese un comentario durante la pausa que siguió, quedó defraudado.

Tant prosiguió hablando por la tubería:. —No le pido nada, Savage. No está obligado a declarar una tregua si no quiere. Puede seguir intentando atraparme.

—¿Así, pues —dijo Doc—, no se trata de un esfuerzo para llegar a un acuerdo?

—¡No he tenido nunca que llegar a acuerdos con nadie! —gritó Tant por la tubería—. Si hay sujetos que quieren un arreglo, vienen a verme. ¡No importa lo que sean, vienen a verme!

Doc decidió herir la vanidad de su interlocutor: —¡Precisamente como ese misterioso enemigo suyo fue a verle!

Los ruidos que se oyeron por el tubo hicieron temer que Tant se ahogara en el otro extremo.

—Ese tío tiene la culpa de que le haya hecho venir a usted aquí —rezongó finalmente Tant—. Me molesta y es más listo que mis hombres... lo admito. ¡Necesito ayuda! ¡También veo que usted no ha logrado echarle el guante, Savage! ¡Usted necesita ayuda también! ¡Trabajemos juntos!

—¡Extraña proposición! —contestó Doc—. ¿Y nuestras diferencias privadas?

—Pueden esperar —dijo Tant—. Correré el albur con usted, pero ese otro pájaro me tiene preocupado.

Vida Carlaw miró a Doc Savage.

—¡El otro sujeto le asusta más que usted! —dijo secamente—. ¡Esto no es muy halagador para usted!

Tant la oyó y gritó: —¡Savage no tiene lo que es necesario para acabar con "Tomahawk" Tant!

—Tant —replicó Doc,— no he prometido nada al ser traído aquí.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¡No he prometido dejarle libre!

Una carcajada prolongada salió del tubo.

Aprovechando el ruido de esa risa, Doc susurró a la muchacha:

—¡Contenga la respiración tanto como pueda!

La muchacha obedeció.

Doc inclinó la cabeza sobre el pecho, de manera que su mandíbula presionó su corbata. Se oyó un ruido leve al romperse unas ampollitas que la corbata llevaba adentro. Las ampollas soltaron su contenido, un gas anestésico inventado por Doc Savage.

Aquel gas producía una forma inofensiva de inconsciencia, con la particularidad de que al cabo de un minuto de mezclarse con el aire perdía toda efectividad, de manera que se podía escapar a sus efectos con sólo contener la respiración.

El trozo de tubería por el cual "Tomahawk" había hablado, cayó ruidosamente al suelo.

Doc se lanzó adelante, conteniendo siempre la respiración. Embistió a la puerta y ésta cedió. El cuarto del motor estaba a oscuras.

El hombre que había servido de guía a Doc y a la muchacha entró corriendo.

Hasta entonces había estado afuera, vigilando, pero cayó como una masa bajo los efectos del gas que no se había disipado aún.

Había más de un hombre en el cuarto del motor y todos dormían a consecuencia de haber respirado el anestésico. Doc los contó. Eran seis e iban armados hasta los dientes.

El minuto transcurrió y Doc llamó a la joven.

—Todo va bien ahora, señorita Carlaw.

La muchacha se acercó, se detuvo en el umbral de la puerta y miró la figura de "Tomahawk" Tant. Era fácil de identificar, pues seguía sosteniendo el trozo de tubo entre los labios.

La muchacha pareció a punto de desmayarse.

—Él estaba confiado en que no conocía su identidad —dijo Doc —. Como usted ve, podía ir y venir impunemente. La policía no tenía su retrato y se le conocía por ser un honorable propietario de concesiones petrolíferas.

Vida Carlaw no contestó y siguió mirando al bandido Tant.

¡"Tomahawk” Tant era su socio, el viejo "Reservoir" Hill!

CAPÍTULO XIX

LA ÚLTIMA ZANJA

LOS hombres que yacían en el suelo roncaban apaciblemente en medio de sus ametralladoras y de sus rifles. Llevaban incluso máscaras contra los gases y granadas de mano, pero las máscaras no les sirvieron de nada, puesto que el vapor anestésico inventado por Doc era inodoro e incoloro.

—¿Cuánto tiempo hace que conocía a Tant... a "Reservoir" Hill? —preguntó Doc.

Vida Carlaw dio dos pasos atrás, tambaleándose levemente.

—Cinco años —dijo, y moviendo nerviosamente las manos añadió:— ¿Por qué hizo eso? ¿Por qué se asoció conmigo? ¿Por qué...? —Calló y sus ojos se ensancharon, mientras su piel delicada adquiría un matiz plomizo.— ¡Oh! —exclamó.— ¡Yo le servía de reclamo! ¡Daba un aspecto respetable a la asociación! ¡Ignoraba que... Tant... era nuestro asociado, y estoy segura de que el pobre Sam Sands lo ignoraba también!

Doc dijo tranquilamente:

—Eso es exacto. "Reservoir" Hill, el respetable petrolero, tenía socios que no podían relacionarse de ninguna manera con el bandido "Tomahawk" Tant, uno de los forajidos más sangrientos del Sur.

La muchacha miró a "Tomahawk" Tant.

—¡En su papel de "Reservoir" Hill... fue siempre... una persona excelente! —dijo con dificultad—. ¡No parece posible que fuera... Tant!

—Algunas personas son excelentes actores —dijo Doc—. Tant o Hill era hábil, o no habría tenido semejante reputación...

El hombre de bronce calló, se volvió y salió corriendo del cuarto

de las máquinas, cruzando el de la rueda. Llegó a la puerta de entrada, se paró en seco como si hubiese topado con algo, y se hizo a un lado.

Unos enormes clavos parecieron hundirse en las paredes de hojalata y en el techo del edificio… unos clavos que los atravesaron, dejando pequeños agujeritos redondos por los cuales brillaba el sol; pero al tocar las partes de acero de la rueda esos clavos se aplastaron y se transformaron en plomo.

El silbido de las balas era ensordecedor.

—¡A tierra! —gritó el vozarrón de Doc, cubriendo aquel estruendo.

Vida Carlaw corrió hacia la enorme rueda, saltó entre sus grandes rayos y se tiró de bruces.

—¿Qué es? —preguntó.

—El hombre de los guantes negros y su banda —le dijo Doc—. Se habrá enterado que Tant se oculta aquí. Intentan sin duda atraparle.

Doc Savage se deslizaba lentamente hacia el cuarto del motor. Los hombres que estaban allí llevaban armas y él tendría que usarlas, aunque no acostumbraba hacerlo nunca.

En realidad no las usaría en el presente apuro más que para contener momentáneamente el ataque de sus adversarios.

El hombre de bronce recogió un fusil ametralladora y disparó sobre los atacantes que eran una cuarentena.

Los hombres se detuvieron y se escondieron en zanjas, prosiguiendo su avance más lentamente. Algunos de ellos llevaban granadas que sin duda se disponían a tirar cuando estuviesen bastante cerca.

Doc Savage se metió entre los rayos de la rueda, donde estaba tendida la muchacha.

—¿Les ha ahuyentado usted? —preguntó ella.

—No he tenido tanta suerte.

Doc rebuscó entre sus ropas y sacó una caja de metal de la que destornilló la tapa. Hizo caer en la palma de su mano una cantidad de bolitas que parecían perdigones. Poniéndose de pie de un salto, corrió al lado de la puerta y tiró las bolitas fuera. Un instante después, volvía al lado de la muchacha.

—¿Qué eran esas cosas? —preguntó ella.

—¡Píldoras químicas! —explicó Doc—. Cuando haya transcurrido un momento y les penetre la humedad del suelo, serán altamente explosivas. Una leve compresión las hará explotar.

—En otras palabras, si se pisan, explotarán —dijo la muchacha.

—Exactamente.

Esperaron sin moverse. Las balas seguían abriendo brechas en el techo y las paredes. Los atacantes parecían acercarse.

—Dentro de un minuto, cargarán —dijo Doc—. Veremos lo que ocurre.

Acababa la frase cuando la carga se inició. Con un griterío espantoso, los hombres echaron a correr y los disparos menudearon.

Se oyó una explosión más fuerte. Un hombre gritó. Nueva explosión... Las píldoras químicas explotaban.

Doc se levantó y corrió a la puerta. Había dejado el fusil ametralladora cerca de la entrada y su intención era recogerlo y acelerar la retirada de los atacantes.

Pero Tomahawk Tant, alias "Reservoir" Hill, salió corriendo del cuarto de las máquinas, blandiendo una pesada llave inglesa. Se tiró sobre Doc Savage, asestándole golpes furiosos.

—¡Le enseñaré a burlarse de "Tomahawk" Tant! —chilló.

Estaba todavía aturdido por los efectos del gas anestésico e ignoraba que su enemigo mortal preparaba un ataque.

Doc se puso a la defensiva. El viejo era rápido en su ataque y resultaba un adversario peligroso.

De pronto, la puerta se llenó de hombres. Habían dado un rodeo, evitando las píldoras químicas y entraban como una avalancha.

La lucha que se desarrolló en el edificio fue épica. Uno tras otro, los hombres cayeron y Doc se transformó en un fantasma a quien ni plomo ni manos podían tocar.

Nadie sabe cómo habría concluido la lucha si una voz no hubiese gritado:

—¡Coged al hombre de bronce vivo, si es posible! ¡El jefe quiere hablarle!

AL oír esto, Doc Savage dejó de resistir. Los hombres le rodearon precipitadamente y le agarraron. Alguien trajo un saco, se lo metió en la cabeza y lo ató.

Su rendición no les había engañado.

—¡Cree que vamos a llevarle al jefe y que entonces podrá iniciar

nuevamente la lucha, acabando con él! —dijo un hombre—. ¡Menudo desengaño se llevará!

Obligaron a Doc, la muchacha, "Tomahawk" Tant y los hombres de Tant a subir a unos automóviles y se alejaron. Al cabo de una hora y media de carrera, el fino olfato de Doc Savage recogió el olor a petróleo virgen.

El coche se paró y unos de los hombres se apeó, abriendo una reja. Cuando se pusieron nuevamente en marcha, se oyó el ruido de las altas hierbas que crecían por el camino al rozar los lados del automóvil.

—¡Llevadlos al cuarto donde están los demás! —dijo la voz del hombre de los guantes negros.

Empujaron a Doc por una puerta y ésta se cerró con el ruido propio de una puerta fuerte y pesada.

—¡Que me superamalgamen! —dijo la voz de Johnny.

Doc Savage permaneció completamente inmóvil.

—¡Cierra el pico, Johnny! —aconsejó la voz infantil de Monk—. ¡Estábamos tan seguros que estabas muerto que cuando hablas, es como si tu fantasma estuviese entre nosotros!

Doc Savage forcejeó con el saco que le cubría la cabeza y se lo quitó a tiempo para ver que empujaban a Vida Carlaw, a Tant, alias "Reservoir" Hill y a los compañeros de éste, a un cuarto inmenso, de paredes de cemento y desprovisto de ventanas.

Mirando a su alrededor, Doc vió a todos los que estaban complicados en el misterio de los demonios rojos de la tierra. Sus cinco ayudantes, bien vivos todos, estaban presentes.

Long Tom, el mago de la electricidad, dijo:

—¡Acaban de darnos un susto fenomenal, Doc! Nos sacaron uno a uno e hicieron una pequeña comedia para hacernos creer que nos entregaban a los monstruos rojos! ¡La idea era hacernos hablar!

Ham intervino: —¡Monk se desmayó...! Se asustó tanto cuando le tocó el turno...

—¡Eso es mentira! —gritó Monk.

Renny exclamó: —¿No os cansáis nunca de pelearos, muchachos?

Alonso Cugg, que estaba sentado en un rincón sin traducir en su expresión emoción alguna, excepto la del miedo eterno que se leía en sus ojos, dijo de pronto:

—Caballeros, ¿piensan ustedes en cuestiones personales o en la manera de salir de este embrollo?

Doc acabó de contar los que estaban presentes. Alguien faltaba.

—¿Dónde está Enoch Andershott? —preguntó.

—Se lo han llevado —contestó Monk—. También se han llevado a uno de los hombres de Tant. Deben haberle asustado tanto que habrá dicho dónde está la guarida de Tant, a juzgar por los gritos que daban.

"Reservoir" Hill espetó: —¡Así es como me habrán descubierto, pues!

Monk pareció aturdido y se puso de pie de un salto.

—¿Qué les pasa a mis oídos?

"Reservoir" Hill guardó silencio.

—¿Es usted Tomahawk" Tant? —chilló Monk.

Al ver que "Reservoir" Hill no contestaba, Doc dijo: —¡Sí, lo es!

Monk abrió y cerró la boca, no halló aparentemente nada que añadir y se sentó, murmurando palabras ininteligibles.

Unos hombres se presentaron en la puerta y apuntaron a Doc con sus rifles.

—¡Sal! —ordenaron—. ¡Vamos a ocuparnos de ti!

Lo registraron, desnudándole completamente, sin dejar de amenazarle con sus armas.

Pusieron su chaleco interior sobre una mesa desvencijada que ocupaba un extremo de la habitación. Había un aparato de telegrafía sin hilos sobre dicha mesa, pero hacía sin duda mucho tiempo que no servía.

A través de las altas ventanas muy sucias, Doc Savage inspeccionó el paisaje que era distinto de lo que esperaba.

Por todas partes se veían enormes depósitos de petróleo.

Era un "rancho de depósitos" como lo llaman en el lenguaje de los productores de petróleo. Medio centenar por lo menos de esos enormes depósitos rodeaban el edificio y todos estaban circundados de un pequeño dique con el fin de recoger el petróleo en el caso de que el depósito tuviese un escape.

Los depósitos no parecían enormes vistos de lejos, pero Doc sabía que contenían muchos miles de galones de petróleo virgen, hecho que revelaban los pequeños escapes que podían apreciarse a la parte exterior de los mismos.

El "rancho de los depósitos" parecía situado en un valle rodeado de colinas de alguna altura.

En cuanto al edificio en el cual Doc y sus amigos estaban prisioneros era una estación donde se bombeaba el petróleo o lo había sido, pues era evidente que no se usaba en la actualidad. El edificio era fuerte, hecho de ladrillos y cemento.

Doc echó una mirada a los aparatos del telégrafo, usados en otros tiempos por algún empleado para transmitir informes a su jefe en la oficina central.

Era de lamentar que no estuvieran conectados...

Los hombres inspeccionaron el extraño chaleco de Doc durante un momento, dando vueltas y revueltas entre sus manos a los frasquitos de productos químicos, examinando las ampollas de cristal y observando los complicados aparatos y dispositivos.

—¡Vamos a hacer un disparate y esto explotará! —murmuró uno de los hombres—. ¡Es preferible no tocarlo!

Volvieron a encerrar a Doc en el cuarto que no tenía ventanas. Los demás prisioneros le miraron con ansiedad.

—Se han limitado a registrarme —explicó Doc.

—¡No entiendo por qué nos respetan tanto! —rezongó Monk.

—¡No nos respetarán mucho tiempo! —gruñó el viejo "Reservoir" Hill.

Doc le miró: —¿Quiere decirnos cómo se ha visto mezclado en este asunto, Tant o Hill, sea cual sea su nombre?

"Reservoir" Hill sacó la mandíbula y se transformó en el bandido Tant, el hombre malo de Oklahoma.

—Ese sujeto que nos tiene prisionero...

—¿Sabe quién es? —interrumpió Doc.

—¡No! ¿Y usted?

Doc hizo caso omiso de la pregunta y dijo: —Siga hablando.

—Bien —gruñó Hill con el tono salvaje de Tant—. Ese hombre se puso en contacto conmigo ¿comprende? Quería que le ayudara con mi banda. Explicó que había descubierto a esos monstruos rojos infernales que salían del suelo por un pozo de petróleo y que tenía el poder de dirigirlos. Iba a... bien, ya sabe lo que iba a hacer. Empezó por el Campo del Domo Indio y ahí está lo gordo...

—La concesión de usted se halla en el Campo del Domo Indio —dijo Doc—. Ese era el motivo. La primera víctima iba a ser la

concesión Sands —Carlaw— Hill.

—¡Oiga, yo tengo otros terrenos de mi parte en aquella concesión del Campo del Domo Indio! ¡Poseo una docena de concesiones bajo nombres distintos! ¡Ha de saber que soy millonario! ¡Y nadie sospechaba que yo fuese Tant!

—¿Así pues, rehusó usted tomar parte en el complot de ese hombre porque sus propios terrenos iban a ser los primeros robados?

—Eso mismo. Además, no me gusta tomar órdenes de nadie. Ese individuo se metía en mi territorio y eso me decidió a oponerme a sus maniobras.

—¡Con lo cual cometió un grave error! —dijo alguien.

La puerta volvió a abrirse y los hombres armados de rifles entraron. Se acercaron a Doc y le empujaron.

—Puede despedirse ahora —rezongó uno de los hombres—, pues no volverá ya.

CAPÍTULO XX

EL BRILLO DE LA GLORIA

MONK y Ham se levantaron del suelo donde habían estado sentados y los demás ayudantes del hombre de bronce se irguieron. Se sentían invadidos por el deseo de iniciar una lucha, a pesar de las armas que les amenazaban.

—¡No! —dijo secamente Doc.

—Oye, Doc —gruñó Monk—. ¡Te han registrado! ¡Te he visto hacer cosas imposibles, pero no las harás esta vez! Esos sujetos son malos parroquianos y acabarán contigo...

—¡No pierdas la cabeza! —dijo rápidamente Doc.

Y añadió cinco ó seis palabras en un idioma que él y sus cinco ayudantes usaban cuando no querían que nadie les entendiese. Era maya, un idioma muerto, desconocido en el llamado mundo civilizado.

—¡Y estad a punto de ayudar! —dijo Doc en maya.

Monk y sus compañeros eran buenos actores. No dejaron ver que estas palabras significaban nada favorable. Al contrario, parecieron más preocupados que antes si es posible, cerraron los puños y se acercaron amenazadoramente.

—¡Atrás! —les gritó Doc continuando la comedia.

Se llevaron a Doc y la puerta se cerró con violencia.

En la vasta sala adonde llevaron al hombre de bronce, varios hombres admiraron al gigante de bronce con interés y ya que estaba desarmado y ellos llevaban armas de fuego, sin contar que eran veinte contra uno, no sintieron miedo...

En la mesa, a un lado, se hallaban los objetos que hallaron sobre Doc.

Cuidaron de que no se les acercara mientras cruzaba la sala y le

empujaban hacia una puerta que daba sin duda a lo que fue en otros tiempos un pequeño almacén. Varios hombres rieron con sorna y uno o dos mofáronse abiertamente.

Doc Savage se paró. Los nombres que le empujaban se vieron imposibilitados para hacerle seguir adelante, El hombre de bronce no intentó huir, pero dio lentamente media vuelta.

El efecto de esta actitud fue asombroso. Todos los hombres callaron.

Doc dejó transcurrir diez segundos, lo suficiente para que el silencio obrara su efecto, pero no bastante para que lo perdiera.

—¡Estáis condenados a muerte! —dijo Doc Savage.

Su voz flexible había adquirido una sonoridad extraña, como si saliera de un sepulcro.

—¡Antes de que transcurran muchos minutos sentiréis las primeras angustias de la muerte! —dijo solemnemente Doc.

Después de eso dejó oír su extraño trino. Podía cuando quería hacerlo conscientemente aunque casi siempre lo emitía sin darse cuenta, lo cual resultaba muchas veces molesto.

El trino subió, subió, ganó en intensidad como el viento que sopla en un bosque en invierno y nadie en el cuarto podía decir a ciencia cierta de donde provenía.

Un hombre se puso nervioso y gritó: —¡Sacadle de aquí!

Empujaron a Doc al cuarto contiguo.

En medio del cuarto había una cubeta de madera que parecía forrada de plomo. No tenía más de un pie de hondo, unos dos y medio de ancho y siete de largo.

La cubeta estaba llena a medias de un liquido humeante que hacia llorar los ojos.

Varios hombres agarraron a Doc Savage. Este no les hizo caso y miró en torno suyo.

En un rincón había varios objetos de extraño aspecto. Eran hojas de esponja de goma.

¡Pequeños globos de goma llenos de algún líquido, probablemente agua! A algunas de esas hojas, estaban reunidos trocitos de bambú y de todas ellas colgaban cordeles.

¡Todo aquello era rojo... del horrible matiz salmón de los monstruos del centro de la tierra!

El hombre de los guantes negros entró, vió a Doc Savage que

contemplaba la colección de objetos de goma y rió sardónicamente.

—¡Sin duda lo había adivinado ya! —dijo—. Esos objetos de goma son los que hemos usada para que la gente creyera ver monstruos...

Doc Savage no contestó.

—¡No hay monstruos que salen de la tierra —añadió secamente el hombre—. ¿Lo sabía? ¡No existen! Ese pozo de la concesión Sands —Carlaw— Hill. Lo preparamos de manera de poder hacer entrar y salir estos juguetes de goma como lo queríamos. Incluso vaciamos ácido en el marco para que la tubería quedara gastada y la gente creyera que los monstruos digerían también el acero.

Doc siguió callado.

El hombre de los guantes rió ásperamente.

—Teníamos también preparados líquidos como los jugos digestivos —espetó—. ¡Dejamos un reguero en el suelo para hacer creer que los monstruos se paseaban por allí!

Doc estaba mirando la cubeta llena de líquido.

—Está lleno de ácido —dijo el hombre—. ¡Eso destruye un cuerpo en un santiamén! ¡Eso es el jugo digestivo del monstruo...!

Blandió su revólver y dio un paso adelante.

—¿Sabe su jefe que está haciendo esto? —preguntó rápidamente Doc.

—Claro ¿por qué no? Está fuera, esperando allí donde no se le ve, hasta que usted, sus hombres y Tant estén eliminados. ¿Por qué lo pregunta?

—Mera curiosidad —dijo Doc.

—¿Sí? Pues, olvídelo. Vamos a dejarle sin conocimiento y ponerle en la cubeta. Cuándo el ácido le haya comido entero, menos la cabeza, la llevaremos y la enseñaremos a la chica y a algunos otros que vamos a dejar en libertad, pero no a sus amigos, ¿comprende?

Y levantó el brazo.

Doc Savage dijo con tono autoritario:

—¡Un momento! ¿Y sí fuera al otro cuarto a ver si sus amigos siguen bien?

El hombre de los guantes hizo una mueca, vaciló y rezongó:

—¡Si es una broma, lo sentirá!

Salió y volvió al instante.

—¿Qué les ha hecho? —gritó.

¡Venga! ¡Tiene que poner remedio a eso!

Volvieron a empujar a Doc al otro cuarto donde los hombres parecían ahora padecer alguna enfermedad horrible. Su piel se volvía de un rojo oscuro y se cubría de ampollas. Se restregaban la cara y las manos y gemían.

Uno de ellos miró a Doc Savage y gritó: —¡La culpa la tiene él! ¡Dijo...!

—¡Calla! —gritó el de los guantes negros.

Por su parte, parecía sufrir repentinamente. Se rascaba, se restregaba la cara y para poderlo hacer mejor, se quitó los guantes. El motivo por el cual los llevaba siempre se hizo aparente.

Tenía las manos cubiertas de cicatrices, consecuencia sin duda de un accidente y eran sumamente fáciles de identificar.

—¡Arregle esto! —chilló, dirigiéndose a Doc.

EL hombre de bronce no se entretuvo en recalcarle que la petición era por lo menos extraña, si se considera que había estado a punto de matarle y se limitó a decir:

—¡Monk puede ayudarles! No tienen más que quemaduras causadas por un ácido que llevaba en el chaleco y que debió derramarse. En realidad es un gas que tiene algunas de las propiedades del "gas mostaza" que se empleó durante la gran guerra.

Doc no añadió algo que habría asombrado al hombre de las manos cubiertas de cicatrices, es decir, que el ácido había estado contenido en cápsulas que podían romperse por medio de ciertas frecuencias de ondas de sonido.

Las cápsulas tenían cierto punto de vibración y un sonido de aquella frecuencia las hacía vibrar con el resultado que se rompían cuando se alcanzaba determinada fuerza de vibración.

Era el mismo método por el cual el famoso cantante, Caruso, lograba romper copas de vino, con la diferencia que en este caso, el trino de Doc, desarrollado hasta alcanzar un gran volumen, había alcanzado este resultado.

—¡Monk les dará un antídoto! —gritó Doc. Luego, cono si estuviese enojado y expresara su rabia despotricando en un idioma extranjero, dijo en voz alta, en maya:

—¡Monk, que todos estéis dispuestos a echar a correr cuando

abran la puerta!

Los ayudantes de Doc lo oyeron y siguieron la indicación, pues al cabo de un instante, unos gritos terribles y voces airadas llenaron el ambiente.

Aquella conmoción distrajo a los hombres de la sala. Doc, dando un salto de lado, asestó un directo al hombre que llevaba guantes negros para ocultar las cicatrices de sus manos. El sujeto cayó al suelo.

Doc gritó en maya:

—¡No luchéis! ¡Echad a correr!

El hombre de bronce sabía que una vez sus enemigos descubriesen que no tenían otra cosa que quemaduras debidas al ácido, lucharían como demonios.

Doc se abalanzó sobre la puerta y la traspuso.

A su izquierda se oyó un ruido de cristales que se rompían. Era una ventana que saltaba hecha pedazos. Monk surgió, dio media vuelta y recogió a Vida Carlaw, que alguien sacaba por la ventana.

Renny, Long Tom, Johnny y Ham siguieron. Todos estaban quemados por el vapor del ácido.

Un hombre armado salió corriendo de la sala, persiguiendo a Doc. El ácido le había dañado la vista y no veía casi nada.

Doc le pegó. AL caer, el hombre dejó caer su pistola cerca de Monk y de los demás.

Alonso Cugg, que seguía mirando como asustado, estaba franqueando la ventana del edificio. Saltó a tierra, vió el revólver y lo recogió.

—¡Acabaré con usted, de todos modos! —gritó.

Y apuntó a Doc.

Era probable que no le habría tocado, puesto que el hombre de bronce se tiraba adelante y Cugg no tenía la vista muy clara, pero Monk estaba más cerca de él, dio una patada a Cugg en la sien y recogió diestramente el arma que caía de los dedos inertes del hombre.

—¡Es la primera vez que me entero que Cugg era uno de los bandidos! —tartamudeó Monk.

Los ayudantes de Doc se alejaron corriendo del edificio, ayudando a Vida, Carlaw entre ellos.

Doc esperó, Tant, alias "Reservoir" Hill, no salió.

—¡Tant! —gritó Doc—. ¡Salga!

—¡Váyase al diablo! —rugió el viejo réprobo—. "Reservoir" Hill podría huir, pero "Tomahawk" Tant se queda aquí con sus hombres para hacer una limpieza general. ¡Luego nos las entenderemos con usted!

Doc no discutió. Giró sobre los talones y se alejó del edificio con la rapidez del rayo.

Sus ayudantes y Vida Carlaw habían alcanzado ya uno de los depósitos de petróleo y se ocultaron detrás.

Unas balas silbaron a los oídos de Doc, pero logró ponerse a salvo.

—¡Maldición! —gemía Monk—. ¡No quema poco ese vapor de ácido! ¡Es como si me hubiesen desollado vivo!

—¡Tú tienes el aspecto de haber sido hecho para desollarte! —dijo Ham, refiriéndose despreciativamente a la piel peluda de Monk.

—Gane quien gane, no hace ninguna diferencia para nosotros —dijo Doc—. Todos nos perseguirán. ¡Vamos!

Dieron la vuelta al enorme depósito de petróleo y, corriendo locamente, lograron ocultarse detrás de otro más alejado.

Monk se detuvo con el fin de mirar atrás. Se oía un tiroteo en el edificio, un tiroteo nutrido.

"Tomahawk" Tant seguía en el interior con los hombres de su banda que habían sido hechos prisioneros. Debieron apoderarse de las armas de sus enemigos. Se oía la voz de Tant que gritaba con tal furor que difícilmente se habría reconocido la del locuaz "Reservoir" Hill.

El jefe de la otra banda reunía sus hombres fuera, gritándoles órdenes. La figura de aquel individuo que intentó crear un monstruo en los campos petrolíferos para apoderarse de las concesiones, se recortaba claramente.

Monk lo reconoció.

—¡Repámpanos! —aulló—. ¡Venid a ver quién tiene cuernos y la cola larga!

Renny echó una mirada.

—¡Rayos y truenos!

Doc Savage dijo: —¡Es Enoch Andershott!

—¡Enoch Andershott es el Jefe! —a— sintió Renny —. Pero

¿cuándo lo adivinaste?

—Cuando nos dijo que los monstruos le atacaban en su casa —dijo Doc—. Era obvio que mentía cuando nos dijo que su socio, Cugg, había sido raptado, con el fin de lanzarnos a una persecución que nos haría caer en una trampa.

—¡Pero tú te metiste en la trampa! —explotó Renny.

Doc dijo, torciendo levemente el gesto:

—¡Cuándo prepararon la emboscada en la carretera del acantilado, fue antes de lo esperado!

—Así parece —gruñó Monk y con el dedo señaló a Enoch Andershott que huía al frente de su banda. "Tomahawk" Tant y sus hombres le perseguía de cerca.

Dos de los hombres de Andershott fueron derribados a tiros antes de alcanzar el primer dique construido alrededor de un enorme depósito de petróleo y sus compañeros, agazapándose detrás de éste, empezaron a disparar sobre la banda de Tant.

Los bandidos se ocultaron rápidamente en una zanja, a alguna distancia del depósito y contestaron al fuego de los otros.

—Me recuerda los días de la gran guerra —gruñó Renny.

Doc dijo: —¡Permaneced aquí!

—¿Qué vas a hacer? —gritó Monk.

—¡Voy a ayudar al bando que parece a punto de perder! —dijo Doc—. Si podemos lograr que luchen bastante tiempo, tendremos mayores probabilidades de vencer al superviviente.

Pero algo ocurrió antes de que el hombre de bronce pudiese poner su idea en práctica.

Los hombres de "Tomahawk" Tant habían disparado con sus más poderosos rifles contra el depósito de petróleo. Los proyectiles penetraron en el acero y el petróleo estaba derramándose.

Una tea llegó, describiendo una curva, de la zanja en la cual los bandidos de Tant luchaban. Cayó en el dique y no logró su propósito, pero otro proyectil llameante fue tirado y éste tocó el petróleo que goteaba.

Instantáneamente, éste se encendió.

Entonces ocurrió lo que los bandidos de Tant no habían esperado. Las llamas subieron y alcanzó el gas que escapaba por unas rendijas practicadas en la parte superior del depósito.

Este estaba tan sólo lleno a medias de petróleo virgen, de

manera que quedaba bastante espacio en el cual se acumulaba. El depósito contenía miles de pies cúbicos de gas.

El gas explotó con un z —u— m titánico. La tapa del depósito que se hizo pedazos al subir al aire, alcanzó una altitud de varios centenares de pies.

Los lados del depósito se abrieron, vomitando el petróleo inflamado.

Había demasiado petróleo para que el dique lo contuviese y corrió rápidamente hacia la zanja donde Tant y sus hombres estaban escondidos.

Grandes olas de la substancia inflamada les inundó, empujada por el gas que había explotado.

A los pocos momentos, el escenario no era más que un inmenso brasero y un humo negro y espeso empezaba a levantarse en una nube que corría como una serpiente negra a muchas millas de distancia, pira fúnebre de dos bandas de hombres, cuyo credo había sido tomar por la fuerza lo que codiciaban.

Pues ambas bandas perecieron en el incendio y con ellas sus dos jefes.

Quedaban sin duda otros miembros diseminados en el país, pero no perdieron tiempo en huir de Oklahoma. No se volvió a oír hablar de ellos: ni se halló su rastro, a pesar de que Doc Savage les hizo buscar por sus cinco ayudantes.

Doc Savage, mientras sus hombres buscaban a los bandidos y a los aliados de Andershott, cuidó de los últimos detalles precisos para calmar la opinión pública, exaltada por la aparición de los extraños monstruos.

Afortunadamente los petroleros se adaptan fácilmente a las circunstancias.

Una nueva sorpresa les esperaba... el testamento de "Tomahawk" Tant, o mejor dicho de "Reservoir" Hill. Dejó cuanto poseía, incluidas las propiedades que tenía registradas bajo otros nombres... a Vida Carlaw.

Vida rehusó la herencia, Doc discutió el asunto con ella, No había motivo alguno para que no tuviera un derecho legal a aquella riqueza, pero la muchacha no se dejó convencer.

No quería aquel dinero. Llegaron a un compromiso, construyendo con los fondos uno de los hospitales gratuitos de

mayor importancia en el mundo, en el estado de Oklahoma.

Renny, el ingeniero, estudió los planos del hospital con Vida Carlaw. Renny era también arquitecto, se había enamorado de la linda Vida Carlaw y ofreció sus servicios.

A decir verdad, asedió en toda regla a la muchacha y Monk y Ham, que se consideraban como los conquistadores del grupo de ayudantes de Doc, tuvieron que desengañarse. En aquel caso particular, Renny les venció en toda la línea.

Monk y Ham tradujeron su disgusto peleándose más que nunca.

Llegó el momento en que pareció que iban a asesinarse e incluso sus favoritos, Habeas y Química, que habían vivido aquellos días en el hotel de Tulsa, se echaban el uno encima del otro, en cuanto tenían ocasión de hacerlo.

FIN

Título original: *The Derrick Devil*